

EMILIO DÍAZ ROLANDO

RESUEÑOS

RECOPIACIÓN DE LOS RELATOS Y EPITAFIOS APARECIDOS
EN LOS BLOGS

<http://unlibrodecuentas.blogspot.com>

<http://librodecuentas.wordpress.com>

Rute- Córdoba - España

2014

OBRA BAJO LICENCIA *CREATIVE COMMONS*



REGISTRADA EN <http://www.archive.org>

ÍNDICE

<i>Sapphica</i>	/ 5
<i>Resueños</i>	/ 6
<i>Ismena</i>	/ 10
<i>El intérprete</i>	/ 15
<i>Epitafio de un soldado muerto en Queronea</i>	/ 18
<i>Nepomuceno Ibáñez</i>	/ 19
<i>Metamorfosis</i>	/ 22
<i>Tiresias</i>	/ 28
<i>Una historia de amor</i>	/ 31
<i>Ya nadie se acuerda de los muertos</i>	/ 35
<i>Aleandría Última</i>	/ 38
<i>Ifigenia</i>	/ 41
<i>Epitafio de un filósofo</i>	/ 45
<i>Dedicatorias</i>	/ 46
<i>Otra Alcestis, si os parece</i>	/ 49
<i>La confesión</i>	/ 63
<i>Ataque de cuernos</i>	/ 67
<i>Fedra</i>	/ 71
<i>El anillo de plata</i>	/ 76

Epitafio de un guerrero focense muerto en las Termópilas / 79

El fantasma / 80

Nicolás el Músico / 84

Hostelería / 105

La rosa roja / 106

Hécuba / 110

Alzheimer / 114

Epitafio de un marinero rodio muerto en Mitilene / 117

Madres / 118

Los análisis / 121

Antínoo / 124

Zúrich / 128

El grito / 130

Ariadna / 132

Alma mater / 135

Epitafio de una hetera hallado en el Cerámico de Atenas / 140

El actor / 141

No / 144

Caronte / 146

Coincidencias / 149

A estrenar / 152

Eurídice / 156

El robot / 159

Epitafio de mujer hallado en un cementerio de Creta / 168

Las viejas / 169

Pílades / 171

El premio / 173

Nausícaa / 174

Agradecimiento / 176

El traje / 178

Epitafio de Caritón, muerto de amor por Euclea / 180

Las otras / 181

Niágara / 183

Eneas / 191

Crímenes / 193

Cassandra / 198

La diosa / 200

Epitafio de un niño / 204

En el valle del Neander / 205

El arma definitiva / 208

Despedida de Héctor / 210

Epitafio de un soldado ateniense muerto en Pilos / 215

SAPPHICA

Entre temblores se vela la noche.

Las Pléyades se asoman en tropel
por el amplio hontanar del firmamento.

Y en mi cama, silencio, duermo solo.

RESUEÑOS

Hoy en día las madres no mandan a sus hijos a la tienda de ultramarinos para que compren esa lata de aceitunas que les falta para la ensalada, ni a la mercería por un carrete de hilo azul necesario para terminar esa falda que espera la boda de tal o cual primo y que sea del mismo color que la muestra porque Finita parece ciega; ni a la frutería para que traiga un kilo de naranjas y cuidado de que no te engañen en el peso y fíjate bien para que no te cuelen de rondón alguna que esté podrida. Probablemente, ni siquiera existan hoy en día ya tiendas de ultramarinos, ni mercerías, ni fruterías como las que conocimos. Hoy en día las madres tienen, tenemos, a los hijos entre algodones, preocupadas de que lleven al día sus clases de inglés, de judo o de informática después del colegio; pendientes del calendario de vacunaciones o de que no salgan solos a la calle, que hay mucho coche despepitado y mucho maníaco suelto por esos mundos que se extienden fuera de los cuatro muros protectores del piso. En mi infancia, en nuestra infancia, las cosas eran diferentes. Primero, porque vivíamos en un pueblo y segundo, porque en aquellos días no había coches por las calles ni salvajes ocultos detrás de los árboles para secuestrar, violar y matar. Era otro mundo. Podíamos estar jugando hasta la

madrugada en verano sin mayor problema que la molestia de una madre preguntando a los vecinos si habían visto a su niño, y siempre había alguien que daba buena cuenta del paradero de la criatura. Nunca pasaba nada y si el destino se convertía en una alimaña para alguno de nosotros, era por la mala suerte de una tos mal curada o de alguna enfermedad irreversible o de una caída fortuita desde un árbol por hacer malabarismos tan insensatos como esperables en esos personajillos sin conciencia que éramos todos a esas edades. Eran otros tiempos. No había televisores y nuestra mitología personal se inspiraba en tebeos y cuentos donde princesas llenas de tules rosados se enamoraban de príncipes realmente azules. De aquella edad recuerdo uno de los momentos más agradables. Está impreso con intensidad en mi memoria. Era cuando parábamos a la vuelta de los mandados, cuando iba acompañada de mis amigas, también de Pilar. Veníamos cargadas de bolsas. Tendríamos diez u once años. Nada que ver con lo que hoy vemos. Hoy en día ninguna madre hace llevar a sus hijos bolsas repletas de frutas o de lentejas o garbanzos o verduras desde la plaza. A nosotras sí nos encargaban esas tareas y las cumplíamos protestando no por una supuesta infracción de un código de derechos que nadie en aquellos tiempos conocía ni imaginaba, sino porque interrumpía un juego o una conversación que ya empezaban a protagonizar los muchachitos que nos rodeaban. Veníamos

soportando el peso cuesta arriba. Porque hay que ver las cuestas que tiene el pueblo. No se me ha olvidado el esfuerzo que debíamos hacer al regresar de la plaza o de la tienda ascendiendo sin parar y con el cargamento. Por esta razón, antes de llegar a nuestras casas mis amigas, entre las que estaba Pilar, y yo nos deteníamos unos momentos ante el portal de Encarnita. Era una mujer mayor, casada y sin hijos que adoraba a los niños. Su puerta, como todas entonces, estaba entornada y sin cerrar. Pasábamos sin llamar porque sabíamos que a Encarnita no le importaba; es más, estaba deseando vernos irrumpir para agasajarnos con algún refresco y algunas golosinas que siempre nos tenía reservadas. Luego, nos sentábamos un ratito en una especie de tresillo de madera y anea que dormitaba plácido en el patio central de su casa y cuya función parecía ser la de acogernos en nuestros descansos. Nunca vi a nadie sentado allí salvo nosotras. Entonces, nos poníamos a fantasear. Hacíamos resueños. Los resueños eran el producto de los revoloteos de nuestra imaginación. La más atrevida en sus ocurrencias era Pilar, siempre Pilar. Nos contábamos unas a otras las historias que nos gustaría vivir y en las que aparecían plagiados los argumentos y motivos de los cuentecitos que leíamos. Había palacios deslumbrantes, príncipes maravillosos, carrozas y caballos. Nos sentíamos protagonistas de historias sólo adivinadas a través de las viñetas o de los párrafos de aquellos tebeos que nos cambiaban en el quiosco

de Fermín a cambio de unos céntimos. Hacíamos resueños, maravillosos resueños tiunfantes de amor y castos besos, de sedas y encajes, de confituras y pasteles. Una vez agotado nuestro depósito de resueños, le decíamos adiós a Encarnita y concluíamos el resto de nuestra etapa. Llegábamos a casa y nuestras madres revisaban con ceño fruncido el contenido de las bolsas para dejarnos claro que las lentejas parecían tener más piedrecillas que legumbres, o que las manzanas eran muy pequeñas. Al final, volvíamos a la calle a jugar y a hacer resueños. También Pilar tenía sus resueños, como todas nosotras. Luego, la vida nos puso a cada una en nuestro sitio. Nuestros resueños quedaron en poco o en nada. Es lógico que fuera así, pero estaréis de acuerdo conmigo en lo injusta que ha sido la vida con Pilar. Al final, el palacio de sus resueños se convirtió en un hogar insufrible, el príncipe azul en un marido asesino y la carroza dorada en un coche fúnebre sin más color que el negro.

ISMENA

Nunca resultó fácil ser hija de Edipo. Interpretad esta primera frase como una excusa, si queréis. La he usado en innumerables ocasiones y siempre fue recibida por quienes la oían con un gesto de asombro, al que seguía el horror y, finalmente, la compasión. Nunca fue fácil haber sido hija de un padre incestuoso, del que era, al mismo tiempo, hermanastra. Tampoco lo fue soportar sobre mis hombros la maldición que los dioses habían decretado sobre mi padre y sus descendientes. Creedme que no resulta sencillo intentar comprender la razón de esa permanencia de la culpa más allá de las vidas de sus perpetradores. Pero no es tarea de un mortal someter a razones la voluntad de los dioses y no seré yo quien encabece la fila de los que pretenden poner en cuestión la mente de los inmortales. Yo menos que nadie, como podréis comprender. Porque los dioses no me concedieron el empuje de mi hermana, ni la ambición de mis hermanos y menos aún la dignidad de un padre que, al ser consciente de su destino, emprendió el camino por el sendero más áspero y decidió seguirlo sin reproches a nada ni a nadie. Ni siquiera mi madre dejó en mí rastros de su coraje al suicidarse. Ninguna de esas cualidades me adornó mientras pisaba la tierra de los vivos. No obstante, algo dejaron caer sobre mis hombros los

dioses; pero hay discrepancias sobre su aspecto. Quienes se sienten solidarios con mi peripecia sostienen que fui símbolo de lo razonable, de lo comedido; que mis palabras y mis actos eran la manifestación de un espíritu realista y equilibrado. Almas bondadosas, sin duda, pero equivocadas. El sello que estaba impreso sobre mi corazón era el baldón de la cobardía. Otros lo han visto así y lo han expresado, aunque hayan tenido que enfrentarse con esa visión embellecida que cree ver los tiempos antiguos orlados de hermosos tejidos donde la sabiduría, el valor, la gallardía y la belleza se entretajan en una tela coloreada de los más armónicos tonos. No fue así, por más que la imaginación de las generaciones posteriores adornaran de comprensibles ornamentos la realidad de nuestros viejos días, tan agónica y llena de zozobra como los de las infinitas generaciones de mortales que se han sucedido y se sucederán hasta el incendio final del ciclo que vivimos. Mi realidad era tan elemental como la de cualquier otro, aunque se viera rodeada de circunstancias extremas. Y mi respuesta fue la cobardía ante la decisión de mi hermana Antígona. Mientras vivió mi padre, cumplí con mis obligaciones de hija y lo acompañé hasta su muerte. En esa labor no era necesario hacer gala de cualidades sobresalientes. Es fácil para una hija amar a su padre. La única virtud que debe mostrarse es la paciencia. Nada de arrojo, ni de empuje; nada de iniciativa, ni previsiones. Sólo se espera de una que

obedezca los deseos del anciano a cuyo lado pasas los días y las noches. Se espera que te muestres dócil y aceptes con resignación las veleidades de quienes, al ver cercano su final, creen compensar la despedida con un retorno imposible a los días de la infancia. Ser una hija amorosa con un padre es más fácil que enfrentarse a la muerte ante alguien poderoso. Sobre todo, si pensamos que el resultado final de las atenciones filiales es la liberación en el momento de la muerte de quien provoca los desvelos. En cambio, cuando uno se enfrenta al poderoso, el resultado final es la propia desgracia, la propia muerte. Y en ese momento creí que ya había sufrido bastante. Mi vida había sido una peregrinación desde que aquel infausto día que mi padre fue consciente de la trampa que los dioses le habían tendido y decidió aceptar sus consecuencias. Marchábamos de un lugar a otro mientras en Tebas mis hermanos se peleaban alrededor de un trono mancillado por la infamia y la desdicha. ¿Debía yo perecer junto a mi hermana en razón de una historia llena de agravios a los dioses y a los hombres de las que no era responsable? El objeto de la lección de los dioses era mi padre. En él quisieron dar a entender a los mortales su insignificancia y sus admoniciones para que siempre tuvieran presentes en sus almas quiénes gobiernan el mundo. Edipo fue quien debía sobrellevar en sus hombros el peso de la educación del género humano. Bastante hice con cuidar de su alma y de su cuerpo hasta que expiró y dejó de arrastrar sobre la

tierra su miserable condición de ser vivo. En cuanto a Etéocles y Polinices, mis hermanos, maldito sea el día en que nacieron. Allá ellos con sus ambiciones, con sus deslealtades, con sus rencillas, con sus conjuras, con ese amor desmedido por la sangre que comparten con todos los varones. Yo nos soy como ellos. Primero, porque soy mujer y no entiendo de combates, ni me interesan los cadáveres de los enemigos ni los placeres de quienes se sienten superiores. Segundo, porque haber nacido mujer es irrelevante para el hecho de no sentirme obligada a respetar unas normas que proceden de aquellos que han convertido mi vida en un suplicio. Si los dioses ordenan que los muertos sean enterrados, que cumplan esas leyes quienes consideran oportuno obedecerles. Por nada arriesgaría mi vida para enterrar a un ambicioso y cumplir así unos preceptos que difícilmente pueden ser justos cuando provienen de quienes en modo alguno se han comportado justamente. Al fin, mi destino fue el mismo que padecen todos los mortales. En el Hades no hay diferencia entre quienes han sido honrados y quienes han sido criminales. Y no creáis a aquellos poetas que en algún momento de sus obras pusieron en mi boca unas palabras de compañía para mi hermana. Nunca fue mi voluntad hacerme responsable con ella de transgredir el decreto que mi tío Creonte había promulgado. Jamás lo hice. Para aquellos viejos escritores la cobardía era algo tan inconcebible que debía adornar mi papel en su obra con un toque de

gallardía, de solidaridad con mi hermana, tan llena de ceguera, tan soberbia. Cuando reconoció su delito, yo, que estaba a su lado en el salón del palacio, aseguré que nada tenía que ver con el hecho, que todo había sido invención y obra de Antígona, que yo estaba en mis aposentos del palacio tejiendo, labor propia de mujeres. Y puse a los pies de Creonte la tela que estaba elaborando para un peplo que deseaba vestir durante los festivales en honor de Cadmo, el fundador de Tebas, el antepasado de Creonte y de nuestra familia. Antígona me miró con una sonrisa. Nada hubo se reproche en su mirada, sino de comprensión. Por eso la admiré siempre y la quise. No por ser la heroína de quienes piensan que los dioses están antes que los poderosos de este mundo, sino porque, en medio de su soberbia, de su obstinación, de su infructuoso valor, ardía una llama de amor y de comprensión hacia las debilidades humanas. Así murió, agitadamente, como murieron todos los de la estirpe de Edipo, salvo yo. Mis días se apagaron plácidos en mis aposentos del palacio de Tebas y no quise tener hijos para que la maldición de los dioses no tuvieran carne en la que cebarse nunca más. La ancianidad y la muerte llegaron como una ligera brisa en ese verano con sol despiadado que es la vida. Pensad, decid y haced lo que se os antoje, porque no me importa. Poco puede impresionar ni en la vida ni en la muerte a la que fue hija de Edipo, que vivió como una cobarde, pero murió anciana y en paz.

EL INTÉRPRETE

Me dedico a ser intérprete. No de los que van a congresos o acontecimientos en los que se decide el destino de millones de personas o el nombre de un nuevo medicamento. Tampoco me gano la vida vertiendo a otro idioma las emanaciones de mentes alzadas a las cumbres de la economía, la filosofía o las neurociencias. Me vine de mi tierra escapando de la escabechina caribeña y acabé aterrizando en Moscú, donde terminaba a mi llegada otra clase de escabechina no por silenciosa menos cruel. Me instalé, malviví en diferentes empleos, aprendí ruso y heme aquí trabajando de intérprete. No de reuniones de ejecutivos ni como guía de turistas. Lejos de penetrar en semejantes ámbitos de fulgores económicos, me gano unos suficientes rublos mediando entre los españoles que buscan esposa y las que se proponen ser esas esposas. Un negocio floreciente en los últimos años. La manada de machos ibéricos asustados con la mujer, que se le ha vuelto respondona, es abundante. Algunos acuden a Rusia esperando encontrar la sumisión en una gatita fiel, pero agresiva donde debe serlo. Bien lo advirtió Anastasiya, la dueña del negocio, que incide en el carácter familiar, hogareño, leal de las rusas, embutido todo el mejunje en un envoltorio de sueños esteparios. Vienen los reclamantes de amor y

obediencia, y les recibo previo pago de buenos euros convertibles en moneda local. La mayoría son arrogantes. Otros esconden su timidez bajo un cosmopolitismo en falsete cuya patita asoma por debajo de los perniles. Tienen su apartamento buscado y unos días para pasar revista a las candidatas. Y ahí me veis, en medio de los dos diciéndole el uno sublimidades como que lo más importante es la fidelidad, que el respeto es lo esencial, que la ternura es su mejor rasgo a unas mujeres cuya sonrisa sólo espera la señal de partida para escapar de este fangal de corrupción y desencanto. Igual que yo, igual que yo, yo pienso lo mismo, me parece lo mejor, son sus respuestas. Me meto entre sus miradas y sus gestos. Luego les acompaño a la cita en el restaurante cuando la candidata mejor situada ha sido extraída del montón de carne. Y me bebo mis buenos vinos, mis mejores platos mientras, entre bocado y bocado, le digo a una que Burgos es preciosa en primavera y al otro que Moscú es muy triste en invierno. No puedo traducir sus ideas porque no entiendo su idioma, pero acampo sólidamente en las planicies de sus deseos. En el momento de la despedida, cuando han quedado para que ella visite Burgos, las esperanzas pugnan por salir de la chistera y mis intentos por traducir el contenido de sus verbos y sustantivos se enredan con retóricas expresiones de un futuro soleado. Casi siempre el sendero de la felicidad atraviesa idénticos paisajes, excepto cuando lo transitaron Irina y José Carlos. Ellos

fueron más lejos y las conversaciones enfilaron terrenos escabrosos. Hay que reconocer la adaptación mutua desde el primer momento. Porque ambos eran expansivos y amantes del refocile camastrón. Me iba resultando difícil traducirles los contenidos a la sombra de aquel farol, en el portal de la casa de la joven, con alusiones ardorosas e indirectas directas al blanco. En el último momento, ella se retrajo. No por timidez, sino por una bien calculada estrategia de cacería al macho. Acabé por acompañar el sátiro al club donde me solía desahogar cuando mis rublos tintineaban frescos en la cartera. Les cobré comisión a madame Monique y a él. Una vez dejado en el apartamento, volví a casa de la joven. Era guapa la moza y de muy buen catar. No sé cómo me la enamoré y se la quité al salidillo procedente de Jaén. Lo pasé muy bien con ella. Una tarde, cuando consideré que era suficiente le dije ahí te quedas, gatita, tendrás que buscarte otro hispanohablante que te ascienda en su cubo del pozo donde vives. Lo tienen los dos bien empleado. Me habían hecho pasar tan mal rato y sobre todo, aquella noche de la despedida me hicieron gastar un Potosí en Chantelle, la más restallante pupila de madame Monique. Tan caldeado me tenían.

EPITAFIO DE UN SOLDADO MUERTO EN QUERONEA

Hermoso como el alba,
ágil como un lucero,
fuerte como el sol venció.
Y he muerto de frente.
Su valor y el mío
fecundan esta tierra.

NEPOMUCENO IBÁÑEZ

Ya ha habido varios Juan Nepomuceno Ibáñez en la familia. Hubo tatarabuelos, bisabuelos, un abuelo, un par de tíos y mi padre. Hay también algún sobrino por ahí tamborileando con el tintineo de consonantes y vocales que se enroscan en el dichoso nombre. Y estoy yo, otro de los diversos Nepomuceno Ibáñez que pueblan el orbe. El hecho de que no fuera yo el destinatario original del nombre de la estirpe no quita enjundia a un privilegio que se infiltra por cada poro de mi persona. El Nepomuceno de mi padre y de mi madre era su primer varón, nacido después de tres hijas en cuyos nombres no se reflejó la amargura que su retraso en aparecer había provocado porque fueron cristianadas bajo los nombres de María de la Alegría, María de la Esperanza y María de la Victoria. Claro está que entre nosotros debía haber un Nepomuceno Ibáñez, faltaría más, con ese orgullo de mi padre hacia la saga y su rancio abolengo de siglos. Era su primer hijo varón el que debía hacer fulgurar el sello y dar continuidad en esta rama a uno de sus tesoros más valiosos. Aquel Nepomucenito resultó ser inteligente, agraciado, simpático, cariñoso, dulce, equilibrado, ágil, honrado y mil cualidades más cuya enumeración agotaría el diccionario de la lengua española. Pronto dio muestras de su valía. Por las noches no

lloraba después de mamar. Aprendió a andar rápidamente, y a hablar. En la escuela fue el primero. Las maestras lo adoraban y sus compañeros, lejos de envidiarlo y atormentarlo, lo erigían en líder del grupo. Destacaba en deportes, matemáticas, lengua, ciencias físicas, artes, historia, geografía y lenguas modernas (francés, inglés y alemán). Era un Nepomuceno Ibáñez de los que aureolaban con fulgor inexpresable el árbol genealógico de los Nepomuceno Ibáñez de toda la vida. Orgullo de padres, tíos y abuelos, tomaba té con delicadeza mientras contaba chistes llenos de donaire que hacían partirse las quijadas a la concurrencia. Adoraba los animales, especialmente los periquitos, y tenía siempre una jaula con una pareja que se reproducía sin problemas a pesar de su cautiverio, obsequiándole con innumerables crías que luego regalaba a parientes y amigos con la recomendación de un cuidado exquisito. Hubiera triunfado con las mujeres si no hubiera muerto a los once años asolando con su partida los corazones de toda la nepomucenería. Y claro, una vez repuesto del horror, mis padres, que aún estaban en edad de reproducirse, emprendieron de nuevo la búsqueda de otro Nepomuceno Ibáñez. Así nació yo, así fui bautizado y así fui comparado impenitentemente desde el primer día con mi difunto y homónimo hermano. Por esas continuas referencias al primer Nepomuceno pude enterarme de las cualidades que lo abrillantaban. Porque yo era retrasadillo, feúcho,

antipático, arisco, agrio, inestable, torpe, tramposillo y mil defectos más cuya enumeración agotaría el escaso papel del que dispongo. Fui un prodigio de llantinas que derrumbó la paciencia de mis padres durante noches eternas. Resulté tardo en andar y hablar. Mi trasero calentó siempre el último banco en las clases, mis maestras me despreciaban, mis compañeros me torturaban sin piedad y nunca sobresalí en nada excepto en escaquearme de la escabechina general que se había decretado contra mí. Me costó trabajo salir adelante, pero la fortuna de papá y de los Nepomucenos me afanaron un puesto de chupatintas en un Ministerio perdido y de su sueldo vivo bien, porque en mi simplicidad apenas necesito lo esencial. Mi decisión de cambiarme el nombre a José en el Registro Civil cuando cumplí 30 años apenas provocó un ligero rictus en la cara de mi padre, quien, a buen seguro, hubiera abominado de una determinación tal en otro vástago más agraciado. Como puede suponerse por esta acción, no me gustaba mi nombre. Pero soy persona agradecida con mis antepasados, por eso nunca me falta en casa una jaula con un periquito al que llamo, naturalmente, Nepomuceno. Me gusta torturarlo hasta que muere. Luego, envuelvo su cadáver con toda la delicadeza que mis torpes manos me permiten, y se lo envío a mis padres. Y busco otro periquito. Por descontado, con todo el cariño de un buen hijo.

METAMORFOSIS

Fuimos amigos desde la infancia. Nuestros padres eran vecinos en el barrio y nos matricularon en el mismo colegio. Él era animoso, valiente, despegado, alegre y deportista. Yo soy retraído, cobarde, apegado, aburrido y sedentario. Una extraña fusión se produjo entre ambos. Fue provocada, sin duda, por el hecho de que nuestros padres se ponían de acuerdo para llevarnos al colegio durante los primeros cursos, cuando aún éramos demasiado pequeños como para subir en el autobús escolar. Durante muchos años acudimos a jugar alternativamente a casa de uno y de otro. Luego, vino mi hermana. Él fue siempre hijo único. En el carácter era imagen clavada de su padre, un hombre panzón y bigotudo, campechano y bromista que gustaba hacerse acompañar de su esposa, una mujer oronda siempre maquillada, siempre en un punto, siempre con el arrobo en su mirada en presencia de ese marido extraordinario. De aquellos juegos comunes brotó la amistad a pesar de nuestras diferencias. De su parte, creo que yo suponía alguien a quien acoger. Por la mía, a buen seguro, veía en él una persona con los arrestos que me faltaban y la confianza en sí mismo de la que yo carecía. Del colegio fuimos a la escuela secundaria y de ésta a la Universidad. Por un azar decidimos estudiar lo mismo. Nos

matriculamos en la Facultad de Física. Como vino siendo habitual desde el primer momento, él obtenía peores notas que yo. Le costaba estudiar, aunque poseía inteligencia suficiente como para superar limpiamente todos los cursos. Simplemente, era una cuestión de redaños. Él era más constante y con esa virtud superaba lo que para mí no representaba más que un esfuerzo menor. Terminamos la carrera, realizamos los postgrados pertinentes y pasamos varios años en los mismos centros del extranjero. Entre tanto, él había tenido diversas novias y yo sólo algún intento frustrado de seducir a alguna pobre segundona. No era raro que una pareja de amigas, una bien dotada, la otra feúcha, ligaran con nosotros. Para él era la vistosa, para mí la desfavorecida. Él la explotaba al máximo y yo me quedaba en puertas. Como no teníamos compromiso, aceptamos el puesto de investigadores en la estación espacial ISS-342 para el proyector de partículas interestelares. El destino llevaba aparejada la estancia durante varios meses en órbita alrededor de Marte junto con otro científico. Resultó ser un japonés de pocas palabras y muchas reverencias, pero laborioso como una colonia entera de hormigas. Los gobiernos de la Tierra estaban interesados en enviar algo a ese límite del Universo que había sido descubierto diez años antes. Como era impensable por el momento lanzar una expedición tripulada, se había promovido el diseño y construcción de un proyector que

descompusiera los objetos y los enviara en partículas al extremo del Universo. Una vez allí, el objeto sería recompuesto. El campo de las partículas viajeras había sido el tema de nuestros trabajos de especialización y el puesto nos venía perfectamente ajustado a nuestros conocimientos. De este modo, tras medio año de preparación en el Centro Astronáutico del Pacífico, nos embarcaron en una lanzadera y en cuestión de unos días estuvimos instalados en la estación espacial después de haber pasado por la colonia marciana de Nueva Atlántida. Y comenzamos nuestro trabajo. El japonés ya estaba allí con sus flexiones de tronco, su sonrisa y sus escasas palabras. Nos recibió con una tableta de cálculos en las manos y un micrófono pegado a su mejilla. Todo iba bien hasta que un día (un día en órbita marciana) él empezó a mostrar los primeros síntomas de lo que pasado el tiempo se convertiría en su final. Los inicios fueron una cierta resistencia a levantarse para trabajar. Me extrañó porque nunca fue perezoso. En un comienzo, lo dejé estar porque pensaba que se encontraría enfermo. Pero poco a poco fui percatándome de que padecía algo más serio. Hubo algún día que permaneció acostado, sin levantarse ni para comer. El japonés destilaba cierta irritación detrás de su rostro de careta. El trabajo que no realizaba él, debíamos cubrirlo nosotros. Yo me mostraba comprensivo porque no en balde había sido mi amigo durante más de treinta años. Otro día, desperté viéndole los párpados cubiertos

de una fina película parda que con el paso de las horas fue tornándose una capa queratinizada. El proceso continuó con la pérdida de masa muscular en las piernas y los brazos, con la aparición de un estertor en lugar de la respiración. Decidimos dar conocimiento del hecho a Nueva Atlántida. Desde la colonia nos aseguraron que en treinta horas un médico subiría hasta la estación para examinarlo. Las treinta horas transcurrieron y nadie apareció. A pesar de la situación, el japonés y yo seguíamos avanzando en el proyecto. Salvo algunos detalles finales, estaba ya a punto el inicio de la experimentación con cuerpos sólidos. Entre tanto, mi amigo seguía perdiendo musculatura y fibra. Las costillas se marcaban y los miembros eran largos palos que semejaban las pinzas de un cangrejo. Las manos y los pies surgieron un día debajo de los cobertores convertidos en dos largas púas aguzadas y amenazantes. De lo que suponíamos eran sus pulmones se exhalaba un ligero vapor a través de una boca ya hecha caparazón. El médico no aparecía y Nueva Atlántida no daba crédito a las imágenes que les ofrecíamos. Creo que empezaban a pensar que nuestras exclamaciones eran resultado del aislamiento, la tensión laboral y, quizá, nuevas alteraciones en el psiquismo humano provocadas por la estancia en el espacio bajo aquellas condiciones. Al japonés su rostro hermético se le fue contrayendo en un rictus de pánico. Porque mi amigo empezaba a tener la costumbre de sisear y hacer

chocar sus pinzas cada vez que entrábamos en su cámara para ver cómo iba evolucionando su estado. Al cabo de unos días, decidió no entrar en aquel lugar y me dejó solo al cuidado de algo que ya no reconocía como el ser humano que había acompañado mi vida desde donde mi memoria alcanzaba. Sentía una mezcla de dolor, pesadumbre y miedo. Llegó un momento en que no sabía qué darle de comer. Le suministraba aquellos preparados que contenían sabores relacionados con el mar y evitaba proporcionarle los de carnes, verduras, cereales o frutas. Me preocupaba que se nos terminaran esos suministros concretos. La próxima nave de aprovisionamiento atracaría en el muelle de la estación en dos meses. En cuanto a las otras necesidades básicas, se comportaba como aquello en lo que estaba convirtiéndose. No pensaba en su higiene y sus excrementos, nada mal olientes para mi extrañeza, se enseñoreaban de aquella cama donde transcurrían las jornadas sin más movimiento que sus siseos y el entrechocar de sus pinzas. Todo era tan extraño. Pero seguíamos trabajando, aunque siempre con la mirada puesta en la entrada del laboratorio o de la sala del proyector. De Nueva Atlántida sólo nos llegaban palabras preguntando por el progreso de nuestra misión y minimizaban la supuesta transformación de uno de los miembros del equipo. Cuando mi amigo, o lo que fuese, apareció sorpresivamente en la sala del proyector, el japonés se quedó paralizado. Entre

convulsiones, se adhirió a la pared y me miró aterrorizado. Grité derrotado por el pánico y sólo se me ocurrió decir “¡Mátalo, mátalo!”. Esa tarea parecía que iba a estar destinada a mí, porque él se encaminó hacia la mesa de control en la que me encontraba. La decisión fue rápida. Corrí hacia el proyector y él me siguió, logré esquivarlo en el último momento y lo encerré en la cápsula. El japonés entendió inmediatamente mis intenciones y se arrojó sobre la consola de mandos. A los pocos segundos, un suave zumbido reinó en la sala y en el interior de la cápsula, un resplandor liliáceo fue sustituyendo a mi amigo. Con todo, en esta historia lo que no comprendo es por qué he atravesado el espacio convertido en partículas y por qué se la estoy contando a usted.

TIRESIAS

Lo que te revelaré a continuación, Odiseo, nunca lo cuentes a nadie. Ya te he profetizado lo que venías a buscar. Conoces tu destino y las peripecias que te aguardan, pero antes de irte y reemprender tu ruta, quédate unos instantes y apiádate de mí, tú que vienes del mundo superior. A mí los dioses desde siempre me han condenado a los peores males que pueden aquejar a un mortal. Me dieron una vida de siete generaciones, como si con una sola no tuviera bastante un ser humano para experimentar todo el acíbar de la existencia. Los inmortales me cegaron haciendo ostentación de su poder sin que mi responsabilidad fuera más allá de la simple casualidad de haber visto a Atenea desnuda. Pero ya sabemos que la vida humana no es sino un hueco recipiente donde los Olímpicos vacían todas sus ansias. Luego, me obligaron a pasar los decenios siendo varón y hembra, para poder apreciar hasta qué punto a las diferencias en los cuerpos también les corresponden divergencias en el grado de dolor. Dicen que mi transformación se debió a la cólera de Hera por reconocer ante Zeus que el varón goza la décima parte del placer que la mujer en el momento del amor. ¿Tan importante era mantener el secreto de su capacidad? Las diosas se han portado duramente conmigo, no han tenido jamás compasión. Porque no

interpretarás como beneficio que la hija del Padre de dioses y hombres, la inteligente Atenea, me concediera como compensación a mi ceguera el don de la profecía, el puesto de intermediario entre los dioses y los hombres. Sólo amarguras me han dispensado mis oídos cuando interpretaban los cantos de los pájaros, o cuando mi olfato apreciaba que las víctimas no se quemaban correctamente en el altar del sacrificio. Hube de hacerle ver a Edipo la humillante condición de su destino y me vi obligado a advertir, inútilmente, al obstinado de Creonte. Los pasos de mi existencia se han dado sobre un reguero de cadáveres y de lamentos. Pero lo peor, Odiseo, mi astuto visitante, es que aun en el Hades mis recuerdos siguen vivos. Las almas que me rodean apenas son un susurro y desgarran mis oídos con sus lamentos continuos. Echan de menos algo que apenas recuerdan, las leves evocaciones de un pasado donde brillaba el sol, la gente reía y los días se dejaban ir en medio de una blanda espuma de placeres. Los ilusos han olvidado las amarguras, los dolores y sólo perciben sobre la piel de su memoria las brumas de su auténtica realidad pasada. Porque conocía la derrota de la memoria en los muertos, cuando atravesé los cipreses que anuncian la entrada en el reino de las sombras, sentí, iluso de mí, una fresca sensación de alivio. Creía que, por fin, mi mente se nublaría, mis recuerdos desaparecerían, mi vida quedaría sumida en las tinieblas de un pasado que jamás volvería a martirizar mis horas. Pero los

inmortales me tenían preparado el naufragio final. No puedo gozar en esta general negrura del definitivo velo sobre mi memoria. Sigo siendo Tiresias aquí abajo, sigo sabiendo de mi vida, sigo estando vivo porque la vida no es más que la memoria y la mía es tan larga, tan larga...

UNA HISTORIA DE AMOR

"Cuando más la quería, la perdí" se decía triste. Estaban en lo mejor de sus vidas, la veintena acosando sus venas con el empuje de la primavera, el ardor bullendo entre sus músculos, sus cabezas repletas de imágenes anunciadas donde la pasión reventaba en medio de caricias. Pero la perdió y nunca supo cómo pudo suceder. Ella, aparentemente, lo aceptaba. Sonreía ante sus palabras, acogía sus bromas y sus actos de enamorado. Eran tiempos difíciles para los que se amaban, pero sus sentimientos se liberaban, certeramente, en todo cuanto las restricciones admitían. Ella sabía que la amaba de una forma como no estaba acostumbrada a vislumbrar entre aquellos jóvenes con frecuencia imberbes, tocados de un engreimiento contenido a duras penas. Cuando todo parecía ir por el mejor de los caminos imaginables, ella decidió casarse con otro. En aquel momento no logró enterarse cuáles fueron los motivos que la inclinaron a rendirse ante aquel gachupín de ínfulas capitalinas con supuesta fortuna y futuro prometedor, vástago de una de las familias de posibles del pueblo. Pensar que fueron sus reales los que dieron el impulso definitivo para aquella boda le resultaba descorazonador, porque revelaría una amada demasiado cercana a los barrotes del camino. Así que se consoló pensando que su familia la

había convencido, o tal vez, obligado, acción que la erigiría aún más sobre el pedestal al que la había subido desde que fue consciente de su pasión. Pronto se enteró todo el mundo de que el marido rico de aquella adorable mujer le pegaba. Era un borracho que dilapidó la fortuna de su familia en la bebida, en sus negocios ruinosos y, se comentaba con fingida discreción, en las prostitutas que moraban dentro de una casona del pueblo vecino. Nunca tuvieron hijos y las habladurías por este motivo se extendieron entre callejones y mesas camillas, entre cuchicheos durante el sermón de la misa de doce y los chismes ante la tendera, mientras pesaba un kilo de patatas en la balanza. Los años fueron pasando. Nunca hubo otra mujer en la vida del enamorado. No se le conocieron novias ni aventuras en el pueblo. Su existencia se diluyó entre su trabajo en los campos, unos vinos nunca excesivos en la taberna y la presencia en las fiestas inevitables para la vida social del lugar. Junto a estas actividades, que lo convertían en uno más de los habitantes del pueblo, el enamorado se dedicaba a otra tarea conocida. Cuando también él se enteró de que su adorada era objeto de palizas, de que vivía casi enclaustrada en aquella mansión, empezó a dejarle pequeños rastros de su presencia y de la vitalidad de su sentimiento. De vez en cuando, al pasar delante de la ventana de la planta baja de la casa donde sufría el amor de su vida, el hombre le dejaba una bolsita de caramelos un día; otro, una cajita de bombones; en otra ocasión, le

regalaba un paquetito de almendras tostadas y saladas, o garrapiñadas, o piñones confitados, o uvas pasas de Corinto, o bastoncitos de azúcar, o chocolatinas. Discretamente, cuando nadie podía verlo, depositaba sus ofrendas debajo de la última lama de una persiana que, misteriosamente, siempre dejaba ese espacio abierto entre la reja y la cristalera. Cuando pasaba por el lugar al día siguiente, su regalo ya no estaba allí. Su marido, obviamente, nunca se enteró y ella sí supo que los presentes eran obra de su enamorado, aunque jamás leyera una nota de su puño ni le dirigiera la palabra durante la misa o durante la verbena de Santa Engracia, únicas ocasiones en que la esposa era liberada por el esposo. Para él sus miradas en aquellos distantes encuentros eran suficientes para tener constancia de que ella recibía sus regalos y los apreciaba. Así pasaron los años, las juventudes fueron ajándose, los vigos desapareciendo y las fuerzas menguando. Hasta que, al fin, a una edad en que las personas ya sólo piensan en descansar después de una vida llena de trabajos, el marido de su amada murió. De cirrosis, claro está; aunque también se hablaba de cierta enfermedad innombrable que los hombres contraen cuando frecuentan mujeres de mala vida. Si estos rumores eran así, al menos fue lo único maligno de su marido que la desgraciada esposa no padeció, porque desde hacía lustros no sabía lo que era el contacto con otra parte del cuerpo de aquel hombre que no fuera su mano sobre el rostro. No

aguardó el preceptivo tiempo de luto. Al poco del entierro del infame, el viejo enamorado se presentó en la casa de la viuda con una bolsita de pastillas de regaliz, una sonrisa en su boca, en la que ya faltaban algunos dientes, peinados sus escasos pelos y temblorosas sus manos. La pidió en matrimonio y a los pocos meses se casaron. Entonces se dio cuenta de que no la había perdido cuando más la quería, sino que la había ganado cuando la quería como nunca antes la había querido.

YA NADIE SE ACUERDA DE LOS MUERTOS

"Ya nadie se acuerda de los muertos". Los dos ancianos estaban sentados frente al estanque. Atardecía en el parque que amenizaba los bloques del barrio, mazacotes de edificios color ladrillo con una luz mortecina. A duras penas el sol conseguía arrancar de su superficie un pequeño destello de alegría al amanecer. "Hoy en día se muere uno y lo lloran unas horas. Luego, alguna lagrimita y algún suspiro. Y eso si eres afortunado y tienes quien guarde esos sentimientos hacia ti. La mayoría ni siquiera puede disfrutar de ese reconocimiento. Ya ni siquiera te entierran. No hay tumbas, no hay nichos donde vayan tus familiares a ponerte flores el aniversario de tu muerte o el día de los difuntos. Ahora te incineran y echan tus restos al río, con lo sucio que baja siempre. Ni siquiera tienen el detalle de irse un día a la orilla del mar, aunque sea con la excusa de pasar allí la jornada y comerse una paella en el chiringuito. Tampoco se molestan en salir al campo. No, tienen que soltar las cenizas en el río. ¿Te imaginas lo que puede ser acabar como pitanza de peces, esos peces tan asquerosos que medran entre el cieno y la basura? Los jóvenes tiran las fotos de los abuelos y los bisabuelos, y los hijos las guardan en unos álbumes desencuadrados que ya nunca volverán a abrirse. No hay retratos

de los mayores en las casas. En su lugar ponen cuadros llenos de chafarrinones y pegotones de pintura que nadie entiende, pero que todos alaban. Corren malos tiempos para los muertos, Alfonso, malos tiempos." El anciano que escuchaba las palabras de su compañero también perdía su mirada en una lontananza que no llegaba más allá de unas copas detrás de las cuales sobrevolaban los últimos pisos de los bloques de ladrillo visto. Asentía a las quejas de su colega con un rictus de resignación. Unos niños perseguían a las palomas y unos jóvenes jugaban al fútbol en el césped. En una esquina del campo de hierba, una pareja se besaba sin reparos. "Mira a éstos," continuó el viejo "mira cómo se restriegan y se manosean en público. Sólo piensan en eso, sólo en eso. Si les preguntas quiénes fueron sus abuelos, seguro que ni se acuerdan. Y eso que ahora casi todos tienen la suerte de tener vivos a los cuatro. Y olvídate de que sepan quiénes fueron sus bisabuelos. Nosotros estábamos hechos de otra pasta. En casa guardamos la memoria de nuestros mayores durante generaciones. Pero cuando nos vinimos a la capital, todo acabó. Lo que más me duele es que hasta nosotros nos estamos volviendo como éstos. Ya ni me acuerdo de mis padres ni mis abuelos. Malos tiempos para quienes se marcharon, Alfonso, malos tiempos." El sol se iba poniendo. Ambos decidieron levantarse del banco y alejarse del parque. En su camino, pasaron

por encima de aquella pareja hundida en besos y atravesaron el tronco de un enorme ficus que era el orgullo del barrio.

ALEJANDRÍA ÚLTIMA

Salimos de noche. Sé que fue una decisión arriesgada. Sólo quienes tienen algo que ocultar eligen las sombras para moverse. Pero nuestra coartada era firme y nadie sospechó de una caravana que emprendía un largo viaje al país de la seda. Éramos simples mercaderes en pos de un ansiadamente generoso beneficio, nada más. No sospechaban cuál era la verdadera misión de nuestra caravana ni el objetivo final de nuestro viaje. Nada más caer las tinieblas de aquel día, el grupo de leales se afanó en entrar dentro de la cripta y sacar el cadáver. El vecindario no fue problema. Apenas nadie aparece por aquellos lugares y su templo es ignorado por quienes en estos tiempos se marchitan a la sombra de la piedra y del adobe. Los hombres de hoy ya no tienen oídos más que para los predicadores y éstos no hacen sino arrojar imprecaciones sobre los muros de los viejos edificios y sobre la memoria por la que ellos fueron arrojados durante cientos de generaciones. Costó mucho esfuerzo y algún tiempo más del previsto, porque el sarcófago era muy pesado y el paso de los siglos había convertido sus piezas en sólidos bloques. Me ahorro comentarte las sensaciones que nos dominaron cuando pudimos contemplar su cuerpo. Ya pocos aprecian su valor ni lo que hizo; sin embargo, para nosotros era el

señor del mundo. Las ideas y las palabras que representa están agonizando, y aquellos dioses entre los que se contó sólo emiten estertores de muerte. Van desangrándose en medio de una devoción que ha convertido en fieras ovejas a los hijos de aquellos seres que con espíritu altivo en otros tiempos pisaron firmemente hasta el último rincón del universo conocido. Por eso lo robamos, lo envolvimos amorosamente en nuevos sudarios, lo subimos a un camello y nos internamos en la vía que lleva a los confines del Imperio. El camino fue largo, las peripecias fueron numerosas; los obstáculos, incontables. Pero al final de la larga ruta, en el momento previsto, antes de que las nieves comenzaran a dejar su blanca hojarasca sobre los caminos, contemplamos las murallas y la silueta de la ciudad donde iba a reposar para siempre, alejado de quienes lo han olvidado, acogido por quienes le deben su existencia, cuidado por quienes aprecian lo que fue y lo que hizo. Y ahora yace en calma, enterrado en el suelo de una casa entre muchas de esa ciudad. Sólo un pergamino deja constancia de quién es por si en tiempos futuros, cuando el círculo de las edades gire en una nueva dirección más acogedora con los dioses y los héroes, alguien lo encuentra y lo hace regresar a su tierra favorita. Algún día sucederá, porque la gloria de Alejandro, como la de los viejos dioses, es eterna. Algún día harán retornar a Alejandría de Egipto el cuerpo de

nuestro señor desde este confín, desde la última de sus ciudades,
desde la Alejandría Última.

IFIGENIA

Hubiera sido tan fácil odiar a mi padre. Pero no sería cierto. Las pasiones humanas, que arrollan la escasa sensatez que los dioses nos concedieron, también en mi caso habrían tenido terreno para extenderse y cercenar el sentimiento natural que enlaza una hija con quien le dio la vida. Hubiera sido comprensible que alguien me reprochara este sentimiento; yo hubiera aceptado sus recriminaciones. Pero si alguien tuvo alguna vez un padre cuya voz resonara en calma durante las noches de tormenta, podría comprenderme. Agamenón era un caudillo, un rey de reyes y el peso del cetro recaía sobre sus hombros encorvando su espalda. La posteridad lo juzgó mal. Los poetas dijeron que fue altivo y soberbio, que tenía un desmedido orgullo en razón del trono que ocupaba. ¿Acaso no son estas las cualidades que se esperan de quien encabeza formaciones integradas por miles de hombres? ¿Qué diríamos si su carácter hubiera sido dubitativo en las tareas del gobierno de Micenas, o sus palabras vacilantes y su gesto temeroso? Todo lo que hizo fue obra de su sentido de la responsabilidad. Y al decir todo, querría incluir por entero todas y cada una de sus decisiones. Por supuesto, también aquella que me condenó al sacrificio después de un engaño. Aquel irreparable engaño. No sería

honrado por mi parte ocultar que la decepción fue inmensa cuando me enteré de que iba a Áulide no para casarme con Aquiles, sino para ser tendida como ofrenda cruenta en el altar de Ártemis. Al saber que la vieja culpa de mi padre había provocado su ira y la retención de los vientos que hubieran propiciado la ruta hacia Troya, me sentí víctima de una profunda injusticia a manos de un grupo de hombres ávidos de empapar sus manos con la sangre de sus enemigos. Aunque ninguna otra actitud hemos de esperar las mujeres de los hombres. Mi desilusión fue doble en aquellos momentos. Casarme con Aquiles era un sueño más delicioso que cualquier otro de los que mi espíritu había concebido anteriormente. Y en un instante, mi boda se desvaneció entre las brumas de los sueños perdidos, al mismo tiempo que el estupor invadía mis entrañas mientras miraba a mi padre preguntándole con los ojos la causa de su traición. Aquellos fueron los únicos instantes, breves, muy breves, durante los cuales creí derribar del pedestal la estatua en la que mi admiración había situado al rey de reyes. Escasos instantes fueron hasta que supe advertir en su mirada el dolor que le oscurecía el alma. Sabía bien que sus palabras rudas, que sus órdenes cortantes, que la aspereza de sus gestos disponiendo el sacrificio no eran sino la inevitable parafernalia con que el poder abruma los reales sentimientos de quienes lo poseen y lo padecen. Su frialdad no fue sino la pose de una efigie que debe impresionar a

sus fieles. Y cuando el cuchillo cayó sobre mi cuello en el momento del golpe fatal, mis ojos se volvieron hacia su porte y me sumí serena en las sombras del Hades conocedora de que con mi sometimiento colaboraba con la misión que los dioses decretaron para mi padre. La sucesión de los crímenes que tuvieron lugar al regreso de Troya no tuvieron otro motivo sino por la ceguera de mis hermanos y el deseo de los dioses de mostrar a los mortales los caminos de su padecer en el mundo, esos escuetos límites en los que se desenvuelve su existencia. Pero estas son otras historias que a mí no me involucraron porque yo ya moraba en el reino de Hades y no en la tierra de la Táuride, invención con la que algunos poetas, sensibles y timoratos ante la realidad humana, pretendieron suavizar lo que entendieron como un crimen espantoso. Morí joven tras un engaño y una decepción, pero no tengo nada que reprochar al causante de mi ruina. Él fue, como todos nosotros, un simple objeto en manos de los dioses y mi vida, como la de todos nosotros, tenía sus días contados desde el momento de nacer. Y no hubiera sido digna rama del árbol de los Atridas si hubiera muerto entre gemidos y reproches y si hubiera conservado en esta eternidad de las almas que moran el Hades, un rencor hacia quien no tenía más opción que cumplir obediente con su destino. Junto A estos pensamientos ha añadido otros mucho más consoladores. En medio del sopor provocado por la muerte en las almas, advertí que gracias

a la culpa de mi padre me evité los dolores del parto, la cólera ante las infidelidades de un marido cansado de dormir siempre con una misma mujer que, además, iba perdiendo su juventud y el final penoso de una ancianidad llena de achaques y lamentos en los desolados pasillos de un palacio extranjero.

EPITAFIO DE UN FILÓSOFO

Odié la vida en más de una ocasión,
igual que tú, viajero, que esto lees.
Ahora, en el reino de las sombras,
donde jamás se huelen primaveras,
odio el rancio aroma de la muerte.

DEDICATORIAS

A los veinte años creyó haber encontrado el amor de su vida y escribió sus primeros poemas en serio después de algunos tanteos de adolescente. Eran poemas de amor, como no podía ser menos. Le gustaba leer y tenía maneras de poeta, así que le salieron unas composiciones muy dignas para su edad. Y prometedoras. Las reunió en un pequeño libro y lo presentó a un concurso. No lo ganó, pero quedó finalista. Fue un primer impulso en una carrera que contaría con días de oropel. Lo que más le ilusionó no fue el libro en sí, ni sus versos, sino la dedicatoria que abría el cuerpo de su producción. Sus palabras estaban destinadas a ese amor que las inspiró. El reconocimiento de su valía literaria no alcanzaba la altura de su temblor a la hora de leérselos a su amado a la luz de la luna, en la orilla de aquel mar que fue el testigo de su primer amor. El mismo día que recibió la notificación del fallo del concurso y la oferta de un editor de publicar su libro, el mismo día en que, corriendo con el telegrama en la mano, acudía a comunicárselo a su amado, éste la recibió cariacontecido y le dijo que ya no la amaba y que se iba. La escritora sufrió y de su dolor surgió un nuevo volumen más maduro, más original. Le llevó dos años terminarlo. A lo largo de ese período, fueron incrementándose sus lecturas, sus

reflexiones sobre el arte de la poesía, sus tertulias y charlas con otros autores. Su carrera tenía ya rumbo y el bajel navegaba con buen viento. Le dedicó el libro a su madre, una persona corajuda, abandonada por su marido en la juventud, madre y padre, hermano y hermana de la artista, que siempre había estado a su lado cumpliendo con un papel que sobrepasaba la común cualidad de madre e iba más allá, mucho más allá. Aquella mujer excepcional que tanto colaboró con ella en hacerla caminar por la senda de la vida con el alma prieta y la mirada alta, falleció justo antes de que pudiera saber que su hija le había destinado unas hermosas frases en la página que daba acceso a su último poemario. Había guardado el secreto para darle la sorpresa. La anciana murió repentinamente de una embolia mientras preparaba la cena para ambas, justo el día antes de que la editorial le enviara sus ejemplares a la autora. En el ataúd, la escritora ya consagrada depositó uno de sus volúmenes oliendo aún a fresco. Y la vida continuó. Trabajó como profesora de Literatura en la Universidad, una labor que le permitía tener tiempo libre para su poesía. Fue afinando su estilo, quintaesenciando su contenido, aquilatando su ritmo y sus palabras. Fue acogiendo el reconocimiento de sus colegas. Sucesivamente, vino un libro dedicado a su amigo Miguel, que nunca llegó a ver aquellas palabras llenas de fervor, porque decidió suicidarse una tarde otoño bajo las sombras de una pertinaz depresión que jamás lo abandonó

ni solo un día de su vida. A los tres años de esa tragedia, sacó a la luz un nuevo libro dedicado a su marido. No pudo aquel hombre disfrutar de la lectura de esos términos llenos de dulzura y tensión amorosa. Simplemente, no apareció en casa aquella tarde en que la escritora había depositado sobre la mesa del comedor un ejemplar de su libro a la espera de que lo abriera el esposo. En lugar de su marido, lo que había era una nota donde el hombre le comunicaba que se había ido a vivir con su amante a Nueva York y le daba el teléfono de un abogado con el que debía tramitar el divorcio. El último libro de poemas que escribió en su vida no se lo dedicó a nadie. Y no hubo más libros. Su talento pareció quedarse reseco, exhausto, aunque no su amor por la persona que la acompañó hasta el final de sus días, su única hija, la misma que le había inspirado ese último rumor de su corazón.

OTRA ALCESTIS, SI OS PARECE

Θνήσκω, παρόν μοι μὴ θανεῖν, ὑπὲρ σέθεν.

Muero, aunque pudiera evitar la muerte, por ti.

Eurípides, *Alcestis*, v. 284.

Es que lo he visto en la tele, ¿sabes? Iba como siempre, con ese andar de pato un poco despistado. Pero se le veía satisfecho. No es para menos, creo yo. Fue antes de acompañar a los niños a la Facultad y al instituto. Los acerco en el coche. No me coge tan de camino, pero tampoco es tanta la molestia si les ahorro el trayecto en metro y en autobús. Y me gusta estar con ellos, aprovechar esos instantes en su compañía. Estaba en la cocina preparando el desayuno y tenía la televisión encendida. Era un avance de noticias en medio de uno de esos programas que tratan de mil chismes sin trascendencia. Antes oía la radio, pero me he acostumbrado a ver la tele en la cocina mientras trasiego con platos, restos de tostadas y café con leche, estropajo y lavavajillas. Con la radio puedes pensar mientras la oyes. Con la televisión, no. Así que decidí un buen día que era mejor no pensar, puse un aparato en la cocina y me enganché a la caja tonta por las mañanas. Mi cabeza se pone demasiado pesada cuando empieza a trabajar por su cuenta. Y lo peor son las mañanas, con el día entero por delante. Son tantas

ocupaciones acumuladas. Y vienen en tropel, no una detrás de otra, ordenadamente, que es como podría una manejarlas con cierta soltura. No, vienen en masa, apiñadas como una avalancha de nieve en medio de la montaña. No, sólo he visto las avalanchas en televisión. Es que se lo oí decir una vez a Alberto. Puede ser que de tanto trabajar con él se me haya pegado algo de su talento. Hubo un momento en que yo vivía la literatura más que él. Sí, me atrevo a decirlo, yo vivía la literatura casi más que él, durante aquellos primeros momentos en que tomó la decisión de intentarlo seriamente. Yo creía en sus libros más que él. Pero es otra historia. Te estaba diciendo que por las mañanas prefiero dejar mi mente en blanco. No lo consigo del todo, pero la televisión ayuda. Los niños, los niños..., mira que son grandes, pero nada, prefieren que les llame en vez de ponerse el despertador. A mí, la verdad, no me cuesta trabajo porque me levanto antes que ellos y también tengo que salir a la calle, a trabajar. Luego, nos montamos en el coche y, después de dejarlos, entonces pienso. Mientras, voy esquivando a los cafres que se cruzan delante de mí o me acosan con sus pitidos. A veces temo que sepan que me aterra conducir y que por eso, sádicamente, me aturullan con el horrendo sonido de sus bocinas y sus gritos. La gente a esas horas o está dormida o está de mala leche. Y más en una ciudad tan enorme como ésta. Y yo odio conducir, odio los coches, pero aquí son imprescindibles. Cuando vivíamos en el pueblo las

cosas eran diferentes. Todo estaba a mano y la vida se deslizaba con mayor calma, casi imperceptiblemente. Pero sabes que para Alberto era importante salir de allí. Tenía razón, para qué vamos a negarlo. Aquí está el corazón del mundillo cultural. Podíamos habernos ido a Granada o a Sevilla. Pero puestos en faena con una mudanza, con un cambio de trabajo y de colegio para la mayor, porque el pequeño no había nacido aún, era preferible apostararlo todo y venirnos a Madrid. Te confieso que tuve buena parte de la culpa en esa decisión. Me refiero a la de elegir Madrid. Ya lo conoces cómo es. O mejor, cómo era. Siempre tan vacilante, tan apocado con sus cosas, tan poco seguro de sí, tan desconfiado acerca de sus propias capacidades. Para mí resultaba más que evidente que eso de escribir era muy importante en su vida. Esperar la jubilación en aquel ayuntamiento, todo el día rodeado de papeles, con las mismas caras cada mañana, con ese trabajo tan monótono. Y luego, aguardar la muerte dando paseos por el parque en compañía de viejos que nada compartían con él. Porque odia el fútbol, jugar a las cartas o al dominó. Y el alcohol sólo lo toma en las fiestas y con cuentagotas. Entendí que su futuro era posiblemente muy oscuro si seguíamos en el pueblo. Y mira que a mí me gusta. Piensa que nacimos allí, que allí fuimos al colegio y tuvimos nuestros primeros amigos, que son los que duran toda la vida. Allí están las familias y las tumbas de nuestros muertos. Yo adoro mi pueblo, sus calles, su gente, su olor

cuando llega la primavera y el calor cuando el verano nos calienta las mulleras. Al atardecer, pocas cosas hay más agradables que pasear por el parque, cuando empieza a levantarse una brisilla que te da la vida después de un día insoportable. Y vas viendo a todo el mundo. Y los vas saludando. Y les preguntas por su madre o por su padre, si el niño he encontrado trabajo o cómo lleva la muerte de su cuñado. Cosas así propias de los pueblos. ¿Y qué decirte del invierno? A veces nieva, ¿sabes? Entonces, todo se vuelve blanco, todo. Porque las casas son blancas y, entonces, se ponen blancos también los tejados y el negro del asfalto. Pero nos fuimos. Fui yo quien se lo propuse. No me pesó la mudanza porque fue responsabilidad mía y a la vista está que mi intuición fue acertada. Dudo que hubiera sacado algo en claro de habernos quedado allí. Las cosas importantes se cuecen aquí, donde viven los capitostes y la gente importante. Además, tuvieras que haber visto la cara de ese hombre cuando volvía del ayuntamiento a la hora de comer. Se le veía en los ojos su amargura, en su boca torcida, en el tono de sus palabras. Y yo sabía que todo era porque le gustaba escribir, porque se sentía escritor, pero no confiaba en poder cumplir su sueño de llegar a ser alguien en ese mundo, de ser aceptado por el público y por los críticos. El pueblo lo tenía encarcelado, pero la peor celda era su carácter. Así que tomé la iniciativa y comencé una lenta tarea. Porque junto a la falta de fe en sus capacidades, Alberto tenía miedo

a arriesgar tanto. ¿Y si fracasaba? Tanto esfuerzo, se decía, tanto trastorno para acabar con idéntico trabajo, pero en medio de la locura de Madrid, con la vida mucho más cara, más ajetreada, sin el apoyo de nuestras familias. En fin, me costó un cierto trabajo vencer sus miedos. Lo conozco desde que éramos unos niños y nada más mirarlo ya sé qué es lo que tiene en la cabeza. Y decidimos venirnos a Madrid. Como es tan estudioso y tan inteligente, no necesitó mucha dedicación para sacarse otras oposiciones a un ministerio. Ya tenía bastante experiencia como administrativo y los temarios se los empapó como una esponja absorbe el agua. Desde entonces vivimos en Madrid. Al poco vino el niño. Me encargaba de la casa, de las criaturas y de la vocación de Alberto. Él se dedicaba a leer como un poseo. El piso se quedó pequeño para los libros que se traía. Gastábamos un presupuesto en libros, tanto que tenía que consultarle cuando necesitaba un trapito nuevo. En algún momento le sugerí que fuera a la biblioteca pública y los pidiera prestados, pero entonces me saltó con que los subrayaba y le hacía comentarios en los márgenes. Y terminó diciéndome que el placer auténtico lo dan los libros cuando se los posee. Me soltó una retahíla de razones que me dejó callada y ya no volví a mentarle el gasto en libros. Los niños estaban en primer lugar, como es natural, y nunca les faltaba de nada. Sin lujos, por supuesto, pero tenían de todo lo fundamental. Alberto se dedicaba a sus libros y yo me hundía en

hacer cálculos y más cálculos para salir adelante. Al final si alguien tenía que conformarse sin algo era yo. Pero no me siento frustrada por eso. Es natural. Tú eres madre y me entiendes. Tú quieres a tu marido y me entiendes. En algún momento pensé que era injusto, pero se me pasaba. Me imaginaba a Alberto triunfando con sus novelas y se me pasaba el malestar. Bueno, me perdonarás que te vuelva a contar lo que ya sabes, pero necesito hablar, sacar fuera lo que me está bullendo en el corazón, todo lo que me ha vuelto a brotar al verlo esta mañana en la televisión, en estos momentos tan importantes para él. Sí, sí, era un dineral el que se gastaba en libros. Mejor que nunca saliéramos a ninguna parte ni nos gastáramos un céntimo en cines, restaurantes o teatros, porque hubiéramos tenido que sacarlo de no sé dónde. Me resultaba molesto, para qué voy a negarlo, porque a mí siempre me ha gustado salir. No soy de estar todo el día de acá para allá, dando tumbos, pero un sabadito por la noche me sienta de maravilla ir al cine o al teatro y cenar fuera. No te digo en uno de esos restaurantes que nada más entrar te piden un riñón, no. Me conformaba con una mesoncito, unas tapitas, ya sabes. Y si era con amigos, mejor que mejor. Pero Alberto era muy huraño. La gente le molestaba. Así que me veías pasando las semanas, los meses y los años metida en casa con las cuatro faenas de siempre y aburrida. Me salvó la tarea que me impuse de sacar adelante a mi marido, para qué te lo voy a negar. Al poco de instalarnos, empecé a

insistirle en que debía tomarse en serio su vocación. Así llamé yo a ese impulso sin freno que lo obligaba a emborronar páginas y páginas con esa letra de hormiguita que tiene y que yo sólo entendía. Menos mal que en las oficinas ya nadie emplea la escritura a mano, que todo eran máquinas de escribir antes y ordenadores ahora, que si no, no sé, no sé. Luego, yo mecanografiaba sus manuscritos, porque sabía escribir a máquina. En el pueblo hice un par de cursos y se me daba bien. Alberto me decía que estaba harto de emplear el chisme en la oficina y que su tiempo fuera del trabajo debía dedicarlo a la creación. Así que tomé sobre mis espaldas la tarea de secretaria. Luego aprendí a manejar el ordenador también para pasarle sus escritos. Los primeros momentos, cuando los niños eran pequeños me resultaba complicado. Era difícil encontrar tiempo; pero fueron creciendo y me encontré más disponible para esa tarea y las angustias fueron remitiendo. Le dejaba en su cuarto leyendo y escribiendo. Gracias a mi insistencia, consiguió terminar su primera novela. Él quería dedicarse a escribir relatos breves, pero yo le dije que ni hablar. Que eso de los relatos breves no da fama ni dinero, suposición que era cierta, como pude comprobar después. Mi intuición me decía que Alberto necesitaba dar el golpe con una novela. Ésas sí que se venden y como des con una que enganche a la gente, pegas un golpe doble de una vez, te forras y te haces famoso. Luego, todo resulta mucho más fácil. Como era habitual, él no se

sentía con fuerzas. Escribió algunos cuentos que mandó a concursos. Yo sospechaba que era un camino inútil, pero lo dejé porque creía que podría ser un buen rodaje. Yo no entiendo mucho de literatura y menos de cómo se venden libros, pero tenía un instinto en el que confiaba, como me ha pasado siempre en la vida. Nunca le premiaron nada. Sólo una vez quedó finalista de uno, cuyo primer premio se lo dieron a un escritor consagrado de esos que tienen renombre tanto por sus libros como por sus andanzas. Se veía a la legua que estaba amañado. Hasta yo me di cuenta de que lo que había escrito ese figurón era un bodrio. De hecho, durante la copita que dieron tras la concesión del premio, a la que asistimos como invitados, uno de los miembros del jurado que había seleccionado a los finalistas, se le acercó y le felicitó porque, en su opinión, el relato de Alberto era el mejor. Luego, se encogió de hombros y nos dio a entender que el pescado estaba vendido de antemano. En todo caso, lo importante fue que mi marido se sintió algo animado. En ese momento decidió embarcarse en su primera novela. Le llevó casi dos años terminarla. No quiero ni que imagines lo que pasé con la dichosa novelita. Había días que parecía como si el mundo fuera a venirse abajo por culpa de eso que él llamaba "inspiración". Luego se presentaban los detalles. Que si tal personaje no cuadra, que si tal situación no le gustaba, que si tal suceso era infantil. No sigo. Yo lo oía sin pestañear, le aportaba mis ideas para la trama, que nunca

eran aceptadas, claro está, y estaba pendiente de echarle un cable cuando veía que estaba a punto de tirarlo todo por la borda. El caso es que al final la terminó. Un trabajo de forzado, te lo aseguro. Pero ahora venía una segunda parte que creo fue tan complicada como la primera. ¿Qué hacíamos con la novela? Alberto era partidario de mandarla a un concurso. Yo, no. Después de la experiencia sufrida, pensaba que era mejor remitirla directamente a varias editoriales y probar fortuna. Así lo hice. Y digo lo hice, porque me encargué yo de buscar direcciones, de hablar por teléfono, de preguntar si admitían originales, de encargar las copias, de terminar los paquetes. En aquellos tiempos no había eso de los correos electrónicos, como ahora. Otro presupuesto, chica, otro presupuesto en fotocopias y encuadernaciones, y en gastos de correos. Pero todo estaba justificado si lograba que Alberto fuera feliz. ¿No es normal esa conducta cuando amas a alguien? Aunque todo fue inútil. Inútil. Es que ni nos contestaban. Sólo alguna tuvo la deferencia de enviarnos un tarjetón rechazándola. Intenté comprender que las editoriales deben de recibir miles de originales y que si se ponen a contestar a todos, se gastarían una fortuna en papel y sellos; pero, por otro lado, como sufría en primera línea las penalidades de los escritores desconocidos, me enfurecía por su falta de tacto, de sensibilidad, de humanidad. ¿Tanto costaba responder amablemente que no les interesaba? La novela descansó en uno de los cajones de

su mesa de trabajo. Parecía que todo había terminado. Era lo que le faltaba a Alberto para confirmar que eso de escribir no era sino una utopía para un ser tan carente de cualidades como él pensaba que era. Pasamos una mala temporada. Se volvió apático y malhumorado. Más callado que nunca. Siempre había que extraerle las palabras con sacacorchos, pero en aquellos meses, se volvió más taciturno y silencioso que antes. Poco a poco, como todo lo que tiene relación con él, fui socavando sus defensas y le fui convenciendo de que lo intentara de nuevo. Si te soy sincera, en aquella época no sabía si, efectivamente, Alberto podía llegar a ser un buen escritor o no. Lo que me importaba era verlo haciendo lo que le gustaba. Compensaba los sinsabores de bregar con los fracasos el verlo en su mesa, embebido, maquinando tramas y personajes, lleno de un entusiasmo del que carecía cuando volvía a la vida real, a la vida cotidiana. Alberto tenía un mundo interior en el que únicamente era feliz con plenitud y que yo cultivaba con todo mi amor para él, sólo para él. Y logré convencerlo para que iniciase la tarea de escribir una segunda novela. Es curioso Alberto. Su falta de confianza iba paralela a un impulso incontenible por leer y por emborronar papeles. Supongo que es la cualidad que distingue a un escritor vocacional de un aficionado. Tal vez mi percepción de lo esencial que era para Alberto escribir me hizo apostar por él y confiar en que a base de esfuerzo y trabajo quizás un día lograra lo que más

deseaba en el mundo. Por supuesto que en medio de todo este fregado yo seguía con mi vida. Los niños iban creciendo y yo me había hecho con un grupo de amigas. Fue cuando te conocí. Lo necesitaba porque si no, me hubiera hundido en la tristeza. Y ya que los fines de semana eran sagrados para mi marido en su estudio, al menos podía salir con vosotras. Fue entonces, también, cuando empecé a prepararme para administrativa. Aproveché esos cursos que había hecho en el pueblo. Siempre me hizo ilusión tener un trabajo propio. Y mira por dónde, al final lo conseguí, vaya si lo conseguí. En fin, no aspiraba a nada del otro mundo. Lo suficiente para sentirme bien y meter algún dinerillo en casa. Pero hasta aquel momento nunca tuve tiempo. Y ahí donde lo ves, Alberto no veía con buenos ojos que trabajase fuera de casa. Ahora se las da de moderno y va por ahí hablando con importancia de una serie de cosas que me dejan helada. Pero en sus buenos tiempos, cuando no era nadie, la sola mención de buscarme un trabajo, lo ponía enfermo. Estudié casi de manera clandestina. Él lo sabía, por supuesto, pero no le gustaba ver trazas en su entorno que le recordasen que su mujer estaba estudiando. Llegué a pensar que era su particular manera de salvar un cierto sentido de culpa por no haberle dedicado nunca ni un segundo a sus hijos. Su conciencia estaba tranquila porque sabía que su mujer estaba al frente de la familia, mientras él se dedicaba a sus cosas. El caso es que aquellos cursos de formación

profesional me vinieron luego muy bien. De hecho, fueron mi salvación. No gano como para darme grandes lujos, pero sobrevivo con dignidad. Aquel fue el mejor momento para estudiar. Tú bien sabes lo dura que puede hacerse la vida cuando tienes a los hijos ya algo crecidos y van al colegio, cuando no te necesitan para todo. ¿No? Bueno, entonces es que debo ser una exagerada. El caso es que organicé bien las labores de la casa y el trabajo como secretaria de mi marido y me encontré con un tiempo que me interesaba más llenar con algo que siempre me había apetecido. Me parecía mejor que plantarme ante la televisión o salir a la calle a perder el tiempo de cotilleo con las vecinas. Me he desviado del tema, perdona. Alberto empezó su segunda novela. También le llevó terminarla un par de años. Fue un proceso tan penoso como el anterior, con el agravante de que se estaba volviendo más gruñón. La terminó y volvimos al tormento del envío a editoriales. Aunque esta vez mi ayuda fue un poco más certera. Entre la escritura de la primera novela y de esta segunda, había conocido a Cecilia. Su marido me echó una mano. Conoce a un editor que recibió el original con una notita suya. Por supuesto que Alberto no hubiera triunfado si su obra no hubiera valido la pena; pero el empujoncito del marido de Cecilia fue importante. Siempre me he temido que las editoriales ni siquiera miran lo que se les envía. Es como siempre han funcionado las cosas en este país, lo fundamental no es que valgas para lo que

haces o no, sino tener buenos conocidos que te den el achuchón y te coloquen en una posición a partir de la que puedas demostrar lo que vales. O vivir del cuento el resto de tu vida, claro. Como dice el refrán, quien no tiene padrinos, no se bautiza. Con todo, lo importante fue que la novela le gustó al editor, que la publicó, que se vendieron algunos miles de ejemplares, que la crítica la recibió bastante bien y que Alberto, por primera vez en su vida, se sentía contento consigo mismo. A partir de entonces, las cosas fueron desarrollándose con un ritmo firme, a pasos contados, nada de prisas, pero tampoco pausas. Comenzaron a hacerle entrevistas. Escribió otra novela y otra. Disfrutaban, generalmente, de una estupenda acogida. Porque, la verdad, Alberto es un excelente escritor. Se fue haciendo famoso. Para dejar el trabajo de funcionario en el ministerio no le hice falta yo. Él solito tomó la decisión y me pareció bien. Los derechos de autor le estaban dejando bastante dinero y comenzó a colaborar en periódicos y revistas. Hasta le propusieron hacer un programa de televisión sobre libros. La vida le iba viento en popa y su amor hacia mí iba menguando irremediablemente. Hasta que un día me dijo que se iba de casa porque estaba liado con una periodista. Yo sabía quién era la señorita. Era joven y vistosa. Se le veían ganas de arrasar. Trabaja en la televisión. Lloré, como es lógico, pero no le di la satisfacción de rogarle, ni le recordé nuestra vida en común. Ahora son asiduos de

fiestorros y de revistas. Están de moda los dos. Vaya, hablo sin parar. ¿A qué vino todo esto? Ya recuerdo. Lo he visto en la tele esta mañana. Era antes de acompañar a los niños. Era antes de ir a meterme en la oficina de la empresa, antes de ir al supermercado, antes de volver a casa y hacer la comida, de limpiar y poner la lavadora, antes de que vuelva la niña y me cuente cómo le va en la Facultad, antes de que el pequeño regrese cabreado y soltando tacos, como siempre, del instituto, ¡el pequeño, si tiene dieciocho años! Se parece a su padre. Tiene sus mismos andares, esos andares de pato de su padre, ese caminar desbaratado que rechinaba con el traje de gala que llevaba puesto, con la pajarita, el frac y el discurso de aceptación del sillón en la Real Academia.

LA CONFESIÓN

La revolución sólo admite la risa en el escarnio. Y aunque el escarnio fuera reiterado en nuestra tarea, no era frecuente que la carcajada irrumpiera en la sala de interrogatorios. Los compañeros, aquella tarde, se rieron de él. Estaban de buen humor, remojados en el vodka que repartían los camaradas soviéticos, y reaccionaron contundentes en su risa cuando el profesor entró en la sala e hizo su pregunta. Encorvado, con unas gafas gastadas, un terno raído y mugriento. Su cara estaba ultrajada por una barba de semanas, tan lejana de aquel rostro rasurado que nos ofrecía en sus clases. Su cabellera, gris y selvática, se enmarañaba sobre una cabeza que en sus mejores tiempos tenía reminiscencias de aquellos héroes a cuyas hazañas se entregaba curso tras curso. Su andar, vacilante, torpe, extenuado de privaciones y pesares. Nada recordaba su figura ni su porte. Sabía quién era desde que lo nombraron y gracias a ese dato pude descubrirle en el instante de aparecer. Por su aspecto, difícilmente hubiera averiguado quién era. Ni siquiera hizo un ademán. Estático, en pie, su pregunta, débilmente adivinada en su voz, fue directa y cortante. “¿Dónde tengo que firmar mi confesión?”. Bien, se dijeron los comisarios encargados de la faena, éste no va a dar problemas. Entonces, se rieron. Ahora, una vez

despiertos de la pesadilla, recostados en este sofá, con nuestras tazas de té y el atardecer sereno que se esparce tras los ventanales de este salón, os cuesta trabajo imaginar qué pasaba por sus mentes, cómo la gente llegaba a asimilar los presupuestos de la revolución y las consignas del partido. Ahora, que muchos como yo sentimos nuestro pellejo seguro, refugiados en el deseo que todos tienen de olvidar. Realmente, veían en cada persona señalada un espía, un conspirador, un enemigo del pueblo. Realmente lo veían así. Despojados de aquel contexto, semejante actitud puede pareceros absurda, elemental. En aquellos días, en aquellos años, lustros, decenios, muchos realmente pensaban que el estigmatizado era lo que el partido quería que fuese. Aunque ante sus ojos sólo hubiera un pobre anciano desharrapado y sucio que aspiraba únicamente a salvarse del tormento. El comisario salmodió la consabida retahíla de acusaciones. Burgués, reaccionario, fascista, capitalista, colaborador de la explotación, espía, conspirador y demás títulos de desprecio que los manuales del buen comunista tenían entre sus páginas. Él no me reconoció. No podéis imaginaros el consuelo que tal ignorancia me ha proporcionado en todos estos interminables años. Tantos alumnos habrían pasado por sus ojos y sus palabras a lo largo de su carrera como profesor. A pesar de que me había apreciado, de que me había protegido, de que me había aconsejado muchas veces. La oscuridad de la sala, los uniformes, su

sufrimiento, su humillación, los años pasados, mi paso atrás para hundirme entre las sombras, el foco directo sobre sus ojos, todo se conjuró para que la presencia de aquel alumno favorito escapara de su conciencia. No sabéis cuánto me ha aliviado durante todos estos inacabables años aquel desconocimiento. Mi profesor volvió a repetir su pregunta cuando el camarada terminó su lista. “Lo confieso todo. ¿Dónde hay que firmar?”. Le extendieron un papel y firmó tembloroso, no sin antes pasarse el dorso de la mano por una boca reseca y dolorida. Suscribió todo aquello de lo que se le acusaba. Aunque en su vida creo que sólo podría sentirse objeto de una acusación. No haber entusiasmado a un mayor número de aquellos aprendices de hombre que se sentaban en las aulas mientras él les enseñaba no sólo las declinaciones o las conjugaciones de una lengua aparecida y muerta en un lejano rincón del Mediterráneo hace más de dos mil años. El profesor también les enseñó, nos enseñó, los actos de sus dirigentes, las palabras de sus escritores, las estatuas de sus escultores, los edificios de sus arquitectos. ¿Por qué me vino entonces el recuerdo de aquellas clases tuyas dedicadas a Antígona? Me habían impresionado. A un esbozo de hombre como era yo el heroísmo de la mujer le había llenado el alma de admiración. Si algún día me encuentro en semejantes circunstancias, me gustaría ser como ella, pensaba. El profesor concluyó las clases sobre la tragedia afirmando que si

alguien deseaba entender qué era la libertad debía zambullirse en el espíritu de la tragedia de Sófocles y empaparse hasta la médula de sus palabras. Firmó todo lo que se le presentó y fue conducido de nuevo al calabozo. Tras la puerta, una vez cerrada, se me ocultó no sólo la imagen de un hombre derrotado. Nunca fui más consciente de mi papel en la obra que en aquellos segundos de desistimiento y de risotadas. Sabía que al amanecer del siguiente día no lo amontonarían en un vagón del tren que iba a los campos de trabajo en unas tierras frías, lejanas y extranjeras. Era demasiado mayor para esas funciones, para la gloriosa tarea de erigir un mundo nuevo donde no habría más explotación y todos serían felices. Era demasiado viejo. Su destino estaría en mis manos. Como el de tantos que presentaban la misma circunstancia. En el momento de dirigir mi pistola a su nuca y disparar, no pude reprocharle su actitud.

ATAQUE DE CUERNOS

Mi marido suele decir que las infidelidades nunca deben ser reveladas a la pareja. No lo dice delante de mí. Lo dice en su trabajo. Como buen profesional, nunca me comentaba los particulares de su labor. El tema daba exclusivamente para sobremesas donde hablaba de cuestiones económicas, de disputas con colegas, de próximas intervenciones en congresos y asuntos similares. En raras ocasiones, excitado por un descubrimiento en su especialidad, me hacía partícipe de sus entresijos. Eran minutos en que su vocación se imponía sobre la conciencia de que estaba expresando su placer ante una persona que sólo entendía la alegría, no sus motivos. Nunca, nunca daba detalles sobre sus pacientes ni sobre las técnicas que empleaba en su trabajo. Y yo lo comprendía. En parte porque soy leiga en su materia y en parte porque siempre acepté la inviolabilidad del secreto profesional como parte esencial de su proceder. Es más, ese prurito me hacía sentir orgullo por su seriedad y pundonor. Aunque nadie está libre de un desliz, de unas copas de más, de un entorno agradable, de una noche fresca tras un soleado día de agosto, en la costa, con la melodía de las olas acariciando los oídos de comensales satisfechos tras una buena cena en un excelente restaurante, tomando ya las copas. En ese contexto de charla con

amigos de toda la vida, en el lugar de vacaciones de toda la vida, se le escapó esa especie de axioma. Prueba de que no le concedió mayor importancia es que no percibí en él reacción alguna de arrepentimiento y que no hizo ninguna alusión más en el curso de la noche ni en los días que siguieron a aquella velada. Sí me resulta vivo el recuerdo de la sensación de cierta perplejidad que me asaltó. Siempre dimos por sentado que la sinceridad es la base de la convivencia en la pareja. O tal vez fuera éste un principio que sólo en mí tenía asiento firme y que yo, por lo indiscutible de su vigor, nunca sospeché que él rechazara. Ignoro si fue por la percepción de que ahondar en el asunto iría en detrimento de su intimidad profesional o porque preferí no darle mayor trascendencia para evitar situaciones delicadas, el hecho es que no le hice mención alguna. La máxima de mi marido saltó a mi memoria a raíz de mi asunto con Paquito. Lo conocí en el gimnasio donde atormentaba mis michelines día sí y día no. La vida de esposa de un psiquiatra famoso y bien adinerado es aburrida. Conste que si no trabajaba era porque no quería. Sus influencias me hubieran proporcionado algún puestecito y su dinero me hubiera permitido montar una boutique. Nunca me dio por ahí. A cargo de los dos chalets, el de la ciudad y el de la playa, de nuestros tres hijos, del servicio doméstico, mi vida transcurría normalmente en una dulce mediocridad. Pero Paquito, con sus músculos, su cuerpo de atleta, su sonrisa blanca, su

jovialidad y su poder, me cautivó. Fue a mi pesar, bien lo confieso. Pero sucedió. Nunca pretendí, una vez que estuve envuelta en la vorágine de la pasión, que aquello trascendiera. No era tan vacua como para pretender echar por la borda la vida cómoda y segura que tenía junto a mi marido. Y nuestros casi treinta años de matrimonio no pesaban en el afecto que sentía por él. Todo fue un calentón en un mal momento. Tampoco Paquito pretendía más. Algunos revolcones en hoteles, algunas escenas de alta tensión en su apartamento, alguna copa con el cosquilleo de la clandestinidad en pubs selectos. Nada más. Aquello terminó sin broncas, ni escenas. Y seguí viendo a Paquito en el gimnasio sin que al saludarnos no sintiera en mi espinazo más que el temblor de un recuerdo bien digerido. Y, bueno, siguiendo aquel principio de mi marido que se fugó de su boca en aquella noche perdida de un lejano estío, no le dije nada. La sinceridad en la pareja, me dije, bien podría ser uno de esos mitos que andan revoloteando por los desvanes de la mente adolescente y que, en la madurez, nos negamos a abolir por fidelidad a las sensaciones agridulces de un pasado embellecido. No sé cómo se enteró. Hay mucha bruja suelta por esos mundos y mucha envidiosa, supongo. Mi marido tampoco me montó una escena. Simplemente, me envenenó. No en balde es médico y sabe cómo agenciarse esos procedimientos. Y aquí estoy flotando en el aire, esperando aturdida no sé qué y viéndome en la camilla de la

sala del forense y hablando con usted, tan flotante como yo y tan despistado. Parece ser que he muerto de un repentino ataque al corazón. Buen profesional mi marido. Porque va a conseguir que nadie sospeche del asesinato y porque conoce bien, muy bien, la naturaleza humana. Y la suya.

FEDRA

Un hombre despechado por una amante que lo ignora y poseído por el furor de su orgullo herido, la mata. Una mujer frustrada por el desprecio de su amante sugiere a otro hombre que lo mate. Así nos han dotado los dioses para compensar la carencia de la fuerza bruta. Nuestras armas son portadas por otros con mayor fuerza en sus brazos y con la capacidad de blandirlas sin que las gotas de sangre del enemigo derrotado manchen nuestras túnicas. Luego, cuando la víctima yace en tierra y el vencedor enarbola orgulloso su espada, nosotras acudimos al encuentro del drama con las lágrimas en los ojos y el clamor en nuestras gargantas. Pero en mi caso todo fue un simple acto de ficción. Fingir también se nos da bien. Es otro de los poderes que nos ha regalado la divinidad. De este modo, los testigos de la matanza pueden sentir compasión de quien ha provocado la ruina de los protagonistas. Yo intenté vengarme así de Hipólito, ese desdeñoso jovenzuelo que ocultaba su miedo ante mi sexo con la excusa del fervor hacia Ártemis. Y mi instrumento era su padre, Teseo. Pero el destino tenía decretada otra conclusión para la trama. El final fue más sangriento de lo que pretendía, pero el que debía ser castigado, fue castigado. Y eso es lo que importa. Hipólito tenía que recibir las muestras de mi ira por su

rechazo, más necesario aún si se piensa que con su actitud estaba retorciendo el brazo de su auténtico deseo. Bien sabía por su mirada que en el fondo de su corazón ansiaba tomarme entre sus brazos y hacer estallar en mí el volcán que lo iba consumiendo. Intentaba ocultarlo, pero a mí no me pasaba inadvertido. Yo conocía bien la pasión que zahería su carne y su mente. Cuando me rechazó, en un primer momento me sentí espoleada por el sabor de un reto cuya superación se me antojaba deliciosa. Convencida de que sus reticencias, sus huidas no eran sino muestra de su timidez, insistí. No fue fácil porque yo era la esposa de Teseo, e Hipólito, además de su hijo, era mi sobrino, el hijo de mi hermana Ariadna. El recuerdo de mi hermana también tuvo su papel que jugar en esta obra. En algunos instantes, el rastro de la venganza también dulcificó mis sueños de seductora. Mi esposo la había tratado con indignidad, como suelen hacer los hombres. Conquistar a Hipólito podía constituir no sólo una satisfacción de mis deseos por la carne joven, sino también una manera de postrar el honor de Teseo en este país que mi hermana había colmado con sus lágrimas cuando fue abandonada en la isla de Naxos. No voy, sin embargo, a ser embustera y diré que la auténtica razón de mi persecución era el simple y puro deseo. La infamia cometida con Ariadna no era sino un condimento más añadido al placer de un buen plato. Hipólito era hermoso, fuerte, joven. Teseo era un hombre a punto de entrar en las

postrimerías de la madurez, tan sólo preocupado de su honor y de su fama, esos valores que tanto aprietan las almas de los hombres y tanta vida les hace derramar por las heridas que les producen. Hipólito era un corderito al que enseñar las artes del amor y la dulzura de la posesión de un cuerpo. A pesar de mi insistencia, él siguió negándose a mis requerimientos. Su persistencia en la negativa empezó a resultarme enojosa, por cuanto sabía perfectamente que moría por entregarse a mí. Tal vez debí ser más indulgente. Era cierto que su posición, nuestra posición, era delicada. Por más que le garantizara la impunidad para nuestra falta, en él podía más el temor y la deshonra que su instinto. A cada acometida de mis palabras le seguía su rubor y la huida al monte, a cazar con desmesura, intentando desfogar con el arco y las flechas lo que su virilidad no podía realizar por miedo. El tiempo iba pasando y mis ardores iban consumiéndome más de lo que podía soportar. Aquel asunto empezó a obsesionarme y un buen día me di cuenta de que rebosaba por los bordes de lo que podía tolerar. No era normal que alguien a su edad prefiriera las artes de Ártemis a las de Afrodita con esa firmeza insana. Imperceptiblemente, el fuego encendido en mí por su cuerpo fue deslizándose hacia la leña del resentimiento y la sombra de la venganza empezó a minar mi mente. Todo lo tramé de la manera que consideré más dañina. El ingenuo de Teseo estaba tan creído de su importancia y tan ocupado

con sus faenas de gobierno, que nunca sería consciente de todo el juego que se urdía en la cabeza de su mujer. Picó el anzuelo, creyó toda la historia que le conté entre hipidos y un contenido ataque de histeria diestramente fingido. Su estupor dejó paso a la ira; y la ira, a los gritos en demanda de la presencia de Hipólito. Luego, ya sabemos todos, aquella huida, aquel carro funesto, aquella caída y aquella muerte. Se creyó en un castigo de los dioses por una conducta execrable. Nadie puso en duda mi versión de los hechos, mi acusación de su intento de violación. O nadie, al menos, se atrevió a ponerla en duda visto que el señor le dio tal crédito que ordenó apresar a su propio hijo. El dolor anegó los espíritus de todos, incluido el mío, lo confieso, en aquellos primeros instantes. Porque aquel nunca fue el desenlace que yo esperaba. Todo concluyó más dolorosamente de lo que había imaginado. Pero así es la vida de los mortales. Rara vez nuestros planes se llevan a la realidad en todos los extremos calculados y siempre es de esperar la intervención caprichosa de los dioses. Hipólito murió, Teseo lloró algún tiempo su pérdida para volver enseguida a lo que realmente le interesaba y yo quedé en la memoria de mis contemporáneos como una mujer víctima de los ardores incontrolados de un joven sin continencia. Por eso, no creáis a quienes, con el paso de los siglos, han adornado mi historia con los oropeles de una pasión más decente para las mentes humanas. Y aunque los espectadores de

alguna que otra tragedia se escandalizasen en su tiempo por considerar esos amores desplegados en escena como obscenos, más se hubieran escandalizado si hubieran conocido cuál fue la verdadera naturaleza de las intenciones que serpenteaban por los rincones de mi alma.

EL ANILLO DE PLATA

¿Conoces a Juanito Rendueles? Es ese muchacho de aspecto ni demasiado agraciado, ni demasiado espantoso. Tampoco es ni demasiado listo, ni demasiado tonto. Es una medianía en el sentido íntegro del término. Pero no otorgues una mala interpretación a mis palabras. No es mediocre, sino sencillamente intrascendente. Juanito Rendueles no llama la atención ni para bien ni para mal. Ha estudiado una carrera con un número aceptable de suspensos y repeticiones, y ahora trabaja en un lugar donde gana un sueldo normal para su edad y preparación. No es simpático, pero tampoco un cenizo. Habla lo justo y nunca se hace el gracioso, porque sabe que no lo es; pero tampoco jamás se pasa de taciturno. Uno más del montón. Viste con un estilo clásico, pero le da detalles de informalidad que nunca provocarían una mirada sobre él ni para criticarlo ni para elogiarlo. Su vida venía siendo tan llana como el fiel de una balanza bien equilibrada. Salvo por ese detalle no menor que lo acongojaba, en ocasiones, más de lo aceptable. El pobre de Juanito tenía una espina que amargaba sus días. Se me quejaba de que ligaba escasamente, por no decir nunca. Las mujeres no le hacían caso. Ni lo miraban. Alguna que había accedido a alcanzar cotas de una intimidad que auguraba placeres mayores, apenas si

había visto en él un maravilloso confidente, un buen amigo. Te lo subrayo porque le reventaba el momento en que la hembra de turno se le quedaba mirando con sorpresa y le abofeteaba femeninamente diciéndole que no quería saber nada de amores ni juegos carnales porque Juanito era para ella sólo "un buen amigo". Su vida erótica daba cuenta de una tristeza antológica. Un día, en medio de una depresión provocada por su escaso éxito entre las mujeres, leyó en alguna parte que en cierto sitio determinadas personas habían ingeniado un movimiento en pro de la castidad. El símbolo de su compromiso era un anillo de plata. Prometían esas criaturas no saborear los placeres del cuerpo hasta haber contraído matrimonio con el amor de su vida. A partir de aquel encuentro, Juanito Rendueles se pasó al bando de los renunciantes y se puso un anillo de plata. Su mano jamás había llevado adorno de ninguna clase, así que debía responder a aquellos que le preguntaban la razón de la presencia del discreto arito. Y él respondía circunspecto que se había sumado al grupo de los castos. Acompañaba su declaración con detalles complementarios acerca del club y de sus propósitos. Ni que decir tiene que sus amigos se quedaban de piedra, porque Juanito nunca fue creyente ni dado a misas o sahumeros. Pero afirmaba su nuevo estado con tanta convicción que todos acababan por creerle. Y te parecerá imposible, pero desde el momento en que se declaró casto y dispuesto a no hollar carne de mujer hasta la

noche de bodas, las féminas cayeron sobre él como lobas sobre una presa débil. Y Juanito Rendueles, entre lamentos por su pérdida integridad moral, gozó como nunca de esas deliciosas criaturas del Señor, tanto más entregadas cuanto mayor era su resistencia.

**EPITAFIO DE UN GUERRERO FOCENSE MUERTO EN LAS
TERMÓPILAS**

Viajero, estás mirando el cenotafio
de Praxíadas, hijo de Melantias.
El mar de las Termópilas admira
el sordo griterío de batalla
que aún profieren sus huesos escondidos.

EL FANTASMA

¡Cómo olvidarme del bueno de Remigio! Remigio fue siempre un criado fiel. Perteneció a una dinastía de servidores de la Casa. Sus antepasados habían vivido en el palacio y atendido a la familia desde tiempos perdidos en la memoria. Si hubiera tenido su árbol genealógico, sus ramas se hubieran enredado entre las de nuestra familia prolongándose en el pasado hasta casi los orígenes del primer Duque. Y como era de esperar de nuestra grandeza, hemos correspondido con gratitud a la dedicación de la familia de Remigio. El paso de los siglos había llegado a crear una ósmosis entre ambas estirpes. Apenas hubo vástagos de nuestra familia que tuvieran queja o mal comportamiento con los integrantes de la familia de Remigio. En compensación, jamás una mala crítica o un gesto de deslealtad mancillaron ni las palabras ni las obras de esos fieles criados. Esa era nuestra marcha en común hasta que Remigio murió. No había hijos ni sobrinos. Su mujer, Aurora, había fallecido hacía unos años sin descendencia y la genealogía de Remigio concluyó con él. Lo sentimos porque era muy querido y porque, como aristócratas, somos conscientes del poder del pasado sobre nuestras vidas. Fue bien tratado en su enfermedad y a su muerte fue enterrado al lado de su esposa en el terreno propiedad de la Casa

Ducal dentro del cementerio de nuestro pueblo originario. Tras oír el responso del sacerdote y depositar la losa de mármol sobre el ataúd pensamos que tanto Aurora, como Remigio y su familia pasaban a formar parte de los anales de nuestra Casa, igual que tantos otros acontecimientos y personas que se han cruzado por nuestra vasta historia. Pero nos equivocamos. Al poco de darle el último adiós al fiel criado, empezaron a notarse en el palacio de Fontanilla, donde había servido durante tantos años, las manifestaciones de extrañas fuerzas que enseguida hubo quien achacó al más allá. Vasos que se movían sin que nadie los impulsara, objetos que cambiaban de lugar misteriosamente, luces que se encendían y se apagaban ajenas a mano humana y un sin fin de hechos que conducían indefectiblemente a la presencia de alguna alma en pena que se resistía a ingresar en el mundo de los muertos. Llamado el padre Coricio, nuestro capellán titular, declaró solemnemente que había una presencia de ultratumba en nuestro palacio y que era menester averiguar qué le pasaba para poder despacharlo con todas las bendiciones al lugar que por el curso natural de los seres humanos le correspondía. Acudimos prestos a los servicios de expertos en la cosa y tras arduas deliberaciones y contactos con el alma, supimos que se trataba del pobre Remigio. Estuvo tan contento en vida con su trabajo y el trato que le dispensamos, que se negaba a irse del palacio. No era un caso típico

de alma con cuentas pendientes en lo que fuera su entorno, sino de una alma tan satisfecha con su vida, que se resistía a abandonar el escenario en el que había transcurrido la misma. Siguiendo las instrucciones de los sabios, sometimos al espíritu de Remigio a diversos exorcismos. Pero todo fue inútil. Remigio volvía a situar en su sitio de siglos ese jarrón que la nueva criada había depositado en lugar erróneo, u ordenaba la vajilla de plata de forma correcta, o cepillaba el traje de gala de padre sin que el nuevo mayordomo pudiera hacer nada por evitarlo. Y así, decenas de detalles tras los cuales se podía distinguir sin dudas la mano cuidadosa y leal de Remigio. Todos, en un primer momento, apreciamos la fidelidad del criado, pero llegó un punto en que su solicitud comenzó a resultar onerosa. Una vez muerto y aprovechando facultades tales como la capacidad de atravesar paredes o volar o bilocarse, llegó al punto de facilitar un condón al tío Federico en plena actuación con su última amante en una de las dependencias del palacio, o derribar involuntariamente a Matildita cuando intentó ayudarla a montar en su alazán, o soplarle el té a madre para que no se quemara la boca en medio de una reunión con otras damas de la Asociación de la Nobleza Caritativa. Y hubo muchas más. Se podía percibir que su carácter se iba agriando porque no se sentía recompensado por sus desvelos y por el supremo sacrificio que suponía permanecer en el mundo de los vivos por el simple amor a sus señores. Una tarde

desinfló las ruedas del viejo Rolls Royce en marcha simplemente para darle un disgusto al chófer. Este pobre hombre le había dicho que se marchara ya al infierno y lo dejara limpiar en paz los cristales del coche. Cuando padre decidió tomar cartas en el asunto y pedirle solemnemente en medio de una sesión espiritista que, por favor, descansara en paz, el alma de Remigio inició un profundo lamento que estuvo asolando el palacio durante días. Finalmente, optamos por dejarle que hiciera lo que quisiera. Por ejemplo, ahora que te estoy contando esto, observa cómo se mueve esa araña de cristal sobre nuestras cabezas. Es Remigio que la está limpiando. Como ves, no tiene problemas con las alturas y, a fin de cuentas, nos ahorra algún sueldo que otro, algo que siempre viene bien, ¿no crees?

NICOLÁS EL MÚSICO

Érase una vez, en la vieja ciudad anatólica de Colonea por los tiempos del Imperio de Oriente, que vivió el laudista Nicolás. Su destreza en el manejo del instrumento le había valido una fama extendida por toda la región. Sus sones encantaban a quienes los oían y su pasión en el momento de hacer vibrar las cuerdas de su laúd encendía los corazones de los hombres, disipaba la melancolía de las jóvenes y lograba que los niños detuviesen sus juegos.

En aquellos días, las gentes de esta ciudad eran prósperas. Una larga sequía había terminado y las lluvias habían enriquecido el país. Sólo en algunas ocasiones los mendigos se congregaban a las puertas de los conventos para comer de la caridad de los monjes, o bien acudían ante el palacio del señor para que la hermana del aristócrata cumpliera con sus compromisos de caridad cristiana. El palacio del señor Miguel Mopsocomes, que un día fuera Gran Almirante de la Flota Imperial, dominaba la ciudad desde la altura. Retirado allí de los afanes cortesanos, vivía hacía años al frente de sus posesiones.

Nicolás nunca sufrió escasez ni pobreza. No era un potentado, pero tampoco un pedigüeño. Su fama de artista le reportaba beneficios suficientes para ocupar una confortable habitación en la

posada de la señora Arcadia y comer unos buenos platos al día. Esta señora Arcadia era una viuda cuyo marido había sido el dueño del negocio y que había muerto a los pocos años de casarse. No habían podido tener hijos. En esas circunstancias, la mujer se había hecho con las riendas de la posada y había conseguido rodearla de prestigio. Sólo se sirvió de su trabajo diario y sus recursos para hacer frente a todo tipo de insidias legales y de pretensiones matrimoniales.

Cuando le flaqueaban a Nicolás las peticiones de su arte, la señora Arcadia le cobraba en trabajo y Nicolás encandilaba entonces a los clientes de la posada. La dueña asistía complacida a estas actuaciones porque le aseguraban buenas cantidades de monedas. Mientras oían al laudista, los clientes comían y bebían más.

Un día en que Nicolás animaba los bolsillos de la dueña con sus interpretaciones, entró en la posada Vera Sofía. Era una muchacha que nunca llamaba la atención de los comensales, no sólo porque estaban pendientes de las melodías de Nicolás, sino también porque su cuerpo no era rotundo, ni sus mejillas sonrosadas, ni era rubia con trenzas, ni excesivamente joven, ni esmeradamente vestida dentro de la modestia de su condición. Más bien era objeto de alguna que otra burla por su delgadez y su carencia de lustre. Y Nicolás, como artista que era, se percató de ello. La muchacha no llamaba la atención del vulgo masculino, lo que le evitó el destino

de cualquier otra mujer que a su edad ya tendría varios hijos a sus espaldas, un marido gruñón y varios ancianos que necesitasen de sus cuidados. Vera Sofía entraba con frecuencia en la posada para vender su leche, sus quesos y sus flores. Esporádicamente, remendaba ropa blanca y la lavaba. Era una asidua proveedora de la señora Arcadia, con la que parecía entenderse perfectamente.

Nicolás había visto cómo Vera Sofía se acercaba a la señora Arcadia. Llevaba un gran cesto colgando de su brazo derecho y una cántara en su brazo izquierdo. Sin embargo, el peso no se reflejaba en el rostro ni en la postura. El laudista no apartaba sus ojos de ella. Su melodía se hizo tierna y su entonación se llenó de dulce apasionamiento. Esas notas provocaron peticiones de varias jarras de vino a los camareros y una ligera sonrisa en la dueña.

Las dos mujeres charlaron amistosamente unos instantes. La señora Arcadia entregó a Vera Sofía unas cuantas monedas y la muchacha se fue de la posada sin haber reparado en Nicolás. El laúd se enredó entonces en melancólicas tonadas de amor, hasta el punto de que los clientes empezaron a protestar. La dueña ordenó con un gesto al músico que alegrara su arte. Nicolás, conocedor de las dificultades que reportaban a la maestría del artista la carencia de cama y comida, obedeció a la señora y llenó el local de aires de fiesta, de sones alegres de vino y cosecha. Pronto la taberna vibró con las canciones que entonaban a coro los parroquianos.

Al día siguiente, Nicolás fue a buscar la casa de Vera Sofía. La señora Arcadia le había indicado las señas y le había advertido con una carcajada que un laúd era un arma poco eficaz para tomar fortaleza tan bien amurallada como el corazón de Vera Sofía.

- La muchacha perdió a sus padres siendo aún una niña - siguió informándole la señora Arcadia-. Su abuelo la recogió, la cuidó y atendió. El resto de la familia tenía demasiadas bocas que alimentar. La casa donde viven a las afueras de la ciudad tiene un pequeño huerto y un establo donde guardan un rebaño de cabras. Ahora, el abuelo está recluido en un sillón y, a buen seguro, sólo espera la muerte. Vera Sofía lo cuida con cariño y sé que procura no alargar sus ausencias de la casa para que el anciano no esté solo mucho tiempo.

Pero Nicolás sólo sabía que el arte y la consideración del público no eran suficientes para colmarle la vida. Se encaminó a casa de Vera Sofía con el laúd colgando de su espalda. Y en su ruta iba pergeñando mentalmente las notas de una canción que le pensaba dedicar. Pronto divisó, una vez cruzada la muralla, la casa de su amada. Estaba rodeada por una cerca de escasa altura. Y se oía el balar de unas cabras. Pastaban en un prado que se extendía ante la casa. Nicolás rodeó los animales, franqueó la puerta del cercado y miró alrededor. La vio. Estaba cortando unas flores y poniéndolas en un cesto. Nicolás se fue acercando. Vera Sofía continuaba su

tarea. Cuando Nicolás estuvo a su lado, se levantó, lo miró y sonrió. Le preguntó qué deseaba. El muchacho se dio a conocer. Quería comprarle algunas flores para su habitación.

- Está muy desangelada -le dijo-.

- Es hermoso venderle flores a un hombre -repuso Vera Sofía-.

No es frecuente.

Ambos entraron en la casa. Vera Sofía descargó sobre una mesa las flores del cesto y seleccionó unas cuantas, rodeó su tallo con una cuerda y tendió el ramo a Nicolás. El precio era una moneda y el joven le pagó. Al volverse para emprender la marcha, vio junto a una de las ventanas al abuelo. En medio de la penumbra se le podía apreciar una sonrisa.

- Vuelve alguna vez, muchacho.

Nicolás percibió con claridad que su plan podría desenvolverse sin dificultades.

- Abuelo, si le parece bien, voy a distraerlo un poco. Le voy a cantar una canción.

- No estoy aburrido. Veo el mundo a través de la ventana y mi nieta me cuida mejor de lo que esperaría cualquier viejo. No necesito más; pero tu música me encantará.

Nicolás buscó una silla. Ignoraba conscientemente a Vera Sofía. Se sentó, templó su laúd y comenzó a llenar de amables notas la única estancia de la casa. Vera Sofía, de pie, junto a la mesa,

escuchaba atenta. Era una melodía de primavera, de amor, de flores y de sol. El anciano sonreía y la muchacha esbozaba un gesto de aprobación. Durante unos momentos aquella casa, de cuyos muros no colgaba ni un adorno, se alegró de un modo diferente al habitual.

En el momento de salir, Nicolás se sintió invadido por una sensación de difusa calma. En aquel hogar no había jolgorio, ni ruidos de ninguna clase; pero no era un sitio triste.

Pronto empezó Nicolás a acudir con mayor frecuencia a casa de Vera Sofía. Cuando tenía un rato libre en época sin fiestas de vendimia o de cosecha, o cuando la señora Arcadia le daba permiso, algo a lo que accedía con cierta desconfianza desde que supo a qué dedicaba el tiempo libre su músico, Nicolás se presentaba en la estancia donde el abuelo veía pasar el tiempo. Y le cantaba canciones, le tocaba piezas de toda clase. El abuelo hablaba poco. Su nieta tampoco era muy parlanchina. Pero todos parecían entenderse sólo con la música y los gestos. Pronto llegó el día en que Nicolás se quedó a comer. Una escueta sopa de verduras con queso y pan. Pero le supo maravillosamente; mejor que aquellos platos rebosantes de tropezones de carne y legumbres con que la señora Arcadia lo alimentaba en los días de generosidad. Pero ninguna palabra de amor salía de la boca de Nicolás. Esperaba un momento oportuno que no acababa de llegar. Había algo en él que le impedía dar el paso. Quizá la advertencia, que la posadera le había hecho al

principio de su aventura sentimental, le despertase ciertos escrúpulos:

- Cuidado con herir a la muchacha, músico. Los artistas sois poco de fiar. Tenéis la cabella llena de pájaros y actuáis a favor de una ventolera. Dudo que Vera Sofía sufriese mucho si consiguieses engañarla y acabaras considerándola poca cosa más que un trofeo, pero no me gustaría que te sirviese para presumir delante de tus amigotes.

Nicolás no acababa de verse casado con Vera Sofía. Al parecer, era lo que se esperaba de él. La señora Arcadia no le provocaba ningún temor y tenía la suficiente confianza en sí mismo como para sentir miedo ante el futuro. Nicolás sabía lo que era gozar un rato con una mujer sin ningún sentimiento de amor y en las fiestas seducía a muchachas, en general bastante fáciles, con su música. Entre promesas que ambos sabían falsas, había pasado momentos de placer en pajares o en prados de hierba alta. Sin embargo, Vera Sofía era otro asunto. Nicolás la quería, pero no se atrevía a comprometerse. Un artista no encaja mucho con una campesina.

En medio de esta zozobra, que se iba encrespando a medida que el tiempo avanzaba, Nicolás se hizo asiduo de la casa de Vera Sofía e intimó grandemente con el abuelo. Un día confesó al anciano sus angustias y las razones de su malestar:

- Cada uno tenemos marcado nuestro paso -le respondió el viejo-. Unos andan deprisa y otros andan despacio. Si Vera Sofía debe ser tu mujer, lo será antes o después. Si no es así, por mucho que corras, no será tuya.

- ¿Me quiere?

- Creo que se casaría contigo porque tú le gustas y se esforzaría por hacerte feliz a ti también. Pero será feliz contigo o sin ti. Nunca ha necesitado nada y nunca lo necesitará.

De este modo, lo que se había iniciado como un cortejo galante había desembocado en un extraño temporal de sentimientos encontrados.

En estas tribulaciones andaba Nicolás, cuando una mañana entró en la posada el chambelán del palacio del señor. Preguntó a la señora Arcadia por el laudista. La dueña lo hizo despertar y lo trajo a presencia del estirado personaje

- De orden de Su Excelencia el Duque Miguel Mopsocomes vengo para anunciarle que se le espera mañana noche en el palacio para amenizar la cena del señor. Ha llegado hace tiempo a sus oídos su buen hacer con el laúd y quiere tener la oportunidad de escucharle. Le prevengo que Su Excelencia es muy exigente y un degustador del buen arte en todas sus manifestaciones. Tiene que esmerarse. Si consigue su complacencia, será generosamente

recompensado. Sin falta, sin excusas, mañana al atardecer en el palacio.

El chambelán, antes de marchar, dejó caer en el mostrador de la taberna unas cuantas monedas que provocaron chispas en los ojos de la señora Arcadia. Y Nicolás no hizo otra cosa que abrazarla mientras la carroza se alejaba calle arriba de vuelta a palacio.

Ambos rieron y la señora Arcadia le plantó un beso en la frente, aunque enseguida dio por terminada la euforia y le ordenó, señalando la escalera, que empezase a ensayar el repertorio que iba a ofrecerle al aristócrata.

Al atardecer del día siguiente, Nicolás subía al palacio vestido con su mejor traje. Iba peinado, perfumado y con su laúd colgado a la espalda más brillante y lustroso que nunca. Era la ocasión que había estado esperando desde hacía mucho tiempo. La imaginación se le disparaba y volaba hacia altas esferas: banquetes donde se pasearía como una de las mejores posesiones de la grandeza del señor Miguel Mopsocomes, residencias de aristócratas vecinos; probablemente, el Palacio Sagrado de Constantinopla y la presencia del propio emperador; hermosas doncellas y criadas, tal vez alguna joven de alta posición, que quedarían vencidas ante sus encantos. Su mente era un revuelo de imágenes y su corazón galopaba apremiado por la cuesta que conducía al palacio y por la ansiedad que le provocaba el cúmulo de ilusiones.

Los guardias le condujeron a la estancia de la servidumbre y el chambelán le dio las instrucciones pertinentes para que se cumpliese el protocolo. Al cabo de una hora, aproximadamente, Nicolás pudo sentarse en el lugar asignado. Estaban en el comedor privado. Asistían a la cena también la hija, a quien se conocía como la duquesita, y la hermana del señor, atendidos todos por un tropel de criados con la circunspección y la agilidad de un felino en sus movimientos. Trabajaban sin un ruido, dando la sensación de que ni existían.

Nicolás, tras los saludos de rigor acordes con las instrucciones del chambelán, preguntó a Su Excelencia si prefería algún tipo de tonada. El señor negó con la cabeza y con su mano le dio a entender que tocase lo que le viniese en gana. El laúd de Nicolás empezó a cubrir el espacio con las notas de un aire de fiesta. Quería comenzar animando al aristócrata. Luego alternaría con algún aire más reposado y según fuera concluyendo la comida, su música se iría calmando para facilitar el paso a los sopores finales de la cena.

La comida transcurría con el ritmo habitual entre manjares, muchos de los cuales ni siquiera eran probados. Nicolás tenía hambre, pero no se percataba de esa sensación porque todo su ser estaba concentrado en sus dedos, que recorrían con destreza los trastes y las cuerdas del laúd.

Cuando la familia concluyó la cena, el aristócrata se levantó de su asiento y se dirigió al músico. Nicolás interrumpió la pieza que estaba tocando y se levantó con la cabeza inclinada. El señor se detuvo un instante ante él y a continuación, ante el asombro general, lo abrazó con energía. Nicolás se sintió un pelele entre unos brazos fuertes que agigantaban su volumen con la masa de ropajes y adornos. En medio del ahogo, Nicolás pudo ver unos ojos brillantes y una sonrisa de placer. El señor se marchó dando faldonazos entre reverencias de criados, seguido por su hermana y su hija. Una vez pasada la primera impresión, entre el ajeteo de los sirvientes que retiraban la mesa picoteando entre las sobras, Nicolás echó un vistazo al comedor. Se hallaba repleto de mosaicos elaborados por grandes artistas; pinturas de todo tipo hermosamente trabajadas, tapices y cortinajes de rica elaboración, lámparas de exquisita factura cuajadas de lucecillas. Sólo ahora podía percibir la riqueza de la estancia y el gusto selecto de su dueño.

Nicolás se acercó a la mesa y, siguiendo los gestos de los criados, comió de las sobras, en algún caso poco antes de que se las arrebataran de las manos camino de la cocina. Nicolás comprobó que también los cocineros estaban a la altura del gusto del amo. Antes de abandonar el palacio, el chambelán le comunicó de parte de Su Excelencia que había conseguido proporcionarle la cena más

agradable en mucho tiempo y que acababa de ser nombrado músico privado y animador de todas sus comidas.

Como era de esperar, Nicolás recibió un día el encargo de instruir a la duquesita en música, orden que el laudista se apresuró a cumplir. El señor era persona de experiencia por mucho que se refugiase en la biblioteca y fuera poco amigo de codearse con la gente del común. Advirtió por ello a Nicolás que cuidara mucho su actitud respecto a la niña:

- Sabes que no sólo te juegas tu trabajo en este palacio si intentas sobrepasar lo más mínimo la tarea de profesor de música. Pones en riesgo tu vida.

Nicolás asintió un poco molesto en su interior porque consideraba que esas palabras traslucían una falta de confianza del señor. Dio a entenderle que jamás traicionaría la confianza que Su Excelencia había depositado en él.

Cuando Nicolás entró por primera vez en el aposento de la duquesita, donde recibía sus clases, la acompañaban una criada turca llamada Amaleh y su tía. Ambas bordaban una tela. La niña miró al suelo cuando entró vacilante el músico. La hermana del señor se había asignado el papel de madre en la educación de su sobrina y en las tareas propias de la dueña del palaci. Y ejercía esta labor con suma discreción.

Se le señaló a Nicolás una silla y una mesa. A partir de ese momento, las clases se sucedieron de lunes a sábado en días alternos a razón de dos horas por día. La pupila empezó pronto a progresar en el manejo del laúd y en los secretos del arte musical.

Un buen día, la criada Amaleh salió de la estancia con la hermana del señor por una causa que Nicolás no logró adivinar y que, por otro lado, tampoco le interesaba. Al poco de marcharse ambas mujeres, la duquesita abandonó su laúd sobre la mesa y se fue acercando lentamente al músico. Nicolás afinaba las cuerdas y cuando levantó la vista contempló ante sí el opulento pecho de la duquesita rozándole las narices. Se había despojado del corpiño y mostraba un vestido con un exuberante escote. Su cara se había tornado de una sensualidad abrasadora y sus labios brotaban más rojos que nunca de su rostro. Nicolás saltó hacia atrás, pero la niña se abalanzó sobre él y lo besó. Nicolás pensó en gritar, en golpear a la agresora; pero la voz de la jerarquía y, esencialmente, la voz de la naturaleza acallaron sus propósitos. Poco a poco el forcejeo se fue haciendo más suave y el combate por la liberación de la muchacha se convirtió en una lucha por poseerla. Rodaron por el suelo los instrumentos musicales y el calzón de Nicolás. Y sobre la alfombra de la estancia Nicolás hizo suyo uno de los cuerpos más adorables que nunca viera. La duquesita se manifestó como una consumada

amante que dio al artista más placer que ninguna de las aldeanas de las que había tenido conocimiento antes.

Cuando todo terminó, en medio de jadeos y de la angustiada búsqueda de sus prendas de vestir, Nicolás se sintió palidecer. Se había dado cuenta de lo que había hecho. Y sólo se le ocurrió sentarse con las manos en la cara y ponerse a gemir.

La duquesita lo miró de soslayo, se acercó a él y le dijo:

- Has gozado, mi amor. Eso es lo importante. Mi padre nunca se enterará.

Una sonrisa de complicidad escamó a Nicolás.

- ¿Nunca se ha enterado?

- Jamás.

Nicolás quedó horrorizado.

- Pero yo te amo -añadió la duquesita-. Desde que te vi entrar en el comedor aquella primera vez con tu ridícula ropa de gala. Aquella noche empecé a contar los días que faltarían hasta que fueras mío.

- Pero si eres una niña... ¿Cómo puedes engañar así a tu padre? Me has buscado la ruina.

- No soy una niña. Lo sabes bien a estas alturas. Mi padre es un pobre anciano que nunca sufrirá, porque no sabe dónde vive. Lo quiero, pero eso no significa que me convierta en una monja. Pronto

me casará con algún relamido para engrandecer sus posesiones y no sé cuánto tiempo me costará rehacer mi vida en un nuevo palacio.

La palabra “vida” había sido pronunciada con énfasis especial.

- Olvidémonos del futuro y disfrutemos. Te deseo, te amo y pienso gozarte hasta que no puedas más. No tienes otra opción más que acceder a mis deseos. Soy tu ama.

Y de nuevo enfatizó una palabra. En este caso fue “ama”.

Nicolás compuso su figura, observó la puerta y consideró terminada la clase, si su ama lo consideraba oportuno. La duquesita accedió comprensiva. En el pasillo que comunicaba las habitaciones de su nueva amante con el resto del palacio, Nicolás se tropezó con Amaleh. Sentada en un banco junto a un ventanal, aguardaba vigilante. El músico en su turbación sólo pudo vislumbrar el brillo de unos dientes envueltos en una risa silenciosa y coreados por un rostro moreno.

Día sí, día no, Nicolás y la duquesita se entrelazaban en una pasión dentro de la cual el joven iba cayendo a toda velocidad. Al principio sentía reparos. Pronto sus escrúpulos sobre la fidelidad debida al señor se disiparon y dejaron su lugar al miedo ante la posibilidad de que se enterase. Pero la niña conseguía que cualquier castigo futuro resultase nimio ante el prodigio de placeres que ambos tejían. Nicolás acabó prisionero de una pasión incandescente hacia la muchacha.

Durante meses ambos estuvieron haciendo el amor con la complicidad de Amaleh, que conseguía casi siempre llevarse a la tía de su ama. Pero el músico no era un inexperto gañán. Sabía que su amada un día le daría de lado. Su pasión no tenía porvenir y esa conciencia lo atormentaba. Entre tanto, seguía deleitando al señor y dirigía el acompañamiento musical en las fiestas que el aristócrata empezaba a organizar en palacio. Al alivio que el tiempo producía en su penar se unía la necesidad de buscar un marido a su hija, obligación que lo aterraba, pero que consideraba ineludible.

Un día, sin embargo, Amaleh falló. La tía de la duquesita entró a buscar algo que se le había quedado en la estancia de su sobrina y asistió estupefacta y horrorizada a la escena más repelente de su existencia. Nicolás cabalgaba a la duquesita entre gemidos y crujir de maderas. En cuestión de minutos, el laudista se vio en el calabozo del palacio.

Transcurrieron muchos días en medio de una oscuridad atravesada sólo por la luz que le proporcionaba un triste ventanuco. Una vez al día el carcelero le entregaba un mendrugo de pan cuya dureza podría avergonzar a la piedra y una jarra descascarillada y mugrienta llena hasta la mitad de agua.

Nicolás creía que su vida estaba a punto de terminar. Una traición tan espantosa sólo podía castigarla el amo con una ejecución. Y entre las lágrimas que a veces se le escapaban, su mente

le recordaba a Vera Sofía y a su abuelo. Las imágenes de la duquesita y su apetitoso cuerpo se iban mezclando con la figura de la campesina, tan diferentes ambas. De manera paulatina, Nicolás notó cómo empezaba a sentir un cierto consuelo pensando en Vera Sofía.

Una mañana, cuando el carcelero entraba para entregarle la comida, Nicolás se atrevió a preguntarle sobre su futuro.

- No sé nada -le respondió malhumorado-. Pero en el calabozo que tienes a tu lado, hay un esqueleto esperando la orden del señor Miguel para ser enterrado.

Y se rió a carcajadas. Nicolás, a partir de ese momento, sólo esperaba que le cortaran la cabeza. De este modo, su tormento concluiría pronto. Sin embargo, al cabo de un tiempo imposible de calcular, fue llamado a presencia del Duque Miguel Mopsocomes. Lo llevaron a rastras dos guardias y lo arrojaron al suelo, ante los pies del señor.

- Admiraba tu arte -le dijo-. Eres un miserable. Me has traicionado como nunca nadie lo hizo. Has seducido a mi hija, una niña inocente; has ensuciado el honor de mi casa, que se ha mantenido limpio durante siglos. Una ejecución sería demasiado bondadosa para reparar tu crimen, así que vas a pudrirte en el calabozo hasta que mueras.

A un signo de su mano, un criado trajo el laúd de Nicolás y lo entregó al aristócrata. Se levantó de su asiento y lo arrojó violentamente contra el suelo. A continuación, pateó el revoltijo de madera y cuerdas mientras mascullaba palabras inidentificables.

Y devolvieron al laudista a su celda. De este modo, Nicolás pasó segundo tras segundo, minuto tras minuto, hora tras hora, día tras día, semana tras semana, mes tras mes, año tras año. Sus manos se fueron agrietando, sus ojos comenzaron a odiar la luz que entraba por la puerta cuando el carcelero le traía la comida. Adelgazó cada vez más y sus intestinos empezaron a fallarle con mayor frecuencia.

En aquella catástrofe, Nicolás sólo tenía un consuelo: recordar su laúd, sus sones y, junto con su instrumento, recordar a Vera Sofía. Se pasaba momentos interminables mirando el ventanuco e imaginando a la muchacha.

Todo concluyó una tarde en que el carcelero vino a buscarlo.

Sin mediar palabra, lo arrastraron entre varios guardias no sólo por desprecio hacia el antiguo músico, sino también porque Nicolás no podía soportar la luz ni podía mantenerse en pie mucho tiempo.

De un empujón lo soltaron a la puerta del palacio y le dijeron:

- La señora te ha hecho gracia de la libertad. Lárgate.

El señor había muerto y su hija, al frente de sus posesiones, había decidido conceder la libertad al antiguo laudista.

En un principio, la gente no lo reconocía con su paso vacilante y tembloroso. Pero pronto corrió la voz de que el laudista había sido liberado. Hubo quien acogió con indiferencia la noticia, hubo quien lo insultó por haberse comportado tan mal con el difunto señor, porque todo acababa sabiéndose en aquellas antiguas ciudades, y hubo, en fin, quien corrió a avisar a una avejentada señora Arcadia. Cuando vio a su laudista irreconocible ante la puerta de la posada, dudó si echarlo a patadas o darle un plato de sopa. Venció la compasión y le dio un plato de caldo que el desgraciado vomitó inmediatamente. La señora Arcadia le indicó el establo y le dijo que le daría un plato de comida al día si se recuperaba pronto y le limpiaba a diario la cuadra. Tardó Nicolás en llegar al lugar donde los caballos descansaban y comían su forraje. Se echó en un rincón y durmió profundamente durante mucho tiempo. Lo despertó a patadas un criado de la posada y le dio una pala con la orden de que limpiara el estiércol. Nicolás puso así a trabajar sus pobres fuerzas.

Esperó a estar un poco más repuesto, incluso a lavarse, para llevar a la práctica una idea que se le había incrustado en la mente desde el momento en que bajó del palacio a la ciudad e iba atravesando entre un sordo murmurar sus calles. Se acercó a la cabaña de Vera Sofía. No sabía en qué circunstancias se desarrollaba su existencia. Contaba con que se habría casado y tendría hijos. Sólo pensaba mirar disimuladamente desde el exterior del cercado. Al

primer atisbo de su presencia, correría con la velocidad que le permitiesen sus piernas y desaparecería.

Así lo hizo y casi se arrastraba por el suelo cuando estuvo junto a la cerca. Levantó despacio su cabeza y miró atento al otro lado de la valla. Y la vio. Vio a Vera Sofía casi como siempre. Recogía flores como el primer día que se aproximó a ella. No oía ruidos de niños ni veía a ningún hombre en los alrededores. Sólo el triscar de las cabras que pastaban en el prado vecino. Vera Sofía se irguió, como si percibiera la presencia de alguien, y lo divisó. La agilidad de Nicolás había quedado sumida en el pasado, igual que su destreza en el manejo del laúd. No pudo ocultarse. Tampoco podía correr y escapar a la velocidad requerida. Vera Sofía lo miró sin que aflorase ningún gesto en su rostro y se volvió a agachar para continuar con su tarea.

Nicolás reapareció. Primero iba cada dos o tres días. Luego aumentó la frecuencia de sus apariciones. Al cabo de un tiempo, se atrevió a aproximarse a la mujer, ya madura.

- Quiero comprarte unas flores. El establo donde vivo está muy desangelado. Pero no tengo dinero. Te pagaré con mi trabajo, si quieres.

Vera Sofía cogió un ramillete y se lo entregó. No traslucía su cara ni odio ni amor, sino una infinita compasión por Nicolás.

- Toma. No te costarán nada.

Mientras se alejaba achacoso, Nicolás se volvió y le dijo:

- Necesitas alguien que te ayude. Me ofrezco para trabajar sólo por la comida.

Vera Sofía lo miró a los ojos:

- Yo no necesito ayuda; pero tú, sí. Vuelve cuando quieras. El abuelo hace tiempo que no está y tu compañía será tan agradable para mí como siempre.

Érase una vez, en la vieja ciudad anatólica de Colonea, en los tiempos del Imperio de Oriente, que un antiguo músico dedicó el resto de su vida, después de un largo confinamiento, a hacerse merecedor de una mujer que no tenía palacios, ni joyas, ni títulos, ni criados, ni un cuerpo rotundo, ni mejillas sonrosadas, ni era rubia y cuya belleza no podían entenderla los ojos de la cara.

HOSTELERÍA

¿Qué más darán dos cubitos de hielo que tres o uno? ¿Qué importa si en vez de champú para pelo graso hay champú para pelo normal? ¿Tan esencial es que se encuentre la cama descubierta, esperando la llegada, o que no presente más arreglo que el realizado por la camarera a primera hora de la mañana? ¿Para qué gastar el dinero en depositar dos bombones sobre las mesitas de noche cada tarde? ¿Es para tanto molestarse porque el croissant está sólo medio tostado en vez de haber sido bien pasado por el tostador? ¿O que la mantequilla sea presentada a punto para ser untada o que esté algo más fría? Tantos y tantos detalles cuya importancia no acababa de entender le convencieron, tras concluir con brillantez sus estudios de hostelería, de que sería más feliz trabajando como encargado de la pensión Laurita.

LA ROSA ROJA

Míralo, por ahí viene, con esa cazadora medio raída, vieja. Dios sabe cuántos suelos habrá degustado en su indudablemente prolongada existencia. Y digo suelos como puedo decir sillones, asientos de autobús y metro, sillas en bares de poca monta, furgonetas enmohecidas y botellonas sin medida a las que se habrá librado con deleite. Menudo sujeto está pasando por delante de mi tienda. ¡Leche! Si va entrar aquí. ¿Por qué me mandas estas pruebas de mi fe en el género humano, Señor? Podría haberse peinado un poco, con esos pelos revueltos que parecen competir con las copas de los naranjos que tan penosamente nos ha plantado el ayuntamiento en las aceras. Los pantalones le arrastran por el suelo. Y se le ven los calzoncillos de color naranja ¡Virgen santa, con qué facha está atormentando mis ojos! Seguro que hasta huele mal, porque no se le ve muy congeniado con el agua. ¿En qué puedo servirle, caballero? No entiendo por qué gente de esta calaña se atreve a entrar en una tienda con estilo. Deja de mirar al suelo y mírame a los ojos, cretino. Encina de asquerosillo eres tímido. Lo que faltaba. ¿Y no parece que está enrojeciendo? Vergüenza tenía que sentir de ir por la vida con ese aspecto y no por meterse en una tienda elegante a comprar un artículo selecto. ¿Desea algo,

caballero? Decídete a hablar de una vez y no me hagas perder el tiempo. Te salva que no haya otro cliente en la tienda, si no te ignoraría y acabarías por marcharte sin comprar nada, que es lo que, seguramente, harás. Apuesto a que ni siquiera tiene dinero. ¿Y si pretendiera robarme en un descuido? Esto no es una joyería, pero nunca se sabe dónde salta un ladrón y los hay maniáticos. ¿Le gustan las rosas? Porque estás mirando a las rosas, cabroncete. ¿Y esa mochila medio hippie, pasadísima de moda? ¿La habrá encontrado en un mercadillo de Marruecos durante alguno de sus viajes en busca de hierba para los canutos que a buen seguro se fuma de cinco en cinco? Tiene pinta de grifota. Dentro de unos años será como uno de esos legionarios que conocí cuando serví en Melilla. ¿Una rosa roja? ¿Una sola rosa roja, caballero? Muy bien. ¡Una sola rosa roja! Está enamorado, el hippilongui este, está enamorado. Será una como él, desastrada, fea, sucia, mugrienta, con agujetas en las ingles de tanto abrirse de patas ante toda la comuna. ¿Le gusta ésta, caballero? Toma ahí, te diré “caballero” mil veces para que captes la indirecta de modo claro y sepas de lo que careces. ¡Mira que entrar en mi tienda con esa facha! ¿No sabrá que mis flores no están hechas para tipos como él? ¿Lo echo? ¿Le digo que se largue, que éste no es sitio para gente como él? Bien que lo haría; pero uno nunca está seguro de que tras este aspecto tan deplorable se encuentre el hijo de una marquesa o de un alto ejecutivo de la

Ford. Los niños de hoy en día engañan, los muy impresentables. Muy bien, esta es la que le gusta al caballero. Ha elegido bien. ¿Se la preparo? ¿Un papel de celofán, unas cintas, un envoltorio adecuado? Muy bien. En un segundo se la tengo lista. ¿Desea una tarjetita? ¿No? de acuerdo, caballero. Aguarde unos instantes y tendrá su rosa con una presentación adecuada a su calidad. Y no te quedes mirando cómo lo hago, niño. Eso, eso, intenta disimular observando el techo, a ver si se te pasa el color rojo de tu cara y aprendes a hablar un poquito más alto. Estás comprando algo que vas a pagar, espero, y por tanto, tienes derecho a exigir un buen producto y un buen servicio. Esto está ya. No me voy a esmerar porque no se lo merece y porque acaba de entrar una señora que tiene toda la pinta de ir a comprar un buen centro de flores. Rápido, el servicio para el hippie. Ya está. De buena gana le sangraría noventa euros por la flor, pero tengo conciencia, qué leches. Sólo le voy a pedir veinte. No está mal. Veinte euros por una rosa roja presentada primorosamente para su amor. Espero que sea una joven, porque estos son capaces de regalarse flores entre tíos. No parece que sea de éstos, pero nunca se sabe, nunca se sabe. Veinte euros, caballero. Míralo, ni siquiera se asombra del atraco. Je, je. Ni se atreve a demostrar el más mínimo gesto de extrañeza o de contrariedad, mucho menos de rebelión, de protesta. ¡Menudo personal! ¿Es hippie o tonto? Probablemente, las dos cosas. Así, así,

rebusca en esa cartera de tela deshilachada que te sacas del bolsillo de atrás de ese trapo que llevas por pantalón. Suelta la pasta, suéltala. Muy bien, así me gusta. Gracias, caballero. Muy amable. Espero que todo haya quedado a su gusto. Y me voy a atender a la señora. Adiós, carne de fumadero, que te vaya bien. Mira cómo pasa por delante de mi escaparate, va jorobado. Le da miedo el mundo y la gente. ¡No le queda nada que pasar! Pues que sufra, lo tendrá merecido por ser un vago. ¡Ah! Si es Clarita, mi niña, la que va por la acera de enfrente. Se ha parado. A buen seguro viene a saludarme... Cruza la calle, viene hacia aquí, abraza al hippie, le da un beso en la boca, está a punto de derretirse con la rosa roja que acabo de preparar para el espantapájaros, me saluda con una sonrisa, se agarra de su brazo y se van los dos calle abajo. ¿En qué puedo ayudarla, caballera...?

HÉCUBA

Esperaban verme aullando de dolor ante los cadáveres de mis hijos. Esta cantidad de cuerpos muertos hubiera necesitado de interminables lamentos, tantos como los días durante los cuales los estuve cuidando y viendo crecer. Con ser tantos, más pesar hubiera tenido que salir de mis entrañas por el número infinitamente mayor de troyanos caídos en la batalla y sometidos a la matanza en la hora del saqueo. Éstos fueron muchos más y no sólo se contaban hijos entre sus despojos, sino madres y padres, abuelos, amigos, hermanos, primos, tíos. No tenía derecho a llorar sobre mis hijos más que sobre los hijos de las otras madres troyanas. Debía, si era honrada conmigo mismo, sentir en mis entrañas el desgarró de las agonías de todas las madres de Troya, porque yo era la primera de las madres de la ciudad y todas ellas se miraban en mí. Si caí derrumbada al suelo al morir Héctor, el preferido, lo hice con el mismo derecho que las otras mujeres que vieron cómo los cuerpos de sus hijos eran atravesados por las armas de los aqueos, ni más, ni menos. Y no importaba que Héctor fuera el mejor de todos los troyanos, porque para cada madre, su hijo era siempre el mejor de todos los troyanos. Esperaban de mí las súplicas de quien ya acepta su destino de esclava en el hogar del vencedor. Si les hubiera dado

satisfacción, habría sido otro trofeo más en el largo despliegue de triunfos con los que volverían a Grecia convertidos en héroes. Tardíos, porque mucho tiempo tuvieron que invertir para ganar la amada ciudad de Ilión, pero héroes. Las leyendas pronto obvian aquellos detalles de la historia que no realzan la gloria de los victoriosos, esos caudillos que regresarán con las riquezas acumuladas por Troya durante siglos de prosperidad y con las víctimas de la esclavitud a la que se verán reducidos los más ilustres y los más insignificantes. Se aguarda en la mujer esclavizada la petición de clemencia ante el desvalimiento con que la servidumbre aherroja los cuerpos y las almas de los desafortunados. Si la nueva esclava es una mujer mayor y una madre, cuyos hijos ya pueblan las negras praderas del Hades, ha de alzar sus manos más arriba que las demás mujeres y su voz debe atravesar más punzantemente los oídos de sus recién adquiridos amos. Las jóvenes siempre serán bien recibidas por sus dueños; las viejas sólo serviremos para amasar el pan en las cocinas o lavar las túnicas de nuestros señores. Esperaban oír mis exclamaciones de piedad, recordándoles a mis hijos muertos en noble combate, revelándoles que ante ellos tenían a la reina de Troya, a la esposa del poderoso Príamo, cuyas cenizas ya avientan las brisas que desde el Helesponto acarician las ruinas humeantes de Troya. Porque engendré y di a luz al más valeroso de los enemigos que con nobleza les mantuvo a raya durante diez obstinados años,

debería invocar su memoria y solicitar la compasión de mis amos. Tantas reacciones habituales esperaban esa caterva de bárbaros acostumbrados a la tosquedad y asombrados ante el refinamiento de una ciudad elegante. Yo no les di ese placer. A pesar de que los vencedores cuenten la historia de la destrucción de Troya adornándola con los motivos propios de quienes han ganado el combate, mi realidad fue diferente de la que luego conocieron los hombres venideros. Yo no lloré, ni les supliqué, ni me abracé a las piernas de Odiseo. Tampoco me vengué de nadie por supuestas deslealtades y promesas rotas. Cuando se pierden tantos hijos, da igual que el último perezca también. Cuando el dolor por tanta sangre es inconmensurable, la muerte del postrero no añade más amargura al corazón ya suficientemente lacerado. Nada de eso fue cierto. Me limité a mirarles a los ojos y mantenerme erguida. Era la madre de los troyanos, la sangre que había regado las llanuras por las que corría el Escamandro era mi sangre. Nadie se había rendido y habíamos sido derrotados con las armas de la cobardía. Tampoco maldije la mente vacía de mi hijo Paris ni su incontinencia, ya que, si alguien debía ser acusada de haber engendrado este inmenso desastre era Helena, esa aquea cuyos ardores difícilmente podía calmar un marido incapaz. A buen seguro Paris no fue el único amante de Helena. Ninguna palabra de reproche ni de disculpa salió de mi corazón ni atravesaron mis labios. Sólo tuvieron mi silencio y

mi orgullo. Y mi deseo de ser sacrificada también junto a todos mis seres adorados por los que viví y en los que siempre encontré el consuelo ante las asechanzas sin límite con que los dioses suelen acometer a los mortales. Por eso le pedí a Odiseo que me matara en ese momento y que dejara consumir mi cuerpo sin alma entre las cenizas de mi patria, para cumplir así con el definitivo mandato de quien ha dedicado su vida a la grandeza de su tierra. Odiseo fue misericordioso, rara reacción en quien se mostró siempre tan cruel. Probablemente, se sintiera conmovido ante el recuerdo de su madre y de su isla. No lo sé. Acabó con mi vida de un tajo de su espada. Desde el Hades se lo agradecí. Todo lo que luego se contó de mi no fue sino eterna historia de los vencedores cuya vanidad no se contenta con doblegar al enemigo, sino que también exige el sacrificio de la verdad. Finalmente, después de tantos sinsabores, de tanto duelo y tanto desgarró, mi alma descansó en el mejor de los destinos que puedan aguardar al ser humano, la calma provocada no por el olvido de la vida, sino por la renuncia al ansia de vivir.

ALZHEIMER

Me dicen que es inútil hablarte, que no te enteras de mis palabras. Me dicen que con mis cuidados es suficiente, que con mis atenciones sobra, que bastante hago alejando de mi cabeza la idea de recluirte en un centro, aceptándote en mi casa, como si no fuera ésta también tu casa. Este hogar es tanto más tuyo que mío, porque a él le dedicaste toda tu vida sin que jamás saliera de tu boca una expresión de reproche o amargura, de frustración o rencor. A mí esos consejos no me satisfacen. Prefiero seguir contándote cómo ha ido el día, a cuánto están las lechugas o las zanahorias en la plaza, cuánto ha subido la carne de ternera y que es más barato apuntarse al pollo. Es para mí imprescindible que sepas que Maruja, la vecina del cuarto derecha, se ha caído y se ha roto la cadera, aunque saldrá de ésta; o que a Nicasio le han tocado quinientos euros en los cupones de los ciegos. Te comento las imágenes y las palabras que emite esa pantalla que para ti no es más que una extraña ventana a un mundo en nada diferente al que ves por la ventanilla de la ambulancia que cada mañana te lleva a ese centro de día. Allí pretenden que la consunción de tu alma se vaya dilatando algo más en el tiempo. Necesito decirte día a día que la niña está contenta en su trabajo, que su Jorge ya ha empezado en preescolar y que su Luis

entra este año en el colegio. ¿Y si te digo que Pedrito está muy contento en el instituto y que Marisa va a empezar 2º de una cosa que llaman "eso"? Ya ves, nombres raros, modernos, que a ti y a mí nos suenan a rayos, pero que son los que hoy en día dominan estos personajillos que vamos a dejar detrás de nosotros. Los niños de Pedro parecen más espabilados que los de la niña. ¿Te acuerdas de cómo se les veía diferentes desde que nacieron? Parece que lleváramos impresa en nuestra alma una forma de ser que permanece indeleble a lo largo de los años. Nada la cambia. Las circunstancias mudan y parece que vamos desarrollando diferentes maneras de bregar con esa impronta, pero por muy extraña que sea la evolución de nuestras existencias, siempre somos los mismos. Que te lo digan a ti. Aun sentada en esa silla, con esa mirada perdida en un horizonte que nadie salvo tú puedes contemplar, con una mente que suponemos vacía; aun en estos momentos en los que tú has dejado de ser tú, hay algo en tu comportamiento que revela la dulzura de tus gestos, la sensación de calma que siempre supiste infundir en quienes te rodeaban. Eras como esos árboles que parecen débiles, pero que resisten con suavidad los ataques de las tormentas y las tempestades. Incluso postrada en el olvido de ti misma, sigues siendo tú misma. Y eso me anima a hablarte como si pudieras oírme. Y te repito a diario y a cada instante aquello que te he venido diciendo durante los últimos cuarenta y dos años de vida,

de vida a tu lado, con su aspereza y su suavidad, con los altibajos en alegrías y tristezas. Ya sé que no me oyes ni sabes por qué esa figura con la piel comida de arrugas y la cabeza blanca aferra sus manos ajadas a las tuyas como un náufrago agarra el trozo de madera con el que pretende salvarse del desastre. Ya sé que ignoras por qué ese ser se empeña en mover sus labios emitiendo ruidos que nada quieren decir. Me recalcan que es absurdo mi intento por hacerte comprender algo. Pero no les hago caso, aunque para otros a estas alturas mis palabras apenas podrían tener sentido de tan repetidas. Lo que te digo ahora te lo he dicho siempre y no es nada nuevo. Que sí, que soy consciente de que para nada sirve que te las diga, pero sí tienen utilidad para mí. Nadie puede ni imaginar lo que me consuela saber viva en mi corazón esa fuerza profunda que ha ordenado mis días, uno a uno, desde que te conocí. Nadie puede hacerse idea de lo que supone para mí decirte, cada vez que me vienen al corazón, esas dos palabras que resumen mi vida a tu lado: "Te quiero".

EPITAFIO DE UN MARINERO RODIO MUERTO EN MITILENE

Todos le decíamos:

"Posidón es un dios artero y rencoroso".

Pero añoraba el murmullo azul

de las olas en su rostro,

el canto de la brisa en la garganta.

El cenotafio honra su memoria.

MADRES

Un café a media mañana bebido a toda urgencia entre dos citas con clientes, ésa era mi intención cuando entré en aquella cafetería. Me venía bien darles una pequeña zurra a mis neuronas. A esas horas ya mostraban ciertos síntomas de cansancio y agradecían una dosis de estimulantes que me permitiera dar el tirón hasta la hora de comer. Luego, un pequeño descanso en el sillón de mi despacho y a continuar hasta las ocho. Nada fuera de lo normal. Atravesé una puerta giratoria y me introduje en aquel espacio descolocado con una decoración fin de siècle. Demasiado recargado, para mi gusto. Tenía la esperanza de que el café estuviera bueno. Me senté en una mesa junto al ventanal y pedí al camarero mi consumición. En la mesa de al lado, dos mujeres de mediana edad charlaban. Nada las hacía destacables. Si pasaran por mi lado en la calle o en unos grandes almacenes, serían totalmente indiferentes para mí. Su tono de voz no era alto, pero el contenido de sus palabras alcanzaba mis oídos con nitidez. Sus rostros mostraban preocupación, desolación. A veces, sus frases entrecrocaban y se confundían al ser expresadas simultáneamente. "Mario me dijo que me calmara" decía la una. "Pero no podía. Tenía los nervios a flor de piel. Él pretende que me lo tome con tranquilidad, pero soy incapaz.

Ver al niño tirado en el suelo, retorciéndose, con ese berrinche tan espantoso, chillando. ¡Es que tiene once años y está fuerte y grande como un toro! No podíamos con él". La otra la miraba. Aprovechando una pausa de su amiga para tomar aire, empezó a hablar. "No puede andar de noche. Ya lo sabes. Por eso le aterra la oscuridad. De día se defiende. Los bultos y los colores la ayudan a manejarse por la casa y por los sitios conocidos. Pero la noche es horrible. Yo duermo con una oreja alerta y un ojo abierto. Cualquier cosa que necesite tiene que pedirla y yo tengo que estar pendiente. Le tiene pánico a moverse de noche". "Si lo hubieras visto" añadió la primera "cómo se retorcía en el suelo. Intentamos calmarlo hablándole con suavidad. Luego, Mario intentó cogerlo y llevarlo al sillón, a ver si sentándolo se relajaba, pero no podía. Si nos hubieras visto a los dos agachados en el suelo, a su lado, desencajados." "Hace unas semanas, se levantó por la noche" dijo la segunda mujer "y tropezó con un juguete que su hermano había dejado en el pasillo. Se cayó, se dio un golpe y comenzó a llorar con un desconsuelo que nos rompió el alma a Juan y a mí. Salí de estampida y la abracé con tanta fuerza que creía que la iba a aplastar contra mi pecho." "Cuando se calmó algo, conseguimos entretenerlo" seguía la primera. "Le puse una película de dibujos animados de ésas que tanto le gustan. Poco a poco se fue enfrascando en los monigotes y dejó de berrear y agitarse. Al final,

lo sentamos en el sillón. Mario estaba sudando y yo estaba llorando, aunque intentaba contener las lágrimas." "En el colegio me han dicho que debo dejarle cierto margen de actuación" decía la segunda. "Pero me da miedo. Cuando la miro y la veo tan indefensa, con esos grandes ojos que apenas pueden ver; cuando me la imagino sola, sin mí." "No sabemos por qué le vienen esos ataques " confesaba la primera. "El psicólogo del colegio nos ha dado algunas orientaciones, pero seguimos sin saber qué hacer." "En el colegio la tratan bien y creemos que la están enseñando a desenvolverse" intervino la segunda. "Son buenos y saben lo que hacen, pero nada me impide pensar que está desamparada. Esos ojos tan bonitos y tan vacíos, al mismo tiempo." De repente, se hizo un silencio. Ambas acercaron sus tazas a los labios y bebieron. Una de ellas, tras un suspiro dijo: "Menos mal que podemos hablar. Es una suerte tener delante a alguien que te escucha y te comprende." La otra mujer accedió con la cabeza y continuaron con su conversación. Me levanté, pagué en la barra, no sé si porque la prisa me obligaba o porque tenía el corazón encogido y me sumergí en la masa que a esas horas se movía por la calle.

LOS ANÁLISIS

El anciano había sufrido una embolia cerebral hacía algunos años. Sobrevivió al embate, pero su recuperación fue penosa. Años de rehabilitación que no pudieron evitar una pierna tonta que se le resistía al andar y una estúpida torpeza en el manejo de su mano izquierda. Con todo, la vida fue pudiendo más, alimentada por su afán de permanecer en este valle de lágrimas tanto tiempo como las fuerzas estuvieran vigentes. De aquellos achaques le quedaron otras secuelas como la obligación de tomar una pastilla para evitar la formación de coágulos y su pase por unos tediosos análisis clínicos con una frecuencia que le resultaba enojosa. El anciano tenía suerte porque, a pesar de su viudez, contaba con dos hijos que estaban pendientes de él y unos nietos que lo querían como quieren los niños de hoy en día, con ese modo tan espasmódico de conducirse por la vida. Vivía solo, pero a dos manzanas su hija tenía una pequeña tienda donde vendía chucherías y en el piso segundo del mismo bloque habitaba junto a su marido y a sus dos hijos. En caso de necesidad, era cuestión de minutos tener a su lado a alguno de sus familiares pendientes de lo que precisaba. Pasaba las vacaciones en la playa con unos y con otros, según un turno fijado, y cuando había que cumplir con la impenitente cita en el centro de salud,

cuando había que pedir recetas o pasar consulta, siempre podía presumir de hijo o nieto que velaba a su costado la buena marcha de la visita. Así era siempre excepto cuando tenía cita para realizarse los pesados análisis de sangre. Era éste un terreno vedado a las compañías. Desde que pudo manejarse solo y a pesar de su cojera, se obstinó en acudir sin acólitos a lo que él llamaba "la ceremonia de los vampiros". Insistieron en que era mejor ir con alguien; pero él se empecinaba en sus posiciones. Sus razones eran contundentes: a primera hora de la mañana es muy molesto sacar a nadie de su casa y sus obligaciones. Por más que se empeñaban en hacerle de escolta, el anciano se resistía a la buena acción. Finalmente, logró tras no pocos esfuerzos que sus familiares le dejaran solo en el trance. Así estuvo ocurriendo hasta que una mañana el mayor de sus nietos lo vio al otro lado de un ventanal. El abuelo estaba sentado a una mesa, dentro de una cafetería cercana al centro de salud donde los sometidos a "la ceremonia de los vampiros" solían desayunar. El ambiente era cálido y popular. Sobre la mesa un café con leche y a su lado la mitad de una enorme tostada. La boca del anciano se movía. Masticaba algo con un evidente rostro de complacencia. El nieto apenas tuvo dificultades en identificar que la tostada estaba adornada con una generosa dosis de tropezones de lomo de cerdo adobados en manteca roja. Lo peor fue que junto al café brillaban al trasluz de la mañana los destellos aterciopelados de una copa de

coñac bien servida. En la siguiente cita para "la ceremonia de los vampiros" su hija, la que sin duda hacía gala del carácter más duro, lo acompañaba como acompaña un guardia civil a un preso antes de ingresar en prisión.

ANTÍNOO

Mi primer pensamiento fue no ver tu rostro. Cuando me trajeron tu cuerpo ayer por la tarde, mi corazón se resistía a mirar esa misma carne que hacía unas horas se había acercado a mí y me había revelado los secretos más estrictos del amor. Me aterraba imaginar qué extraña contracción se habría adueñado de tus mejillas, de tus párpados, de tu boca. A pesar de la vigilia en la que me hallaba desde que me fue anunciada la noticia, mi mente se emboscaba en una maraña de pesadillas que se cernían sin misericordia sobre mi corazón. No quería verte muerto después de que me hubieras inundado con tu vida. Y el deber siempre imponiendo sus designios sobre lo que mi alma me estaba pidiendo a borbotones. Depositaron tu cuerpo sobre un lecho. Ibas cubierto con un sudario y estabas rodeado por algunos guardias, por algunos esclavos y por mis más cercanos asistentes. El deber arreció mis pasos y empujó mi brazo y mi mano para levantar la tela y desvelar ante mis ojos el espectáculo atroz de tu rostro muerto. Y como siempre, los temores se disolvieron como la miel en el agua caliente de la realidad. No estaba tu cara maltrecha, ni reflejaba dolor. Tus ojos estaban cerrados, tu boca me regalaba un atisbo de esa sonrisa con la que cada amanecer irradiabas la penosa existencia del

soberano del mundo. Algo quedaba en tu semblante de tu mejor esencia. Ahí me detuve, en tu melena mojada, esta vez no por el sudor de la pasión, sino por las aguas del Nilo en tu cara y en tu cuello. No seguí destapando tu desnudez para no añorar en presencia de aquellos hombres la armonía de tu cuerpo y la serena contención de tu belleza. Era suficiente. Estabas muerto y con tu respiración ya silenciosa era suficiente para mí. Nadie me hubiera reprochado las lágrimas en ese momento, como nadie se las reprochó a Aquiles cuando vio el cuerpo muerto de su amado Patroclo. ¿No es un César tan digno del llanto como un héroe? Nadie hubiera considerado que estaba ante un hombre débil si hubiera contemplado al señor de Roma con unas mejillas acariciadas por el deslizarse de una lágrima perdida. Pero no quise. O no pude. No lloré por ti delante de los otros. El deber, siempre el deber. Me sabía erguido, firme, sereno, aunque hubiera dado mi imperio por unos brazos en los que recogerme y una mano que recorriera dulcemente mi cabeza y mi espalda. No habría necesitado palabras, sólo la calidez de una mano recibiendo en su tacto todo el dolor que trepanaba mis entrañas. Me retiré y le dije a alguien que preparara las honras fúnebres como correspondía al favorito del César, al más amado del César, al consuelo de los días y de las noches del César. ¿Por qué lo has hecho, Antínoo? ¿Tanto me amabas como para ofrecerte en sacrificio por mí? No, no puedo creer que tu sensatez

hubiera caído en semejante desarreglo. Aunque quizá sea mejor dejar que el mundo lo crea así. Ahora, cuando ya sólo queda tu memoria, no sería irreverente permitir que se difundiera el rumor de una muerte propiciatoria. Quedarías como el modelo del mejor amante y tu leyenda empezaría a rodar por las calzadas del Imperio a la par de sus soldados y sus comerciantes. Si todavía creyéramos en los viejos dioses, a buen seguro que acabarías convertido en el protagonista de un nuevo mito donde un dios melancólico y solitario es castigado por el destino con la muerte de su amante, un muchacho alegre, hermoso y dulce como un amanecer sobre las playas de Alejandría. Pero ya nadie cree en ellos y serás una leyenda solamente, un episodio para la parte curiosa de la historia. ¿Qué querías, convertirte en un modelo para amantes? Te amaba tanto que hubiera permitido incluso que me dejaras sin reproches, sin amarguras. Después de estos años a mi lado, deberías haber pensado que el deseo en este César no es ese arrebató incontenible, como los demás creen, sino el intento de ocultar la dentellada del poder. ¿Acaso no me conocías bien como para saber que te hubieras ido sin la menor recriminación y sin el menor castigo? Sí, intuía que estabas dejando de quererme, que ya no sentías la pasión del principio, que tus gestos, tus palabras, tus gemidos no eran como antes; que aspirabas a otros horizontes más interesantes de los que el amo del mundo podía regalarte. Entiendo que tu situación no era

fácil. Los simples mortales no tienen por qué esperar, cuando se aproximan a los poderosos, otra cosa sino males, como cuando se acercan a los dioses. Pero yo no te hubiera mandado encarcelar ni torturar, ni te hubiera forzado. Te quería demasiado como para caer en semejantes vilezas. Deberías haber sabido que antes, mucho antes que príncipe, soy un ser humano cuyos hombros están doloridos por la carga de la vida. Te hubiera dado posesiones, Antínoo, y me hubiera contentado con saber que eras feliz. Pero tú decidiste darle un fin más solemne, sin pensar que tu muerte me duele más que tu abandono. Porque con tu muerte se desvanece para mí la esperanza del consuelo.

ZURICH

Me daba 3000 € por el trabajo. ¿Sabes cuántos viejos tengo que lavar y mover y atender para ganar esa cantidad de dinero? La agencia es un garito de negreros. Y después de estudiar tres años y tener mi título de enfermería, zascandilear por la ciudad dedicado a la limpieza de particulares avanzados en edad no era precisamente una tarea estimulante. La perspectiva de los billetes me daba un cante que sonaba a gloria. Así que me lo estuve pensando. Uno no las tenía todas consigo y recurrí a un viejo compañero de bachillerato que estaba en el último año de Derecho. El viejo era un tipo normal. Había sido dueño de una mercería. En ella había trabajado con su mujer hasta que se jubiló y la traspasó. No tenía aspecto su hogar de nadar en la abundancia, pero tampoco de pasar penurias. Su vida consistía en la televisión, el periódico, las visitas de su familia y las horas muertas charlando con otros colegas de las clases pasivas en los bancos del parque. La viudez no parecía haberle pasado una factura muy alta. Apenas habló durante aquellos días de su esposa. Ni de sus hijos. Salvo para temer que obstaculizaran su propósito. No se podía quejar de ellos. Los tres (dos hombres y una mujer) no parecían tratarle mal. Y algún que otro de sus nietos le quería bien. Me pidió que le ayudase en aquella

tarea. Decía que necesitaba alguien con inglés y que era torpe en eso de viajar. Nunca había salido de la ciudad salvo en unas pocas ocasiones. Su viaje de bodas a Galicia, el casamiento del mayor, que fue en Barcelona. Alguna escapada a Madrid para celebrar algo. Y el consabido viaje de pensionistas a Benidorm, de donde, decía con orgullo, no volvió con alfombra, cubertería ni vajilla. No, no esperaba compañía, ni ánimos, ni consuelo. Sólo una especie de intérprete y de perro lazarillo. Se quedó asombrado cuando le dije que apenas me defendía con el inglés. El muy ingenuo creía que todos los jóvenes salimos del instituto paliqueando. Llamó a la agencia pidiendo un enfermero. Enfermero, no enfermera. Quería un hombre a su lado. Y nos fuimos a Suiza. Lo previó y lo pagó todo. Allí se quedó, en el lago. Bueno, no él. Sus cenizas. Y entre las cenizas, los restos del tumor que le habían localizado. Aquí quedaron sus nietos y sus hijos con una escueta carta al mayor. Y no sé si su dolor o su cabreo por la faena. Porque se fundió todo su dinero. ¿La clínica? Una pasada. Orden, limpieza y efectividad. Como un reloj suizo, tío, como un reloj suizo.

EL GRITO

Cuando llegó, no había nadie en el observatorio. No es habitual. Este es un lugar de cierto bullicio contenido, de suave trasiego constante, de personas que acarician con sus pies, más que pisan, los suelos como si de un espacio de culto se tratase. Porque algo de templo tiñe estos muros, mecanismos, circuitos, antenas, cables, sillas, mesas y hasta los alimentos y bebidas que consumimos en el austero comedor. Este es un emplazamiento casi sagrado donde un puñado de monjes nos sumimos en la búsqueda del testimonio de la vida. Hasta aquel momento, se nos había mostrado esquiva. El proyecto lleva grandes fondos engullidos, muchas horas y muchas ilusiones. Pero nadie desde el espacio exterior nos había hecho llegar el testimonio de su palpito. Y ésa ha sido la dedicación de mi vida desde que salí de la Universidad. Dando tumbos de un sitio a otro, enlazando becas con contratos provisionales, acabé en este observatorio y llegué a ver conseguido el objetivo de mi existencia. Y el de la existencia de algunos cientos de personas desperdigadas por el globo en crisálidas como ésta. Y, paradójicamente, estaba solo cuando llegó la señal. Tan clara, tan identificable, tan fácil de descifrar por nuestro ordenador. Mi asombro, mi gozo, mi estallido de placer no pudo ser compartido

por nadie. Tampoco, mi fascinación cuando el programa tradujo la señal y me hizo partícipe de lo que aquellos hermanos de una galaxia perdida habían emitido al vacío cósmico. Me puse en contacto con el director a toda prisa. Mientras hablaba con él, en mi mente, por debajo de mis palabras exultantes, una voz difícil de percibir me hacía consciente de un dato que fue de los primeros en establecer nuestro ordenador. La señal procedía de un planeta de la galaxia de Andrómeda, a dos millones de años luz, y era una llamada de auxilio.

ARIADNA

El hedor exhalado desde el laberinto se difundía por todo Cnosos. Ni los inciensos ofrecidos a los dioses los días de sacrificios, ni los aromas de Egipto o de Babilonia, ni los torrentes balsámicos emanados de las flores en primavera podían enterrar entre sus volutas la pestilencia escapada de aquel pudridero. Los efluvios se enredaban los días de furia con los mugidos que escupía el engendro desde los rincones de su presidio. Así celebraba el festín de muchachos y doncellas con el que nuestra patria era tributada cada nueve años y que acababan entre las desnaturalizadas fauces de un toro carnívoro. Mi medio hermano era un monstruo y no estaba solo en su aberración. Mi madre una perdida que incluso en la vejez moría por cualquier ser viviente que calmara sus ardores. Y mi padre era un viejo achacoso que sólo vivía para contar las infinitas ánforas almacenadas en el palacio con vino, aceite, trigo, higos secos, miel, plata y, sobre todo, oro. Cuando el barco procedente de Atenas con los hijos más queridos de aquel pueblo atracaba y descendía su pasaje, Minos sólo estaba atento al cargamento material. Los humanos no eran de su incumbencia, sino del bicho deforme que ya salivaba escondido entre los muros de su siniestra morada. Las gentes de todo el país se congregaban en torno

al palacio y durante días, la masa quedaba inundada por una orgía orlada de la sangre de toros, corderos, cerdos y jóvenes. No sólo los atenienses, sino también los nuestros perecían. Aquéllos entre las fauces del Minotauro, éstos corneados y aplastados por los mismos toros ante los que pretendían demostrar sus habilidades mientras el griterío de los asistentes los animaba a un riesgo cada vez más creciente. No me gustaba mi familia, ni mi gente, ni mi país. Se vivía bien, es cierto. Creta prosperaba bajo el escudo de mi padre. Los cretenses eran alegres, vividores, laboriosos a su manera y piadosos con la divinidad. Por alguna razón, no obstante, que sólo los dioses en su capricho conocen, no me sentía bien en mi palacio ni rodeada de mis compatriotas. Mi imaginación volaba a tierras lejanas, a los desiertos de Egipto y a sus templos, al Creciente Fértil donde se arracimaban las ciudades populosas, a las islas de más allá de las Columnas de Hércules, a las brumas y bosques del norte de la península donde habitan los pelagos. Contraviniendo el gusto de mi padre, solía presentarme en el puerto, envuelta en el séquito real, para preguntar a los marineros sobre sus periplos. Entonces, ellos, aunque asombrados ante la presencia de la princesa, se despachaban durante horas contando sus experiencias en mil puertos, con mil personas, mil tipos de animales, mil formas de flores, de plantas, mil climas, paisajes y mil mercaderías. Por eso, cuando apareció Teseo, mi mirada se quedó clavada en su rostro, su torso, sus brazos y

piernas. Intuí que con él llegaba el momento de volar, surcando el aire en un rumbo más afortunado que el emprendido por Dédalo y su hijo. Él advirtió mi pasión y se las ingenió para hablar conmigo. El resto es historia sabida. Lo ayudé a terminar con aquella deformidad de la naturaleza, lo auxilié en su huida, me embarqué con él y su agitada tropa, incrédula aún ante su salvación, y enfilé el mar rumbo a Atenas, dejando atrás un escenario que aborrecía y la baba de aquel vejstorio cuyo lecho matrimonial me aguardaba en breve plazo por voluntad de mi padre. Mi héroe me abandonó en Naxos. Me lamenté, es cierto, lloré y bramé, maldije e insulté. Pero allí me recogió el dios. Y contrariamente a lo que los poetas, esos falsarios infames, han difundido en las mentes incautas de los mortales, fui feliz hasta mi muerte. Que no fue muerte total. Mi dios me rescató del Hades y vivo desde entonces en compañía de los inmortales, oliendo sólo el bálsamo de la ambrosía y la fragancia del néctar.

ALMA MATER

Ser profesor universitario no es fácil cuando uno tiene el prurito de cumplir con lo que se demanda de semejante posición social. Tampoco es fácil cuando se desea mantener la propia dignidad profesional ante uno mismo o, simplemente, cuando se tiene pavor a quedar en ridículo por no haber leído el último artículo de tal o cual gurú de la especialidad. A todas estas circunstancias bien se puede añadir el pánico a la cara de idiota que emerge del profesor universitario cuando alguien le pregunta por un dato cuyo conocimiento se considera imprescindible y que el interesado ignora sin remisión. En aquel departamento era bien conocida la anécdota de un muy prestigioso catedrático de griego, alemán de nacimiento, profesor en una universidad muy afamada allá por el siglo XIX, datos todos que llevan a un ambiente donde la erudición era el combustible que hacía funcionar los pistones universitarios. Aquel señor padeció una severa depresión que casi lo lleva al suicidio porque durante una conversación informal con alumnos y otros colegas no supo responder a una pregunta formulada sin ninguna intención perversa, sino, antes bien, con el más humilde espíritu de conocimiento: "¿Por cierto, Herr Professor, sabría usted decirme cómo se dice "boñiga" en griego antiguo?".

Todos estos lúgubres avatares los había experimentado aquel joven profesor desde que decidió encauzar su vida profesional por la vía de la universidad y hubo de afrontar los primeros encuentros con aquellos seres que pasaron de ser maestros a ser colegas por mor de un papel con la firma del rector y el sello de la universidad. Llegar a profesor titular no le fue difícil. Bastaron quince años actuando como camarero del catedrático, llevándole café con diligencia cada vez que el prohombre lo exigía a voces desde su mesa. También se incluyó en su *cursus honorum* camino de la titularidad su actuación como encubridor cuando el jefe sacaba de dudas a la nueva y exuberante becaria (le gustaban rollizas al prócer) en el interior de su despacho. Otras tareas como profesor interino consistían en llevarle el maletín durante los congresos y acarrearlo de vuelta al hotel de lujo tras la borrachera subsiguiente al enorme banquetazo en restaurante de cinco tenedores, con el que los organizadores solían agasajar a los más eminentes de los congresistas. Alguna que otra vomitona sobre la chaqueta del interino no tenían más relevancia que la de una simple anécdota intrascendente. Le había escrito reseñas, artículos y capítulos de libros, producciones que luego aparecían bajo el nombre del todopoderoso capitoste. Era precisamente la presencia de aquel nombre con prestigio lo que salvaba esas obras de una crítica certera que revelara su auténtica mediocridad. La capacidad de trabajo de aquel interino quedó de

manifiesto por el hecho de que, a pesar de tan ajetreada labor en el departamento, consiguió hacerse con un currículito decentito que le permitió una justificación suficiente para presentarse a la plaza de funcionario titular convocada por el cubículo donde goteaba el dispendio de sus horas. Como era de esperar, el tribunal tumbó al único opositor que pugnaba por la misma plaza sin padrinos ni recomendaciones. Se trataba de un iluso profesor de instituto que había llevado treinta años de su existencia robándole horas a su vida íntima y dinero a su patrimonio particular para construir trabajosamente un currículito de triple tamaño y calidad respecto al de su oponente. La celebración fue grande en el departamento, ya que no por esperado, era menos importante el fallo del tribunal. Pasó a ser así un flamante profesor titular que muy pronto probó en sus propias carnes los efectos de los odios e inquinas que se trae entre manos esa élite intelectual que configura el profesorado universitario. Cualquier enemigo de su jefe o cualquiera que ignorase hasta dónde podía tocar con sus manos en el escalafón, podía dejarlo en ridículo y acabar con su prestigio. Por más que estudiaba, sus cortas luces y la inmensidad de su materia le hacían imposible presentarse con seguridad ante una clase o en un congreso. Cuanto más aprendía, más apreciaba que su ignorancia se incrementaba proporcionalmente. Angustiado, creyó un buen día haber dado con la solución a su problema mediante una artimaña

que se le ocurrió durante una tarde de zozobra, la víspera de un importante congreso internacional donde iba a presentar una ponencia. Pertenecer a una especialidad de humanidades era una enorme ventaja. La solución a sus pesares hubiera sido imposible si tuviera entre manos disciplinas tales como la física o la ingeniería. Afortunadamente, todo lo que aquellas tienen de exactas y racionales, lo tienen las disciplinas humanas de evanescentes y casquivanas. Su decisión quedó afirmada al terminar aquel congreso, durante el cual un Herr Doktor de la universidad de Heidelberg consiguió que dijera lo contrario de lo que había sostenido en su ponencia mediante el recurso de deducir las consecuencias de determinadas afirmaciones suyas. Y todo esto ante un público de eminencias internacionales. Sus colegas del departamento intentaron animarlo y argumentar contra el teutón utilizando diferentes razonamientos, el más sesudo de los cuales fue aquél elaborado por un compañero que zanjó la polémica afirmando del profesor germánico: "lo que le pasa es que folla poco". De este modo, procedió a la definitiva solución de sus problemas. Se inventó un autor del siglo XVIII cuya escasa obra fue destruida, poco después de su salida a la luz, en un incendio de la imprenta que publicó sus originales. De aquella obra sólo quedaban unos pocos ejemplares que cayeron en manos del profesor titular. A partir de ahí fue trabajando concienzudamente en dos líneas paralelas. De

un lado, iba creando la vida, documentos y peripecia del autor fantasma y, de otro, iba redactando una bibliografía sobre el mismo integrada por artículos, conferencias y libros. Como nadie sabía más que él del autor, ya que era producto de su caletre, nadie pudo jamás ponerlo en ridículo ni sacarle los colores con preguntas capciosas sobre el motivo de sus investigaciones. Llegó a convertirse en el único especialista mundial en la obra del autor inventado y ascender a catedrático. Lo supo hacer tan bien que fue convocado desde las más prestigiosas universidades para impartir su saber. La superchería sólo se descubrió tras su muerte, provocando un alboroto que causó un efecto totalmente indiferente en el catedrático fallecido, como suele ocurrirles a quienes ya transitan por los senderos de la otra orilla y más aún si pensamos que su invención le permitió gozar de una desahogada vida profesional y personal. Fue, sin lugar a dudas, un escándalo, pero apenas trascendió de los ámbitos universitarios, en parte porque la relevancia social de tal clase de estudios es escasa y, en parte, en una mayor parte, porque toda una legión de colegas saltó a la palestra con un nada disimulado interés por que aquel fraude no trascendiera más allá de las paredes de los departamentos universitarios.

**EPITAFIO DE UNA HETERA HALLADO EN EL CERÁMICO DE
ATENAS**

El húmedo letargo de mis huesos
se hiela bajo el mármol lapidario.
Mientras, bajo el sol de mis amantes,
respiran un fervor enardecido
aquellas que ocuparon mi lugar.

EL ACTOR

Soñaba con ser actor. Desde pequeño le gustaba interpretar. Tan pronto imitaba a otros, como se imbuía en el espíritu de algún personaje entrevistado en la televisión o adivinado en los carteles de unas funciones teatrales que nadie jamás le llevó a presenciar. Ser actor era su delirio y la vocación era tan firme que hizo todo lo posible para poder subirse a un escenario y recitar un papel, cualquier papel. La vida, sin embargo, lo llevó por otros derroteros. Su padre murió pronto y tuvo que ponerse a trabajar con catorce años para sacar adelante a su madre y a sus cuatro hermanos menores. Pasó por recadero, por aprendiz de zapatero remendón, por tendero de ultramarinos, por peón de albañil, por taxista en el mejor momento de su vida. Se casó, no sabía cómo, con Purita y tuvo cinco hijos uno detrás de otro, bocas siempre abiertas, manos siempre tendidas exigiendo más y más, ojos solicitando toda clase de bienes materiales y afectivos que lo dejaban exhausto. Y a lo largo de todos esos años, su mirada seguía deteniéndose ante los carteles teatrales y, luego, delante de los cines. Se sabía de memoria los actores que participaban en tal o cual película u obra de teatro. Se compraba en las librerías de viejo manoseados ejemplares de viejas piezas que luego en su casa ensayaba delante del espejo. Sabía

que su arte era deudor de su espontaneidad, que con el bagaje autodidacta nunca sería aceptado en ninguna compañía ni le ofrecerían un papel en ninguna película. Si hubiera podido formarse, tener maestros, aprender las técnicas. Eso era lo que le faltaba, la técnica, las tablas. Con todo, el destino no es tan perverso como creemos los mortales. El aperreado trabajador tuvo dos momentos de gloria en su vida que le justificaron los desvelos padecidos por una vocación nunca consumada. Logró, al poco de cumplir los cincuenta y tres, y de pura casualidad, un mínimo papel. Todo ocurrió gracias a una estrella de la pantalla que recogió una tarde en su taxi y al que, durante el largo trayecto que tuvo la suerte de completar, pudo confesarle sus ansias en medio de un atasco, una lluvia densa y un ambiente cálido de cigarrillos ardiendo lentamente en el interior del coche. Aquel hombre famoso le dio una tarjeta suya y una dirección. El cliente estaba contento y se sentía generoso. Ilusionado, el futuro actor acudió a la calle indicada, al portal y al piso. Allí lo recibió un gordo malencarado que bufó al reconocer el nombre escrito en la cartulina que le tendía aquel taxista. El productor se lo quitó de encima metiéndolo en un ataúd y regalándole el papel de muerto en un thriller. Actuó como cadáver de un mafioso asesinado por una banda rival. Un plano medio de su cuerpo tendido dentro del féretro abierto, vestido con traje y corbata negros, las manos sobre el pecho. En total, seis segundos. Todos los

familiares y amigos que vieron la película, una vez estrenada, coincidieron en que su actuación fue magistral. "Lo has bordado" le decían. "Parecías totalmente muerto" añadían. Él, sonrisa amplia, ojos luminosos, les hacía notar que si observaban su vientre, percibirían que estaba inmóvil y que si le miraban fijamente a la cara, se darían cuenta de que no había el más mínimo temblor de párpados o de mejillas. Tan orgulloso y tan poco tiempo que tuvo para gozar de su éxito. Un mes después del estreno, tuvo su segundo momento de gloria. El actor novel falleció inesperadamente de un infarto. Su mujer se empeñó en que su ataúd permaneciera abierto durante el velatorio para que todos pudieran comprobar lo buen profesional que fue de las bambalinas, porque su aspecto era idéntico al que presentó en la escena de su única película. Y todos asintieron a las palabras de la viuda. Y ese fue su segundo momento de gloria. Lástima que no pudiera disfrutarlo.

NO

Era tan tímido, de una timidez tan enfermiza, que no recordaba haberle dicho nunca a nadie una palabra cuyo simple sonido lo desmadejaba: "no". Tampoco recordaba el número de las infinitas ocasiones en que esa imposibilidad casi física de pronunciar el nefando monosílabo le había provocado desgracias sin cuento. Es difícil que alguien pueda hacerse cargo del cúmulo de adversidades que se desploman sobre la cabeza de alguien incapaz de decir "no". Le habían vendido enciclopedias que nunca usó, cachivaches inútiles que fueron despachados con ira a la basura al poco de ser recibidos en el domicilio. Había aceptado ofertas comerciales de las que jamás hubiera adivinado la existencia por culpa de su debilidad. Había tenido que afrontar labores impensables en sus trabajos, ceder ante presiones de superiores y chantajes de sus compañeros. Tampoco sus amigos y familiares le resultaron propicios a causa de su defecto. Todos conocían su debilidad y lo miraban con la compasión burlona que se dedica a los imbéciles sin que nadie tuviera hacia él una muestra de solidaridad. Hasta perdió parte de una opípara herencia por no negarse a la petición de un primo lejano que acudió a su lado lloriqueando por una supuesta insolvencia grave y suplicándole que le cediese los derechos. Su

vida, de este modo, iba deslizándose por un tobogán de desdichas hasta que a la edad de cincuenta años, después de una enfermedad que estuvo a punto de dar por finiquitados sus días, decidió cambiar el rumbo de su existencia. Sabía perfectamente que el mayor de los obstáculos para su regeneración era su impotencia a la hora de pronunciar la palabra "no" y se hizo a la idea, tomando fuerzas de donde pudo, de que en adelante sería inflexible con esa terrible conjunción de dos sonidos, consonante más vocal. Por eso se sintió tremendamente orgulloso de sí mismo cuando le espetó el primer "no" de su vida a Carolina, esa divorciada del bloque 3, segundo A, escalera izquierda que en su atrevimiento llegó a proponerle un compromiso de vida en común, después de haber salido con él durante dos meses. Se sintió inmensamente orgulloso cuando la vio marcharse envuelta en lágrimas, aunque algo en su interior le dijera que era la única persona en su vida a la que hubiera dicho un "sí" realmente auténtico.

CARONTE

Esto ya pasa de lo permisible. Cada vez vienen más y más sin que mi barca haya ampliado su capacidad de acoger pasajeros. Es la misma desde hace miles de años y gracias a mis desvelos se mantiene en buenas condiciones, que si no. Pero lo de ayer fue excesivo. Sabes que no me gusta quejarme. Es cierto que tengo fama de gruñón e inamistoso, pero no son sino bulos propagados por aquellos que se resisten a su destino y pretenden desfogar sobre mis espaldas el resultado de su frustración. No, no soy un gruñón, sino un ser reservado, amigo de pocas palabras. Cómo seré de comprensivo, amigo mío, que hace mucho tiempo renuncié a cobrar mi óbolo y, sin embargo, sigo cumpliendo con la obligación que los viejos dioses depositaron sobre mis espaldas. Si les pongo mala cara es comprensible, ¿no crees? Trabajo por nada, aunque tampoco es que aquella nimia moneda pagara realmente mi esfuerzo. Sólo en épocas de epidemias, hambrunas o guerras especialmente crueles, mi arca se llenaba de óbolos. La gente se creía que era un tacaño; pero eran incapaces de imaginar que toda aquella chatarra no me servía para nada. Que si les exigía el pago y luego acumulaba las monedas era sólo por mandato de la superioridad. ¿Además, dónde podía gastarlas aquí? ¿Hay acaso tabernas, tiendas, almacenes,

burdeles? Sólo hay brumas, humedad, tierra, agua y suspiros. Nada que pudiera comprarse, porque tengo su propiedad por el uso que he hecho de ellos durante siglos. Al final, trabajo ahora como trabajé antes, porque es mi obligación y se acabó. Y no me he quejado nunca, bien lo sabes, nunca. ¡Por Zeus, Cerbero! ¿Quieres mirarme con las tres cabezas al mismo tiempo? Como te decía, no voy a tener más remedio que ir a quejarme porque el trabajo se me acumula de mala manera en los últimos tiempos y, aunque es cierto que los años para mí no pasan como para los mortales, la humedad me está calando los huesos y siento cómo me molesta cuando remo. No es justo que a mis siglos, se me venga esta avalancha encima. Cuando los viejos dioses se despidieron y dejaron su espacio a ese nuevo y único, creí que yo iba a ir también en el grupo de despedida. Fueron nobles, aquellos locos, desaparecieron sin decir nada, se volatilizaron sin proferir la menor palabra, aunque se llevaron mi arcón lleno de óbolos. Pero a mí me respetó el nuevo dios. Y durante siglos apenas me llegaron algunas almas despistadas a las que transportaba a un Hades diferente, bastante despoblado, porque el nuevo dios había limpiado de antiguallas sus galerías. Siempre quejándose, las ingratas, sobre todo desde que se fueron los viejos dioses. Antes no tenían otro elemento de comparación para darse cuenta de su suerte. Pero desde que el único dios comenzó a gobernar y decidió mandarme a esos desgraciados, mientras

embarcan y se disponen a hacer un viaje gratis, pueden oír los gemidos de quienes se queman en el infierno, que, como sabes, está aquí al lado, justo aquí al lado. Mis almas, al menos, no se van a quemar y recibirán el mejor don que se le puede dar a un mortal, el olvido. Ésa es la realidad, por mucho que las historietas de los mitógrafos dijeran que en el Hades las almas se pasaban la eternidad quejándose de su suerte y añorando la vida. Mentira, todo mentira. Una vez cruzada esa entrada que tú tan bien guardas, pierden toda memoria y pasan a ser sombras vacías sin un cuerpo que las llene. Ya lo he decidido, voy a ir a quejarme. ¿No dice la propaganda que es tan bondadoso y tan clemente y tan misericordioso y tan benefactor? Pues le voy a pedir que me ponga un ayudante con otra barca o que mande a esa caterva de desdichados a otro sitio. ¿Qué culpa tengo yo de que el mundo se esté olvidando del único dios y que el pobre tenga reparos de mandar a los descreídos al infierno de las llamas? Como sigan proliferando a este ritmo los ateos en el mundo de arriba, voy a reventar. Así que, o eso, o que me busque un ayudante, o que ponga una barca con motor fuera borda, que me enterado de que son comodísimas.

COINCIDENCIAS

Haber nacido un veintinueve de febrero puede dar lugar a diversas consideraciones, cada cual más heterogénea. Cuando le hacía saber a la gente, siempre que venía al caso, el día de su nacimiento, la variedad de gestos se sucedía espontáneamente. Siempre daba pie a un comentario jocosos o a consejos sobre cómo celebrar el aniversario en años que no fuesen bisiestos. Pero él ya había desarrollado con el paso de los años los suficientes recursos como para tener siempre a mano una respuesta no por repetida, menos ingeniosa. Había llegado a clasificar en grupos a sus interlocutores y sumaba al que tenía enfrente a alguno de ellos según el criterio de su reacción al conocimiento de una coincidencia tan rara. A veces, le entretenía, pero a veces le fastidiaba. Todo dependía del estado de su ánimo en el momento de las expresiones de asombro en quien lo estaba escuchando. De este modo, había ido capeando los cumpleaños de su vida. Había atravesado la infancia y la adolescencia para pasar a contar el transcurso de la vida en decenios. Lo relevante a partir de los veinte años no fueron ya las supuestas etapas, sino los años de diez en diez. Sorteó la treintena y la cuarentena, riéndose de las pretendidas crisis que oprimían las almas de quienes sienten caer sobre sus cabezas las cifras como

pedruscos cada vez más grandes y pesados. No recordaba si la llegada de un nuevo decenio había coincidido alguna vez con un año bisiesto. Suponía que sí, pero el asunto le resultaba tan poco significativo, que nunca se preocupó de recordar una efeméride tan supuestamente señalada. Pero sus cincuenta años llegaron al mismo tiempo que un febrero con veintinueve días en el calendario. Su familia, desde el primer momento en que alguien se percató de la feliz casualidad, comenzó a insistir en organizar una gran celebración. Sus amigos apoyaron la iniciativa. Y a él todo el asunto le tenía chamuscada el alma, porque empezaba a no gustarle el verse ya metido en un camino que presentía como el tramo final de su vida. De hecho, cuando alguien le hacía saber que estaba al corriente del festejo, él respondía que no había que montar tanto jolgorio. "Uno puede esperar doblar los cuarenta; pero los cincuenta, ni soñarlo. Esto va cuesta abajo" decía sombrío. Con todo, aceptó las muestras de afecto que se le manifestaban por todas partes y se dispuso a someterse a un chapuzón de amor, besos y abrazos. Decidió no pensar en el asunto y continuar con su rutina de trabajo, familia y aficiones. Los días fueron pasando y su esposa le iba dando cuenta de los detalles en la organización de su fiesta. Él la oía displicente, con una sonrisa de circunstancia a la que era ajena la cónyuge, subyugada por la relevancia del acontecimiento que se traía entre manos. Siempre había sido muy jaranera y no había cosa

que más la hiciese disfrutar que un buen sarao, cualquiera que fuese la razón de su montaje. Finalmente, llegó el día señalado. Todo estaba preparado para recibirlo en un restaurante de medio pelo. Los familiares habían acudido, algunos desde puntos no precisamente cercanos; los amigos habían reservado la tarde de aquel día, que para más fortuna de la conmemoración, había coincidido en sábado. Todos los hados conspiraban para que la fiesta fuese un éxito. Y lo hubiera sido si hubiera llegado a celebrarse. El convite se suspendió por ausencia del homenajado. Por mucho que le insistieron, nadie pudo convencerlo de que abandonara su casa y se presentase en el restaurante, donde un afectuoso tropel lo estaba aguardando. Las interpretaciones sobre la espantada fueron variopintas. Sólo los más cercanos supieron la auténtica razón de la ausencia. Aquella mañana, mientras volvía en autobús del centro tras haber hecho algunas compras, una espléndida jovencita se le había quedado mirando fijamente, algo que él advirtió con una mezcla de estupor y de orgullo. Cuando se dirigió a él, pensó que tal vez los cincuenta tenían cierto encanto. La chica, amablemente, le cedió su lugar y él, mientras se dejaba caer desolado en aquel asiento, vio desplomarse sobre su cabeza cincuenta años, uno tras otro, lenta, destructivamente.

A ESTRENAR

"Tampoco es un drama" se consoló Isabel. Estas cosas hay que hacerlas por quien se ama. Marcos estaba empeñado en casarse por la iglesia. No es que fuera creyente su novio. Con esa actitud respondía a las presiones que le venían desde su casa, especialmente, desde su madre. A Isabel no le apetecía. Su deseo hubiera sido irse a vivir juntos, sin papeles y sin celebraciones. Todo lo más, una invitación a cenar con los respectivos padres cuando hubieran pasado algunos meses. Isabel era una atea convencida, pero en absoluto militante. "Cada cual se las arregla como puede" era su frase favorita, y mostraba una tolerancia inabarcable hacia la inmensa variedad de recursos que emplea el ser humano para poder afrontar cada amanecer. Con esa tolerancia jugaban Marcos y su familia, se temía. Como no se trataba de una cuestión de principios ni de ideología, pasar por el cura no constituía una afrenta, sino una incomodidad. Su suegra no era tampoco una harpía desencajada y con rostro avinagrado, sino una dulce señora con pelo blanco y escasa estatura que la recibía siempre con dos besos y la cogía de la mano para conducirla al lugar donde se dirigieran. Podía tratarse del salón de su casa o de la mesa que habían reservado en alguna de esas ventas de campo que tanto le gustaba frecuentar un domingo al

mes y donde disponía con fruición lo que todos debían comer. En la cuestión de la boda, su suegro se inhibía y sus padres no contaban en los deseos de Isabel. Desde pequeña había sido muy independiente y su voluntad era ejercida sin aspavientos, pero con firmeza. No había, pues, que dramatizar. Sería una ceremonia corta, sin sermón del cura y con el posterior banquete. Marcos y ella estaban de acuerdo en no gastar mucho dinero. Las economías familiares eran las habituales en dos familias de clase media y, afortunadamente, nadie estaba dispuesto a tirar la casa por la ventana. En este ambiente de recogida alegría, Marcos llegó una tarde junto a su novia con una de esas publicaciones donde se vende toda clase de artículos de segunda mano, desde una plancha hasta un apartamento en la playa. "Vendo traje de novia a estrenar", rezaba el anuncio. A la frase le seguían la cifra de 300 €, un número de teléfono y un nombre: Cecilia. Otra cualquiera hubiera puesto el grito en el cielo ante la perspectiva de usar un traje ajeno en ese día tan especial, máxime si pertenecía a una extraña. Pero Isabel estaba hecha de otra materia y la idea de adquirir ese traje le pareció fabulosa. Tampoco sería un desdoro, sino una muestra de sensatez, el que nadie que preguntase tuviese que embaularse una mentira. Todo el mundo sabría que el traje de novia de Isabel era de segunda mano, pero sin estrenar. Quedaron en que Isabel se encargaría de la compra. Llamó al número, preguntó por Cecilia y acordaron una

cita en casa de ésta para ver el estado, las telas y el estilo del traje. Cecilia resultó ser una mujer en torno a los treinta años, delgada, con cierta elegancia en sus gestos y en su ropa. Poseía un apartamento en una zona residencial de las afueras, un barrio tranquilo en cuyo centro se elevaban algunos bloques de pisos circundados por series de casas adosadas. Cecilia e Isabel pronto se sintieron cercanas. Tras mostrarle el vestido, se sentaron y tomaron el café que la vendedora había hecho. Era un traje sin ostentaciones, de color más bien marfil, sin tules ni encajes, de una sobriedad precisa y elegante. Le gustó a Isabel y le dijo a Cecilia que se lo quedaba. La entrevista continuó durante el resto de la tarde. Cuando salió del apartamento, la futura novia llevaba envuelto en un saco de plástico y doblado sobre el antebrazo su vestido de novia. Caminaba lentamente, reviviendo la historia que Cecilia le había contado, las razones que la habían impulsado a huir de la boda justo antes de la celebración dejando prácticamente ante el altar a su novio, a las familias y a los invitados. Brujuleaba en su cabeza la escapada de Cecilia desde su ciudad a ésta, en la que ahora vivía, en su búsqueda de un trabajo y en la vida que llevaba. El traje de novia, protegido por el plástico, crujía persistentemente al rozar con su cuerpo. Depositado en el asiento de atrás de su coche, seguía llamando su atención durante el trayecto al apartamento de alquiler donde Isabel había estado viviendo sola. Una soledad que tenía la

fecha de caducidad en el momento en que tras la boda se mudase al piso que habían comprado. Finalmente, el traje dejó de hacer notar su presencia. En su lugar, dentro del apartamento sólo se oía el ruido que Isabel producía al teclear en su ordenador. Había entrado en la página de internet de una de esas publicaciones donde se vende toda clase de artículos de segunda mano, desde una plancha hasta un apartamento en la playa. "Vendo traje de novia a estrenar", rezaba el anuncio que estaba escribiendo. A la frase le seguían un número de teléfono, un nombre: Isabel. .Y una cifra: 500€. Por el susto.

EURÍDICE

Fui yo quien lo estuve llamando. Resultó difícil que atendiera mi voz, no tanto por estar envuelta en las brumas que la humedad del Hades convoca en los sonidos, como por su severa determinación de continuar el sendero hacia la superficie sin ceder a la concupiscencia que intentaba conferir a mi reclamo. El dios, cediendo a los requerimientos de su esposa, había permitido que se cumpliera la excepción de las excepciones, que rarísima vez le es regalada a la raza mísera de los mortales. Y me ordenó que lo siguiera en silencio hasta las mismas puertas del infierno. Una vez franqueadas, proclamó regio, volvería a ser aquella a la que Orfeo amó con su cuerpo y con su canto. Tanto me había amado aquel hombre que osó emprender el camino que sólo se culmina una vez y tras el cual la vida pasa a ser un recuerdo añorado donde los dolores se difuminan y la dulce rémora de los placeres ocupan el espacio cedido por aquéllos. Nadie piense que me encontré a gusto entre las sombras, convertida ya en una más en medio de las suplicantes de luz. A mí también me atenazaba la evocación de los brazos tensos de mi amado, el arrebató de su posesión, las ondas en que se habían convertido en mi cada vez más limitada memoria los sonidos ajustados y serenos de su lira y de su voz. No me gustaba ser una

muerta más, sabiendo como sabía que con el paso del tiempo, Orfeo dejaría de ser la compacta certeza de un cuerpo y un alma para mudarse en una lívida intuición de un pasado cuya fuerza se iría evaporando confundida entre la calima de mi alma. No me atraía sustituir un futuro de amor, pasión y belleza entre las miradas y la firmeza de mi amado por el lamento eterno de mis congéneres. Tampoco me seducía imaginarme, pasado el tiempo, pálida y transparente, sumida en la masa de los muertos, ignorante de que el alma que acababa de acceder al Hades era el despojo evanescente de quien una vez fue mi adorado. Nada de eso me empujó a llamarlo mientras subíamos el camino pedregoso que nos alejaba de la morada infernal. Si hubiera tenido ese cuerpo que, conforme a la promesa del dios, volvería a recubrir el vapor de mi espíritu cuando la luz del sol calentara mi frialdad de muerta, me hubiera visto a mí misma derramando lágrimas mientras me esforzaba por encarnar aquel exangüe silbido con palabras de atracción. Fue pasando el tiempo, el sendero enderezaba su último tramo y los temores se tensaban dentro, en mi interior. Era imprescindible acabar con aquella ficción de una nueva vida tras la muerte. Fue difícil, pero lo conseguí. Orfeo acabó por volverse y mirarme. Tímidamente, al principio; con grandes ojos abiertos, al final. Quizá él entendiera en mi susurro un lamento a la hora de volar al interior del infierno nuevamente, pero lo que en realidad brotaba del vapor de mi alma

era un suspiro de alivio. Sabía que Orfeo iba a sufrir. Intuía su destrucción. Pero no podía regresar a su lado. No podía envolverlo con la mórbida humedad del Hades cuando me abrazara en el instante del amor. Aquella Eurídice que había querido no existía ya. Nadie muere y regresa a la vida siendo el mismo, porque la frialdad de la muerte nunca se desprende de la piel recobrada. Aunque un dios lo ordene. Hay poderes que están más allá de su soberbia. Y yo, aunque sólo alma, lo sabía.

EL ROBOT

Nunca resultó habitual durante mi prolongada carrera de periodista la intimidad con alguno de mis entrevistados. Periódicos, radio, televisión todos los medios vieron plasmadas mis entrevistas. Esa larga cadena de personas que se enlazaban unas con otras en la sucesión de mis días se convirtió en una fuente de conocimiento sobre la naturaleza humana que jamás hubiera podido imaginar. Pero era extraño que de un entrevistado brotara una amistad. A veces, una cierta proximidad, un sentimiento de cercanía espiritual era lo más que se podía cerner sobre mi vida. Una de esas raras ocasiones se me presentó cuando acudí al laboratorio, o quizá taller, del doctor Friedenthal. En los días de mi entrevista era ya un vejete algo similar a la tópica representación de Einstein. Aunque la semejanza naufragaba en el alboroto de una melena que el pobre doctor Friedenthal había perdido hacía muchos años. Sus rasgos faciales, sin embargo, evocaban el gesto burlón y casquivano del físico. Bata blanca, cables, cachivaches de recóndita valía, oscuros chismes que en su complejidad se me insinuaban habitantes de un espacio más sometido a las leyes de lo arcano que a las de la ciencia, eran el escenario por el que navegaba aquella barquichuela. Todo nervio él, todo tensión. Sus manos no se detenían y sus palabras

emanaban de su boca como una cascada en plena selva. Habíamos concertado una entrevista después de haber sido galardonado el doctor con el Premio Nobel. Mi prestigio, a esas alturas, abría todas las puertas. De ese modo, armado con la parafernalia de un equipo de televisión, irrumpimos en su sanctasanctórum. Hubo sonrisas nerviosas de su parte, amabilidad extrema. Y aquello resultó ameno y perfecto desde un punto de vista televisivo. El doctor Friedenthal era, espontáneamente, una estrella de televisión. Sus respuestas fueron ingeniosas; sus relatos biográficos, divertidos en su normalidad; sus confesiones, humanas; sus peripecias, atrayentes. Satisfecho como quedé de aquel trabajo y convencido de haber hallado una buena veta, salí de aquel espacio de trabajo con la determinación de someterlo a otras entrevistas para nuevos medios de comunicación. Incluso avivó en mi mente una antigua idea que la acumulación profesional de tareas había ido posponiendo año tras año. Del aquella eminencia saldría, probablemente, la primera biografía que iba a escribir. Estaba persuadido en aquellos instantes de que si no había emprendido tal empresa era porque nunca se me había presentado un protagonista tan adecuado como el viejo científico. Lo comprometí, pues, mientras el equipo recogía el material, para un encuentro posterior sin advertirle nada de mi proyecto. La dilación se extendió a lo largo de casi medio año. Nunca se me fue la cabeza que tenía pendiente un libro sobre el

doctor Friedenthal y así, al final de tan largo plazo y siendo fiel a mi compromiso, concerté una cita con el sabio. Me recibió tan amablemente como la primera vez, haciendo una simpática alusión a la paciencia que se debía tener conmigo en materia de promesas. Con una taza de té en mis manos, que había preparado y traído su esposa Ingeborg, le expliqué mi intención de escribir una biografía sobre él. Su reacción se limitó a una contenida carcajada, a unas palmaditas sobre mi rodilla y a un gesto de su mano derecha con el que me advertía discretamente que no estaba uno en sus cabales. Su vida, me dijo, no tenía ningún interés. Había nacido en un país en el que los judíos fueron mejor tratados que en ninguna otra parte del mundo, incluido el propio Israel. Nunca pasó hambre en la infancia ni en la adolescencia. Su familia no era pobre ni rica, sino aburrida. Sus padres lo quisieron, sus hermanos lo aceptaron. Sus estudios fueron provechosos; su trabajo, productivo y profundamente vocacional; su vida sentimental, tan monótona como lo es transitar por ella acompañado de una esposa amante y de unos hijos que nunca le dieron más problemas que los habituales. Tenía unos nietos a los que adoraba y, en el colmo de una vida rica, previsible y sin sobresaltos, había sido premiado en su vejez con el Premio Nobel, tal como se le venía augurando desde hacía muchos, muchos años. ¿Una biografía de semejante ejemplo de mediocridad existencial? Absurdo. Me reconoció que su labor científica tenía mérito. Por más

que se empeñara en subrayar tales declaraciones con la apostilla de que siempre había hecho lo que le apetecía, aquello a lo que su libertad le impelía, lo que más placer le había provocado y con lo que más había disfrutado, dejando aparte la convivencia con sus seres queridos. Sus logros no tenían tras sí el menor atisbo de sufrimiento. Con sorna me hizo reconocerle lo difícil de configurar un personaje atractivo para los lectores a partir de alguien que no haya padecido nada intensamente desagradable en su existencia. Confieso que me sentí algo defraudado de mí mismo en esos momentos. Mientras el doctor Friedenthal me engarzaba argumento tras argumento contra mi propuesta, intentaba consolarme con el pensamiento de que mis ocupaciones no me habían dejado vislumbrar las razones que ahora me exponía con persuasión mi posible biografiado. Tampoco me fue ajena una cierta percepción de ridículo. Uno también tenía su prestigio y no advertir la inanidad de la biografía del doctor desde un punto de vista periodístico más allá de una amable y divertida entrevista para la televisión podía ser considerado un baldón. Aquel encuentro continuó una vez que la tentación del relato vital fue siendo descartada poco a poco. De su poco interesante vida, la charla fue derivando hacia lo que hacía de aquel anciano encantador un ser excepcional, su trabajo en la robótica. El doctor había conseguido crear máquinas casi humanas. Tanto que el comité del Premio Nobel, más dado a conceder sus

favores a científicos envueltos en elucubraciones abstrusas, había cedido a una especie de clamor universal y abriendo un nuevo apartado en sus centenarios galardones, le concedió el primer Premio de Ciencias Aplicadas. No me pidan detalles íntimos de su trabajo porque no sé darlos. Todo lo que de aprovechable para el público profano se puede comunicar de la labor del doctor ya salió a las ondas en mi entrevista. Lo que hay más allá es pasto de colegas del doctor. Por supuesto, aquellos robots que llegaron a operar enfermos, que apagaron fuegos, que viajaron a Marte, que superaron a las maquinitas que los japoneses llevaban años fabricando, fueron más que merecida excusa para el galardón. Incluidos aquellos que se destruyeron unos a otros en el conocido suceso de Singapur, donde los robots de la policía y los mandados por unos terroristas se aniquilaron entre ellos ante el estupor de los testigos. Por cierto que este episodio fue el único que provocó una sombra de tristeza en su expresión cuando le hice alusión durante la famosa entrevista. Aquella tarde transcurría por senderos cordiales, regadas por el té primero, por un aperitivo después y concluida con una cena en su hogar, a la que fui invitado con un manifiesto deleite por la señora Friedenthal sin previa consulta a su marido. Volví a mi casa a las tres de la madrugada con el estómago bien saciado de unos platos primorosos, con mi mente borboteando de palabras, escenas, impresiones, sabores, olores, reflexiones. Una pena, me dije,

no poder sacarle más partido a ese personaje. Pero era consciente de que, una vez orillado el interés científico de aquel hombre, su atractivo residía en la cotidianidad de su trato, en la cordialidad que emanaba de sus gestos, de sus palabras. Parco material para un texto que se pretendía integrado por decenas de miles de caracteres y que debía atrapar al lector desde el primer momento. Adaptando los términos de aquel que dijo hace mucho tiempo que con buenas intenciones se hace mala literatura, sabía que con vidas normales no se hace buen periodismo. En todo caso, una relación de cierta amistad creció entre ambos, lo que me impulsó a frecuentar su casa y ser acogido siempre con una amabilidad extrema. Fui, poco a poco, conociendo a sus hijos y a algunos de sus nietos. Escribí el guión de un documental sobre el doctor partiendo de lo relevante periodísticamente. Poco antes de su muerte, tuve el honor de hablar con él. Hasta en este aspecto de su vida, fue una persona afortunada. Murió mientras dormía, inesperadamente, porque no padecía más achaques que los habituales en las personas mayores. Los médicos dieron su diagnóstico. Y se celebraron funerales por todo lo alto, hecho que a buen seguro lo hizo revolverse en su tumba, tan poco amigo era de los perifollos ceremoniales. Uno de los días posteriores a su fallecimiento, funerales y entierro, su esposa me llamó para que acudiera a su casa. Dijo que el doctor había dejado un sobre a mi nombre. La viuda, con un pañuelo en sus manos, me lo entregó

mientras me revelaba que había sido encargo del difunto reservarlo escondido hasta que muriera y que, luego, me lo diera. Ella estaba al corriente de todo el asunto. Lo percibí en el tono de sus palabras. Pasado un rato, me despedí reiterándole lo desolado que estaba por haber pedido a alguien que se había convertido en un buen amigo y asegurándole que seguiría visitando la casa donde tan buenos momentos había disfrutado. En mi coche, abatidas mi reservas, ansioso, abrí el sobre. Dentro había un recorte de la única revista que todavía se publica en papel. Era una pequeña noticia sobre un crimen que se había cometido algunos años antes y que nunca fue resuelto por la policía. Mientras volvía a casa, conduciendo, no cesaba de darle vueltas en mi cabeza a la razón que había detrás de aquel recorte dejado en herencia por mi sabio. Tomando una copa antes de irme a dormir vi la luz. Había un detalle que me orientó. E inmediatamente, recordé el contenido de una de las muchas conversaciones con Friedenthal. Sí, había sido una charla casi metafísica que me había dejado pensativo durante un tiempo hasta que la fuerza de la vida diaria la había desplazado a un rincón de mi memoria. Todo científico busca la perfección, habían sido sus palabras. Como todo el que ama su trabajo, pretende hacerlo de un modo perfecto. “Mi querido amigo” había dicho el sabio “¿cuál cree usted que es la perfección de un constructor de robots? Que se parezcan a los seres humanos hasta el punto de no poder ser

distinguidos unos de otros. ¿Y dónde radica lo más específico de lo humano? No es en lo mecánico, en el movimiento de las piernas, de los brazos. Ese aspecto es sumamente fácil de llevar a esa culminación que es nuestro objetivo. Tampoco es la razón. Hace mucho tiempo que el más simple artefacto cibernético no sólo se asemeja a lo humano, sino que lo supera con creces. Lo propio del hombre es la emoción. Ahí radica la mayor dificultad de quien en la robótica pretende crear el ser perfecto. ¿Cómo dotar de emociones, de sentimientos a una máquina? Pero voy más allá. Dentro de la complejidad de ese objetivo hay un grado más problemático. Es más fácil, llegados a este punto, dotar al robot de buenos sentimientos. La compasión, la empatía es sencilla, entre otras razones porque robot y ayuda son sinónimos. Auxilio a los humanos, apoyo son sus funciones. Es simple derivar de estas investigaciones la creación de un sentido de empatía y su subsiguiente actuación. Lo que le diré ahora, querido amigo, queda como secreto entre ambos. Lo conozco lo suficiente ya como para saber firmemente que su profesión de desvelador y narrador de historias interesantes nunca traicionará nuestra amistad. El reto es imbuirle el odio al robot. No me refiero a programarlo para que ponga una bomba. Eso es una minucia técnica a pesar de su crueldad. No, me refiero a que haga daño movido por la más destructiva de las emociones, el odio. ¿Cómo hacer que la labor del científico fuera sólo darle a conocer el odio y que el robot,

por propia iniciativa, decidiera sobre quién dirigirlo?" Aquí se detuvieron sus palabras. Me miró intensamente y dio por concluido el asunto. "No sigo. Probablemente, esté haciendo elucubraciones que me podrían conducir a la cárcel. Soy demasiado mayor para tales proezas. Y tengo una reputación que sostener delante del mundo y, especialmente, ante las personas que aprecio, una de las cuales es usted." Estaba claro, una vez recordada aquella conversación, el motivo de aquel recorte, el enigma de la falta de ulteriores explicaciones por su parte. Todo quedó claro para mí cuando reparé en el importantísimo detalle de que la víctima de aquel crimen nunca resuelto había sido el propietario de un taller de desguace.

**EPITAFIO DE MUJER HALLADO EN UN CEMENTERIO DE
CRETA**

Es triste ver el día sin tu voz,
oír cantar el alba sin tus ojos,
conocer el final irremediable.
Pero más duele saber fugitivo
tu rostro cada día en mi memoria.

LAS VIEJAS

Hubo mañanas en que la iglesia estaba llena de fieles. No había sólo viejas vestidas de negro, con la salmodia muda de sus lamentos urdidos entre las cuentas de sus rosarios y las hojas de sus misales. Aquella hora en que aún la alborada no ha hecho constar su resplandor nunca obstó en aquellos años pasados para la lealtad de los creyentes. Ni el frío del invierno, ni las nevadas ocasionales. Ni la lluvia que tanto frecuentaba las calles de la ciudad en enero y febrero. Imperceptiblemente, como crecen los niños y menguan los ancianos, el número de los asistentes fue perdiendo cifras y cuerpos. Los primeros en desvanecerse fueron los jóvenes. Luego, los hombres de mediana edad. Siguieron las mujeres maduras. En los últimos años, sólo el grupo de viejas resistía impenitente en la misa de siete de la mañana. Cuando la última falleció, el cura se encontró solo una mañana. Nadie había en el templo a las siete. El obispo, conocedor de la situación, le dio permiso para dejar de celebrar la liturgia, pero el sacerdote cada mañana entraba en el altar y ante un atrio vacío, cumplía con la misión a la que se había comprometido hacía más de cincuenta años. Llegó a sentir nostalgia de la presencia de aquellas viejas de ropa negra y alma oscura. Una última vieja que

asistió a la misa, con su vestido negro y su rostro ajado, se lo llevó consigo.

PÍLADES

Era su amigo más fiel. Lo había acompañado a lo largo de decenios en sus múltiples andanzas. Se había hundido en más de una ruina por ir a su lado sin poner jamás ninguna objeción. Lo llamaba Pílates, como el amigo discreto de Orestes. En las viejas tragedias griegas era un personaje mudo que aparecía en escena junto al hijo de Agamenón y Clitemnestra. Sólo era una estatua andante, una suerte de espectro al que el protagonista quería porque, conjeturamos, soportaba en silencio sus numerosas neuras. Nadie nunca escribió una línea para Pílates, del mismo modo que jamás él le preguntó ni consultó a la hora de embarcarse en las ocurrencias que le barrían el cerebro y a las que lo arrastraba sin consultar. Ni una palabra salió de la boca de ese moderno Pílates durante las largas temporadas de penuria después de negocios fallidos o durante las infaustas consecuencias que le solían traer los amoríos descontrolados del amigo. Tampoco salió una sílaba de su boca el día que le dijo adiós, harto de tanto soportar sin saber por qué a un cretino tan soberbio y creído de sí mismo, tan enamorado de sus propias palabras, tan incapaz de oír a nadie, que sólo había podido mantener a su lado a esa especie de Pílates contemporáneo.

Salió de la escena de su vida simplemente con un aguerrido corte de mangas, fiel como siempre a su amor por el silencio.

EL PREMIO

Tenemos un problema, un problema serio. Es increíble. Nunca había pasado antes. No conocemos antecedentes ni en nuestro caso ni en otros similares. Y pensar que el primer premio arrambla con doscientos mil euros descontados impuestos y el finalista recoge setenta y cinco mil. También descontados los impuestos. Y el jurado. Tan distinguido, tan selecto, tan prestigioso. La prensa, avisada. La gala, ultimada. La campaña publicitaria, contratada. Tantos años organizándose con todos sus extremos en regla. Tenemos un problema. A la convocatoria sólo se han presentado los dos originales. ¿Qué hacemos ahora?

NAUSÍCAA

Sí, éramos totalmente felices en Esqueria. Las cosechas eran abundantes, la pesca rebosaba. La caza brotaba entre los chaparros y los olivos, las encinas y los robles con la regularidad de las estaciones. El clima era bondadoso, con lluvias cuando era menester y sol cuando se precisaba. Noches plácidas, gentes serenas, gobernantes justos. Mi padre, especialmente. Alcínoo era también un padre para los feacios. Sus palabras sabían a concordia en el momento de la sentencia. Sus medidas se acogían con beneplácito entre los súbditos porque nunca desentonaban en el espíritu ansioso de calma que germinaba entre las gentes. Se vivía bien en la isla. Cuando apareció Odiseo en la playa, mi patria era un lago en reposo total. Y me estremecí. Fue el fogonazo que proporciona la visión certera de aquello que había sido esperado muchas veces y desesperado muchas más. Él sería quien iba depositar en su culmen el deseo que tanto había cercenado mi sueño en las noches con esa rabia tan abrumadora que corroía mi estómago. Puede ser que cayera enamorada de él. No era el amor lo que estaba en cuestión, sin embargo. Su pálida, entumecida desnudez, a pesar de sus intentos, despertó en mí el deseo. Su poder se traslucía en esos huesos que resaltaban tras una piel despojada de los aditamentos

propios de la vida en molicie. Había sufrido, se percibía claramente, pero sus ojos expelían fuerza, determinación, empuje. Odiseo sería la punta de lanza de mis planes. Los dioses, de manera imprevista, ponían cara, nombre, cuerpo a mis ensoñaciones de largas veladas. Me casaría con él. Odiseo sería el rey de Esqueria gracias a mí y los feacios le seguirían como le siguieron sus hombres a esa cacería interminable llamada sitio de Troya. Como le siguieron en aquel viaje de regreso del que ninguno se salvó. Nuestro pueblo bien nutrido, fuerte, abotagado por la suavidad de la vida fácil volvería a ser potente. Con Odiseo a la cabeza, el mar temería nuestras naves y los pueblos que lo circundan nos entregarían sus riquezas. Estuvo bien mientras duró aquella ensoñación. Odiseo se marchó, finalmente, y me dejó como antes. Me casaron, tuve hijos y durante muchos años regresé impenitente a aquella playa donde había aparecido desnudo el esposo de Penélope y donde, como la espuma del mar en calma al descansar en la playa, mis planes se disolvieron entre las arenas cristalinas de la feliz Esqueria.

AGRADECIMIENTO

Viernes por la mañana. Eso significa supermercado. Significa lista de la compra, coche, atasco, aparcamiento en subterráneo y largas líneas de estanterías donde seleccionar lo que siempre se compra. Viernes es sinónimo de cola para pagar y cajera joven con sonrisa forzada, un día; otro día, empleada madura sin sonrisa. Ni forzada, ni sin forzar. Viernes por la mañana significa regresar a casa con los congelados y esperar a que por la tarde traigan el envío. Eso quiere decir una hora y media de organización. Una familia de marido y dos hijos, una casa de dos plantas con sótano en un barrio dormitorio de las afueras y un perro pastor alemán requieren esas labores. A la tarde, cuando todo haya pasado, habrá espacio para un rato de televisión, de relajación, de descanso en un día ajetreado. Y tan semejante a todos como todos los viernes de los últimos veinte y cuatro años. Este viernes por la mañana ha vuelto a suceder. Quizá el atasco era menos espeso. Lo que no ha obedecido a la costumbre es que ante la estantería de las cajas de leche aquel desconocido se le ha acercado. Iba bien vestido. Una gorra marcaba cierto punto de disonancia. Porque no era invierno, porque en el supermercado hacía algo de calor y porque debajo se percibía claramente que no había rastro de cabello. “Luisa” ha dicho el hombre. Edad

indefinida. Tal vez porque su rostro maltratado hacía impredecibles sus años. Luisa lo ha mirado y ha arqueado las cejas. Sin palabras. “Soy Andrés. Andrés Salas. Agosto de 1981, Galicia, Miño”. Luisa con sus manos prendidas a la barra del carrito no ha apartado su mirada de la mirada del extraño. No tan extraño ya después de abismarse en el fondo de sus recuerdos y alzar penosamente la memoria de unos acontecimientos recónditos bajo el pesar de los años. Sí. Pero, es él realmente aquel Andresito. Pobre, qué aspecto tiene. Luisa no sabe qué quiere aquel perdido amor de su primera juventud, típica pasión de un verano, de previsible naufragio tras algunas cartas en septiembre y unas nunca repetidas vacaciones en Miño. Andresito Salas. No fueron sus primeros besos, pero sí el primer estallido en plenitud de sus cuerpos. De los dos. “Perdona que te aborde aquí. Te he buscado y seguido durante mucho tiempo sin atreverme a decirte nada. Y mira que ha sido aquí donde me he armado de valor. No te molesto. Perdona, pero no podía dejar de hacerlo. Sólo quiero decirte una cosa y me voy. Y te dejo. Sólo esto: gracias por aquel momento.” Andrés Salas le sonrió, bajó la cabeza, se dio la vuelta y se alejó dando torpes pasitos con la muleta.

EL TRAJE

Los veía pasar a diario desde el cuartucho. Rodeado de escobas, fregonas, cubos y mujeres que lo miraban entre resentidas y burlonas, los contemplaba con sus maletines, sus trajes, sus corbatas. Eran los ejecutivos. Tan impecablemente vestidos todos los días de las semana, todos los meses y los años. Y él con su ropa de faena, limpiando todo el día y muchas tardes. Y muchas noches, cuando el turno se le cruzaba en la vida. Le gustaban aquellos trajes. No envidiaba el trabajo, ni los sueldos, ni las tarjetas de crédito, ni las amantes y los coches. Suspiraba por los trajes tan bien cortados. Aunque fueran de El Corte Inglés. Como la vida no es tan cruel, su íntimo amigo Aurelio, manipulado por la sabia mano del azar, le advirtió que para ser su testigo debía ir de traje al juzgado. Y él accedió de mil amores, contento de haber hallado una excusa para hacerse con uno de esas ropas que tanto admiraba. Arrimando sus eurillos pudo comprarse uno y ataviado de tal guisa se dirigió aquel miércoles al juzgado para asistir a la boda de su íntimo amigo Aurelio. Con cuánta amabilidad su jefa le había permitido el cambio de turno para poder contar con el día libre. Con cuánto gozo había seleccionado de la lista de bodas su regalo para la pareja. Nada iba a importar que aquel día hubiera convocada una huelga general por

los sindicatos. Los funcionarios no la secundaban. En los juzgados, se trabajaría. ¿Transporte? Nada. Ningún problema. Se sale antes y asunto resuelto. Para completar el disfrute de la mañana, decidió pasarse por la puerta del edificio donde trabajaba. ¿Ganas de disimular una posición de la que no gozaba? Vale. ¿Qué más daba? Alguien pensaría que era un ejecutivo. Delante de la puerta se tropezó con un piquete. Cualquier transeúnte hubiera advertido que su grado de enojo era muy elevado. Estaban cabreados. Muy cabreados. Cabreadísimos. Cuando lo vieron acercarse al edificio, fueron por él. Y entre gritos de “¡Esquirol, capitalista, explotador, facha!”, lo apalearon y le rompieron su traje nuevo, tan flamante. Imprevisiblemente, la alegría de los días precedentes había impedido al empleado de la limpieza leer aquella circular informativa de la dirección que advertía a los ejecutivos. El día de la huelga general no debían acudir al trabajo vestidos con trajes y corbatas. Por si las moscas.

**EPITAFIO DE CARITÓN, HIJO DE CÉFALO,
MUERTO DE AMOR POR EUCLEA**

Cae la lluvia mientras agonizo.
Besan sus gotas mis labios inmóviles.
Este consuelo le otorga la diosa
a quien buscando amor halló la muerte.

LAS OTRAS

Hay cosas que siempre les pasan a las otras. Les toca la lotería o reciben una herencia inesperada de un familiar cuyo rastro se enredaba ignorado entre el follaje del árbol genealógico. A otras, penosamente, se les muere un hijo o tropiezan con un superdotado al que le filman documentales. Hay algunas que dan con maridos maravillosos junto a los cuales pasan toda la vida sin que el amor sufra más que las curvas de unas amables metamorfosis propiciadas por el tiempo; como existe quienes padecen infidelidades de maridos que se estiman tan despiertos en asuntos de mujeres como para estar convencidos de que la legítima lo ignora todo. De todas estas cosas hablamos cuando nos reunimos en la cafetería “El Plantel” para tomar nuestras meriendas cada martes y cada viernes. Comentamos su suerte o su desgracia y siempre regresamos a casa pensando que hay cosas que siempre les suceden a las otras. Hasta que un día aquello que siempre comentamos de mujeres distintas a nosotras, recae con su peso sobre nuestras vidas. Sobre mi vida. Y pasas a ser integrante de ese grupo que mirabas como ajeno, sin saber cómo encajar en tus días ese cambio de posición. Y te preguntas cómo ha sido posible que mientras desenredabas con ellas las peripecias de esas otras, tú no hayas caído en la cuenta de

que estabas también en la línea de flotación, allí donde una grieta imperceptible puede llevar a pique la nave más sólida. Tu marido tiene cincuenta y seis años, una deliciosa melena cana. No le adorna el abdomen grasas superfluas y con sus trajes llama la atención. Ama el deporte y lo practica sin pausa. Gana doscientos mil euros al año, tiene chalet en Gandía y piso de trescientos metros cuadrados en el barrio de Salamanca. Es ejecutivo de una multinacional. Tiene una esposa de su misma edad con treinta años de convivencia sobre la espalda y dos hijos mayores que viven en el extranjero con prometedoras carreras profesionales. Y tiene una amante de veintidós años. Esta mañana me preguntaba delante del espejo cómo fui tan ilusa de creer que, cuando hablaba de las otras, yo no era una de ellas.

NIÁGARA

*Não queiras, Lídia, edificar no 'spaço
que figuras futuro, ou prometer-te
amanhã. Cumpre-te hoje não esperando.
Tu mesma és tua vida.
Não te destines, que não és futura.
Quem sabe se, entre a taça que esvazias,
e ela de novo enchida, não te a sorte
interpõe o abismo?*

No quieras, Lidia, edificar en el espacio
que figuras futuro, o prometerte
mañana. Cúmplete hoy no esperando.
Tú misma eres tu vida.
No te destines, que no eres futura.
¿Quién sabe si, entre la copa que vacías,
y ella de nuevo llena, la suerte no te
interpone el abismo?

Trad. de Ángel Campos Pámpano
Fernando Pessoa, *Odas de Ricardo Reis*,
Pre-Textos, Valencia, 1995, pág. 42-43.

Nunca me gustó la literatura. Más que cualquier otro género, me resultaba inalcanzable e incomprensible la poesía. Soy hombre de certezas, de simetrías, de regularidades. De las artes, sólo la arquitectura y la música me pueden llegar a conmover, porque detrás de la forma que percibimos por los sentidos hay una estructura matemática que hace posible erigir edificios, ya sean de piedra, madera o ladrillo, ya sean de sonidos. Es lógico que olvidara entonces el nombre de aquel poeta. Mi esposa me leyó algunos de sus versos la víspera de mi viaje a Estados Unidos, aunque esa

aparente indiferencia ante el recitado ocultaba un casi imperceptible e íntimo arañazo. A la luz de las lámparas de nuestras mesillas de noche, comentábamos el inminente vuelo hacia Nueva York. Otro más de los muchos viajes que mi trabajo me forzaba a realizar. Soy ingeniero en el departamento de investigación y desarrollo de una multinacional. Aquella noche me apetecía la posibilidad de abandonar este trasiego de aviones, hoteles y reuniones de trabajo. Estaba cansado. Necesitaba, aunque fuera sólo por una temporada, disponer de una jornada laboral que me permitiera cenar todas las noches junto a ella y mis hijos. Enlazando con mis remotos deseos salió a relucir uno que siempre me había cautivado: atravesar el Atlántico en barco. Nada de navegante solitario, ni en navío particular. Nada de semejantes locuras. Simplemente, deseaba recorrer sin prisas esta ruta que tantas veces he cubierto en avión, pegado al reloj, temiendo el cambio de horario y sus secuelas, con la ansiedad de querer alcanzar el máximo de mis capacidades profesionales en el menor tiempo posible. Deseaba viajar sin tensión, sin angustia, al mismo escenario que en numerosas ocasiones me había provocado aceleraciones agotadoras. Era un proyecto que, a tenor de como marchaban mis asuntos laborales, lo veía relegado casi a mi jubilación. Se me antojaba que un requisito imprescindible para su pleno cumplimiento era la certeza de que sería la última vez que atravesaría el océano. Lo imaginaba como

una especie de reconciliación conmigo mismo y con mi vida. El poema del portugués, leído en su lengua original por Marta y luego traducido, no me afectó en aquel momento. Por ser mujer y por ser profesora de literatura tiene más sensibilidad. Y con ese poema quiso presionarme sutilmente, y tal vez sin muchas esperanzas de lograrlo por aquella impotencia mía ante el goce literario, para acelerar una petición a la empresa, la de mi cambio de departamento, aunque fuera provisionalmente. Al día siguiente, subí al avión y me instalé en mi asiento, resignado ante el denso número de horas que me aguardaba. A mi lado se sentó ella. Luego supe que tenía veintidós años. No era llamativamente hermosa, pero su juventud, sus facciones, sus gestos me provocaron un ligero desasosiego. Su mirar melancólico y la manera casi infantil con que se aferraba a su bolso de mano acabaron de atraerme. No soy mujeriego. Nunca he sido infiel a mi mujer, aunque oportunidades he tenido. Cuando mis colegas terminaban las reuniones de trabajo, había, con cierta frecuencia, quien intentaba animarme a acabar la noche con mujeres. Siempre rechacé la oferta. No por ningún sentido del deber conyugal. Simplemente, jamás me ha apetecido tanto como para ponerme a mí mismo en una situación incómoda con relación a Marta. Cenaba, tomaba una copa testimonial y, cuando llegaba el momento del alterne, me iba a mi hotel. Esta confianza en mi propia fidelidad hizo que la inquietud no me

desbordara ante la atracción que la muchacha ejercía sobre mí. Tan sólo me desconcertaba que el poema de la noche anterior retumbara insistente en mi cerebro. La larguísima travesía del Atlántico facilitó, como era obvio, que la conversación prendiera entre nosotros. No soy muy hablador. No me cierro a la charla con los compañeros fortuitos de viaje, pero tampoco me apetece estar colgado de un diálogo todo el camino. Prefiero dormir, leer, ver algo la televisión, preparar el trabajo y otras cosas. Si coincido con alguien ameno, cedo a la relación coyuntural; si no, me recojo sobre mí mismo y me aísló hasta el aterrizaje. Pero con ella fue distinto. Estuvimos charlando durante todo el vuelo. Juntos comimos y juntos nos levantábamos para estirar las piernas. Poco a poco fueron encendiéndose en mí sensaciones hacía mucho tiempo perdidas y un pellizco en el estómago me alertó de un inusitado peligro. Si me atraía su aspecto, la historia que guardaba terminó por seducirme. Había terminado de estudiar magisterio. Pensaba buscar un puesto de trabajo a partir del próximo otoño, fuera donde fuera. En principio, su vida era la normal de una chica normal. Tenía cuatro hermanos y en su casa siempre hubo una tía soltera. Su madre había muerto hacía un par de meses. Le siguió pronto su padre y yo achacaba la tristeza de su cara a la reacción ante la pérdida sucesiva y reciente de ambos. Algo de este sufrimiento había. Pero su pena se incrementaba por otra razón, más dolorosa aún, en la que incidía

especialmente la veneración que sentía por su padre: "Lo único que hizo mi padre durante toda la vida hasta poco antes de su muerte, fue trabajar, dejarse la piel por la familia". Sus palabras se esparcían con serenidad y me apresaban sin solución. "Era maestro" continuó. "En casa nunca faltó nada esencial, pero sentíamos las estrecheces. Éramos demasiados para un solo sueldo. Trabajaba durante todo el día en dos colegios y dando clases particulares. No descansaba ni en verano. Mi padre y mi madre tuvieron una vida muy dura. Su única dedicación fue, prácticamente, sacarnos adelante". La historia que me contaba no tenía apenas disonancias con la que siempre han protagonizado innumerables personas en el mundo. Todos hemos sido testigos directos o indirectos de las dificultades que ha sufrido mucha gente para salir adelante en la vida. Nada conmovedor había en ese relato, salvo en su parte final: "Yo era la favorita de mi padre, ¿sabe?" aún guardábamos la fórmula de respeto en el tratamiento; enseguida caería de nuestros labios "y antes de morir me encargó un trabajo. Siempre había tenido una ilusión, un proyecto que, desgraciadamente, nunca llevó a cabo: ver las cataratas del Niágara. No me pregunte de dónde le vino esa ocurrencia, ni por qué precisamente esas cataratas entre las miles de cosas que hay en la tierra. Era su ilusión y no la pudo ver realizada. No hay más. Pero me encargó que yo las viera por él. Casi fue un ruego. Esperaba la jubilación para volar a Estados Unidos, pero tuvo que retrasarla lo

más posible porque su pensión no daba para mantenemos a los que todavía vivíamos en casa. Poco a poco mis hermanos fueron haciendo su vida y fueron marchándose. Cuando parecía que iba a ver sus cataratas, mi madre cayó enferma. Estuvo a su lado sin descanso hasta que murió. Y todos sabemos que al morir ella, sus ganas de vivir se murieron también. Se fue consumiendo rápidamente y en poco tiempo tuvimos dos entierros en la familia". Contaba sus desgracias con parsimonia y seguridad. Aunque sus ojos brillaron en alguna ocasión, las lágrimas no se asomaron al borde de sus párpados y mantuvo una compostura que me asombró. La compasión que sentía se iba transformando en una admiración realzada por su juventud. "Podría haber esperado" continuó "para realizar este viaje. Me dicen que tengo la vida por delante. Pero logré reunir el dinero recaudándolo entre toda la familia y me compré el billete lo más pronto que pude. Voy sólo a ver las cataratas, a mirar un momento el agua y a empaparme de sus sonidos. Y me volveré. No me gustaría tener que esperar a mi jubilación para saldar esta cuenta con mi padre". Cuando el avión tomó tierra en Nueva York, la ayudé a recoger su escaso equipaje. Consistía en una maleta pequeña y su bolso de mano. Nada más. Tomamos un mismo taxi y la dejé en su hotel. Al día siguiente subiría a otro avión rumbo a su destino. No se iba a entretener conociendo la ciudad durante aquella escala obligada, ni

disfrutándola siquiera un poco. Viajaba sola porque deseaba evitarle gastos a su familia, pero también para que nadie la tentara y convirtiera su peregrinación en algo placentero. Nos despedimos dándonos la mano. A estas alturas, también ella estaba al tanto de las circunstancias de mi vida. Aquella noche no dormí bien. Tuve pesadillas, unos sueños recurrentes. La angustia provocada por el cambio de horario y por mi trabajo se mezclaba con las palabras del poeta y la agonía del padre de la muchacha. Por unos momentos creí sentir en el sudor que empapaba mi frente, la humedad del Niágara. En el centro de todo este entramado de confusiones, cuatro figuritas salían y entraban del escenario: mi mujer, mis dos hijas y ella. Sabía cuándo iba a presentarse en los miradores y la barandilla exacta. Sabía que nunca había fallado a mi empresa ni a los míos. Sabía que me perdonarían mis colegas americanos si por una vez en muchos años les pedía tiempo para hacer un pequeño encargo. Sabía que debería buscar una excusa para que Marta no sospechara de unos movimientos tan inusuales y de los que, tal vez, se enteraría. Temía que mi conciencia se estuviese preparando para someterme durante no sé cuánto tiempo, quizá toda la vida, a su pasión favorita. Pero yo iba a estar a su lado cuando mi muchacha, mi decidida muchachita, cumpliera con su misión. Sólo eso. No pretendía más. Ésa era la coartada y la íntima justificación con las que salí en su búsqueda. La encontré a la hora y en lugar que se

había fijado a sí misma. Me acerqué por su espalda. Se volvió. También sabía ella que acudiría a su lado. No había apenas turistas y, en todo caso, la intimidad del gesto que llevaba a cabo era tan profunda que incluso en medio de una turbamulta de visitantes, ella y yo nos hubiéramos sentido los únicos habitantes del planeta. Iba vestida igual que durante el viaje, dispuesta a regresar inmediatamente. En ese instante, sólo quería abrazarla y besarla después de su silencio ante el estruendo de las cataratas. Me decía a mí mismo que no deseaba más. Me lo repetía una y otra vez. Con la mano libre me cogió del brazo y me acercó a su lado. Ambos rozamos la barandilla. Su otra mano agarraba una pequeña arca de madera. ¡Dios! Sólo deseaba abrazarla y besarla. Nada más. Sólo eso. Me miró con unos ojos en los que se leía la más intensa determinación con la que pueda contar un ser humano. Me soltó y abrió la caja. Mi único deseo era contemplar su cara, sus gestos. "Mira, papá" le dijo a la caja abierta "las cataratas del Niágara". Sorprendido por esas palabras, bajé mi vista a la caja y vi en su interior un montón de cenizas. Aquel verano hicimos mis hijas, mi mujer y yo la travesía del océano a bordo de un trasatlántico y en compañía de algunos libros de versos.

ENEAS

Lo he visto llorando. Aunque era de noche, el cielo resplandecía con la luna llena y en el suelo una hoguera iluminaba su rostro rozándole con amarillos y azules. Sus lágrimas caían cautelosas, como si temieran salir de sus ojos y, una vez fuera, tuvieran miedo de hallar su final allí donde termina su mentón firme. Habrá quien crea que no es propio de un caudillo dejarse arrastrar por el sentimiento hasta el punto de verlo convertido en llanto. Pero nada hay que reprochar. A pesar del capricho de los dioses, sé que hará todo lo posible para llevarnos a orillas donde intentaremos vernos a salvo del desastre. Allí quizá se nos permita encontrar la libertad que esos mismos dioses nos arrebataron cuando los aqueos sumieron la patria troyana en el abismo del fuego y la muerte. Me estremecí de compasión cuando le oí rogar a su madre Venus que lo dispensara del viaje. Sólo aspiraba a vivir en paz al frente de unos rebaños y unas tierras, junto a una esposa leal y silenciosa, al lado de muchos hijos. Esa patria deseaba, ese trono, esos ejércitos y riquezas, nada más, antes de que en medio de la calma le llegara el fin de sus días. Le oí decir que había padecido bastantes adversidades en su vida, que había conocido el dolor más allá de lo soportable, como todos nosotros. Pero bien sé que se

resignará ante lo imposible de sus deseos y aceptará el destino que los dioses han decretado. Zarparemos con el sabor de la ceniza todavía aferrado a nuestras gargantas en busca de una nueva patria. Y, si los dioses nos permiten un respiro, logrará llevar a cabo hechos que alguien algún día considerará dignos de una epopeya.

CRÍMENES

El caso estaba resuelto. Había sido el más extraño que el inspector Funes había recibido en sus más de veinte años de experiencia como policía. De hecho, se había deshilvanado solo por su propio camino. El regusto a obra inacabada le amargaba el paladar de su honra profesional. No era coherente ese estado de cosas con su reputación de persona estricta, concienzuda y seria en su trabajo. La cuestión era, sin embargo, que no había otra respuesta más que aquella con la que se tropezó inesperadamente. Todo había comenzado hacía un año. En el dormitorio de su apartamento había aparecido asesinado un escritor mediocre de novelas con trama pseudohistórica y pseudopoliciaca; una de esas tan de moda en las que extrañas conjuras esotéricas se mezclaban con lo religioso, lo histórico y lo criminal, todo revuelto y agitado en dosis justas gracias a la destreza adquirida en una escuela provinciana de letras subvencionada por un ayuntamiento despilfarrador. El finado había resultado ser un personajillo de baja estofa literaria que se ganaba unos buenos cuartos imitando esa clase de libros. Había recibido en su cuerpo ciertas delicadezas que copiaban las que el muerto había imaginado en uno de sus personajes. El caso tenía sus pistas claras, aunque podía volverse engorroso. Claramente, el asesino era un

fanático de esa clase de literatura en cuya personalidad se entreveraban matices sádicos y desequilibrados. El inspector Funes se dedicó a la investigación como siempre. Pero las pistas no conducían a ninguna parte. No había manera de saber cómo había entrado el autor de los hechos en la casa. Atareado se hallaba en este trabajo cuando recibió noticia de que en Bélgica había tenido lugar un crimen similar. Idéntico tipo de escritor, idénticas obras, idéntico escenario y características delictivas. Todo hacía indicar que se podía tratar del mismo asesino. Demostraba, además de su habilidad en colarse dentro de los domicilios de forma imperceptible para el morador y para la policía, la cualidad de haberse leído con detenimiento los libros de los autores a los que posteriormente despenaba. La forma de morir de las víctimas siempre reflejaba la de alguno de los personajes de sus novelas. El inspector Funes, apartando por un instante el prurito profesional, se consoló pensando que había ya más mentes metidas en faena. Tampoco avanzaban, sin embargo, las pesquisas de la policía belga, cuando se enteró de que en Canadá había vuelto a suceder un caso idéntico. Era evidente que el asesino se movía con soltura por el mundo y que los escritores de best sellers proliferaban en el globo como los champiñones en medio del estiércol, la humedad y las sombras. Dos autores más aparecieron en los meses siguientes ultimados en sendas casas. Uno fue hallado en una mansión situada

en Australia y el otro en un pueblecito de los Alpes italianos. Ahora había involucradas en el tema las policías de cinco países. El despacho de Funes comenzó a llenarse de comunicados en inglés donde se intentaban cruzar los datos y hacer partícipes a los colegas de los avances en el intento de desvelar quién era el hábil asesino. Con todo, el tiempo iba pasando y nada se adelantaba. Nunca había huellas y nunca había modo de saber cómo había entrado en la casa el autor de los hechos. No obstante, lo peor que en los años posteriores recordó de aquella experiencia no fueron las escenas truculentas que se le describían en los informes de sus compañeros del extranjero, ni la impotencia que sentía cada vez que se topaba con los mismos obstáculos, ni las miradas de contenido regocijo que sus enemigos en la comisaría le regalaban al cruzarse con ellos en los pasillos o en la cafetería. No, lo peor fue tener que embaularse sin contemplaciones las infames excrecencias emanadas de las mentes codiciosas de aquellos escritorzuelos. No menos de diez noveluchas pasaron por sus ojos y su mente a lo largo de los años que iban incrementando el plazo durante el que se empantanaba cada vez más el caso. Con la práctica de su inglés se consolaba, ya que la mayoría de los libros no habían sido traducidos al español. Pero, a pesar de todo, se convertía en una tarea bastante ingrata. Y es que Funes podía soportar ver colgando las tripas de un tipo en un matadero industrial o una cabeza ensartada en una farola mientras

el resto del organismo de la víctima adornaba unos buenos metros cuadrados de superficie en torno al poste luminoso. Pero leer *La cripta de los Cruzados* o *El enigma templario* de la Gioconda o *La Última Cena del Gran Maestro* le trepanaba de mala manera sus meninges avezadas en mil y un avatares policíacos, pero no literarios. Tampoco es que Funes fuera muy dado a los libros y hubiera agradecido algo mejor para esa inmersión violenta en el mundo del papel impreso en formato diferente al de los diarios deportivos. Afortunadamente, el caso estaba resuelto. Al fin. Pero no podía saborear la victoria, su personal triunfo ante unos competidores fuertes como eran las policías de medio mundo entre las cuales se hallaban las mejor dotadas de recursos. El inspector sabía quién asesinó a los novelistas. "Sabía", no "había descubierto". No le dolía en exceso que la clave del misterio le hubiera sido revelada por su propio inventor. Lo importante, y lo doloroso, es que conocía al autor. El ser en cuestión se le había aparecido una noche en su caótico apartamento de divorciado a las once y cuarto de la noche en medio de una película basada en alguna de esas novelas intragables a las que Funes asistía no ya por masoquismo, sino por haberse quedado dormido a la primera aparición de los títulos de crédito. Alguien le había tocado con delicadeza no exenta de insistencia su hombro. Sobresaltado, el inspector había botado en el sofá. Enfrente tenía a un hombre ataviado con jubón, calzas,

borceguíes y sombrero del que brotaba con donaire una pluma de vivo color. Las barbas blancas rizaban sus mejillas y su mentón, una melena cana sobresalía desde el sombrero y una malévola sonrisa iluminaba aquellos ojos vivos y aquella nariz como rota que brotaba semejante a una escueta cadena montañosa en medio de su rostro. Le resultaba conocida aquella cara y pronto creyó saber de quién se trataba. El ser, ataviado como para una obra de teatro, comenzó a hablarle. Lo tranquilizó, le dio cuenta de cómo había podido entrar en su casa y le explicó, con ese acento tan particular, las razones de sus actos delictivos. La primera incredulidad, adobada de un pánico que Funes nunca había experimentado antes debido a su proverbial arrojo, fue despejada con pruebas evidentes del carácter sobrenatural del asesino. Al final, después de tanto tiempo, el caso estaba resuelto. Un saborcillo agridulce le llenaba el paladar de su honrilla. Pero ¿cómo iba a decirle a sus superiores, a sus colegas extranjeros, a la prensa y a la sociedad que el asesino de todos aquellos emborronadores de páginas era el mismísimo Leonardo da Vinci, el cabreado Leonardo da Vinci, el asendereado por doquier en novelas y noveluchas Leonardo da Vinci, el hartado hasta las narices Leonardo da Vinci?

CASANDRA

Claro que lo amé. Apuré su cuerpo hasta el último confín y susurré su nombre hasta el último estertor. Nunca lo rechacé. Nunca huí y él nunca se enojó. No tengo razones para decir que si cedí a sus ansias fue porque no se abría ante mi futuro otro camino. Que también es cierto. Pero la realidad yacía entre la hierba sometida a nuestros cuerpos. Lo acepté con placer y gocé porque a pocas mortales les es concedido apurar la jarra de la vida hasta el punto en que lo extrema el vigor de un dios. Luego, en el momento de la despedida me regaló el don de la adivinación. Y yo no lo admití. No había sacrificado nada ante su acometida y, por contra, él me había elevado hasta la cumbre más alta para una mortal. No necesitaba recompensa ni premio. Con nada había que corresponder. Y marché feliz a Troya, dudando si hacer partícipe de mi experiencia a alguien o guardármela como un cofre de joyas en la hondura de mi memoria. Nada dije, salvo augurar que el futuro sería nefasto. No fue ningún don divino el que me inspiró aquellas palabras y aquellos pensamientos. Fueron las simples advertencias de una razón que se negaba a aceptar en el palacio la presencia de una adúltera. Por muy hermosa, por muy amada de tu hermano que fuera, ese Paris al que adorabas. Helena no sólo era adúltera, sino

también traidora. Su gesto nos convertía en una nación deshonrada. En adelante, nadie confiaría en nuestros embajadores cuando desembarcaran en los puertos en busca de alianzas o de tratados. No habría rey que convidara a banquetes sin antes encerrar a sus esposas, de poner sus doncellas a buen recaudo. Aquello no estuvo bien y los dioses acabarían por castigar tamaña violación de la ley que exige la acogida al extranjero. Así fue. Mis compatriotas me llamaron mal cuervo que anuncia desgracias. Resentida por no encontrar marido, me llamaron otros a escondidas, en conciliábulos donde se bebía y comía a la salud de la bella espartana. Como si encontrar algún hombre que alcanzara al dios fuera tarea posible. Así fue, como preví. Troya ardió, sus habitantes murieron o fueron convertidos en esclavos. A mí me tocó Agamenón y su muerte. Me dio igual todo. En el postrer momento de mi vida, todo fue dado por bueno ante el recuerdo del rostro gozoso de mi dios.

LA DIOSA

La vieja y querida mitología griega es un baúl sin fondo. Hay miles de historias de toda índole cada una de las cuales, a su vez, presenta numerosas variaciones. El cuadro final nos revela un entramado indomeñable donde se despliegan todas las facetas de lo humano. Y digo "lo humano" porque los antiguos dioses no eran sino un trasunto, sublimado en su potencia, de los hombres. Era de prever, pues, que en ese universo, poblado de las innumerables constelaciones de leyendas, alguna quedara en el olvido, que alguna acabara por desaparecer entre tanto personaje y tanta peripecia. Tan cuidadosos eran nuestros antepasados helénicos en eso de mostrar consideración a aquellos mitos escapados de su afán memorialista, que erigieron en el ágora de Atenas un famoso monumento en honor del dios desconocido, como sabemos por Pablo de Tarso. Entre esas leyendas desconocidas figura la descubierta por investigadores de la Universidad de Pochester, en su Departamento de Lenguas Remotas. Se trata de un papiro hallado en una tumba fechada por aquellos tiempos del Egipto helenístico. Un sujeto cuyo nombre no ha llegado a poder identificarse, se hizo enterrar con un rollo en el cual se contaba una historia que hasta ahora era ignorada por los eruditos y por los interesados en general. Científicos del

Archaeological Research & Drinking Centre de la mencionada institución académica lograron tras un arduo trabajo reconstruir las partes recuperables del papiro y entregaron a los filólogos un texto legible que pudieron traducir e interpretar. Relata ese mito perdido, y ahora felizmente recuperado, un episodio frecuente en las leyendas de la antigüedad. Es una variante sobre el motivo del encuentro amoroso entre una divinidad y un mortal. Tenemos numerosos antecedentes, empezando por el más promiscuo de los dioses olímpicos, nuestro inefable Zeus. En el caso del papiro hallado en Egipto, el protagonista de la historia se llama Acríbope. Era la parte mortal. La parte divina venía representada en esta ocasión nada más y nada menos que por la diosa entre las diosas, la más bella y seductora, la ebúrnea Afrodita. Un día, mientras daba uno de sus garbeos por el mundo a la busca de unos brazos en los que desfogar sus inextinguibles ardores, la diosa halló a Acríbope bañándose en un río. Era un joven hermoso en la plenitud de sus encantos. Un ojo tan experto en esas lides no dejó escapar la oportunidad de acercarse y observar en detalle la belleza del muchacho. Sabiendo que los dioses deben ser cuidadosos en el momento de tomar contacto con los humanos, la diosa adoptó la forma de una joven que, seductoramente, se le acercó y entabló conversación. Satisfizo plenamente a Afrodita también el verbo del joven y decidió darse a conocer en todo su esplendor. Por supuesto,

Acríbope cayó inmediatamente en sus brazos, algo temeroso, todo hay que decirlo, porque sabía que esas mezclas no suelen terminar bien para la parte más débil. Pero pensar en que con un poco de suerte, una vez pasado todo, podría vanagloriarse de su hazaña en la taberna, le hizo obviar todas las reservas. Afrodita quedó plenamente colmada después de catar al recién adquirido amante y decidió llevárselo a una morada secreta donde gustaba de recluir a sus enamorados durante el tiempo en que le apeteciera gozar de ellos. Pensado y hecho, que no "dicho y hecho", ya que los inmortales no tienen que dar cuenta de nada a nadie, estaría bueno. El caso es que Afrodita depositó en su carro llevado de gorriones a su amado Acríbope y fueron a una cueva emplazada en una de las laderas del Olimpo. Una vez en el lugar del encuentro amoroso, se entregaron varias veces al éxtasis, tarea en la que el muchacho cumplió con creces, dada su robustez, su juventud y las abundantes sopas de tocino que su madre le había proporcionado desde su primera infancia. Llegó la noche, salieron las estrellas. No la luna, porque era luna nueva. Ambos quedaron dormidos. Fue una deferencia de la diosa hacia su amante, con la intención de darle tiempo para recuperarse y comenzar al alba de nuevo el trabajo para el que lo había reservado. También durmió, pues, la diosa. Unas ninfas aparecidas de improviso le habían desmontado su delicado moño, alisado su pelo, limpiado su rostro de afeites y sustituido el

peplo por un camisón transparente de primoroso lino. Se abrazó a su querido joven y se dejó llevar también ella por el sopor. Cuando el sol comenzó a salir y la aurora de rosados dedos anunció con la serenidad que la caracteriza su presencia, los amantes empezaron a despertarse. Primero fue la diosa, que se incorporó ligeramente para mirar con arrobó a su nuevo amante; luego, lentamente, Acríbope. Conforme sus ojos fueron abriéndose, iba descubriendo a una mujer extasiada que lo contemplaba con ojos legañosos, el pelo revuelto, el aliento un tanto fétido y el rostro arrugado y opaco. El relato continúa afirmando que el doncel sólo pudo expresar con una palabra la sensación que le inundaba. "¡Carajo!" exclamó en griego antiguo. Y su rostro de asombro y desagrado fue tan patente que la diosa, percatada del desprecio que le hacía, decidió sobre la marcha privarle de sus partes pudendas y despedazarlo posteriormente para dar sus trozos a los perros. De este modo se cumplió lo que se teme: cuando los dioses se cruzan con los mortales, éstos salen perdiendo casi siempre.

EPITAFIO DE UN NIÑO

Tu cuerpo sin vida
sin vida deja nuestros cuerpos frágiles.

Tu alma en el Hades
en un Hades convierte nuestras almas.

Celosos son los dioses con el tiempo
si camina por él la dicha ajena.

EN EL VALLE DEL NEANDER

Siempre se pensó que el encuentro sería desastroso. Ciudades humeantes, ejércitos incinerados, mares en ebullición, bosques en llamaradas. No fue así. Se presentaron pacíficos y en calma. Todo su interés desde el primer momento fue que no nos angustiáramos, que no experimentáramos el contacto con temor. Y lo lograron. Tras el primer impacto en nuestras emociones, que nadie ni nada hubiera podido evitar, la convivencia se inició como ellos la habían planeado. Las naves que descendían del cielo llenas de gente acabaron siendo recibidas con afabilidad en nuestras caras y corazones abiertos en nuestros pechos. Su llegada a nuestro planeta tampoco nos ofreció la visión de seres tan repugnantes como algunos sospechaban. Algo que contribuyó grandemente a diluir el rechazo. Eran y son como nosotros. Más blancos en su piel, con rostros más afilados, cabezas algo más anchas, sin pelo ni vello, con la delgadez como seña racial y ojos afilados. Pero sus brazos acogedores, sus bocas con la permanente caricia de una sonrisa y sus palabras, tan serenas, tan diáfanas en todas las pronunciaciones de las miles de lenguas humanas, liquidaron sin contemplaciones las voces de quienes auguraban el apocalipsis de la especie a manos de despiadados alenígenas con piel de cordero sideral. No influyó poco

que con su presencia se erradicaran azotes como el cáncer o las infecciones víricas, que trajeran consigo el secreto de la fusión nuclear y el dominio de la física cuántica, que logaran para nosotros una plenitud material sin que la naturaleza sufriese el menor perjuicio, que alargaran nuestros años de vida, que combatieran con mayor eficiencia nuestras emociones más nocivas y nutriesen nuestras mejores pasiones. La Historia de la humanidad dejó de ser, por fin, el inventario de horrores que había sido durante milenios y pasó a ser un océano de calma en el que ninguna de los adocenamientos pronosticados por los amigos del sacrificio tuvieron nunca presencia. Al cabo de algunos siglos, los veíamos por nuestras calles como familiares más que como amigos. Siempre tan generosos, siempre tan amables, siempre tan entregados. Mientras, seguían viniendo naves y nuestra Tierra veía incrementarse el número de nuestros compañeros. No nos importaba porque vivíamos mejor y nuestras existencias eran más dulces. Por sus lágrimas supimos que se dolían de nuestra desgracia cuando empezamos a desaparecer. Nunca tuvieron intención, nunca temieron ni previeron que su presencia acabaría con nuestra especie. Pero así ha sido. Sin violencias, la naturaleza ha optado por dejarles a ellos espacio y eliminarnos a nosotros. Cuando dicto estas líneas acabo de cumplir doscientos cinco años de edad y estoy a punto de morir aquí, en mi casa de madera del Valle del Neander. Soy el

último de la especie humana y estas son mis últimas palabras. La Tierra queda en buenas manos.

EL ARMA DEFINITIVA

Fueron los militares quienes se enteraron. No se sabe cómo. Ellos son así. Sus servicios de inteligencia consiguieron la información. Todo había partido de un departamento del Instituto Max Planck de Erlangen. Es preciso reconocer que en un principio hubo escepticismo. El proyecto que se presentó en aquel famoso Seminario despertó incredulidad entre la comunidad de los hombres de ciencia. Pero la acreditación de los promotores, el centro de origen y la oportunidad histórica desbrozaron el camino de obstáculos ante quienes podían dar luz verde. También era de suponer que el programa presentara una elaboración verosímil, por más que a la mayoría del género humano de entrada le hubiera parecido una utopía. Los científicos no tuvieron tiempo para publicar ni el primer resultado. Inmediatamente, se divulgó que el proyecto había sido abandonado porque era inviable a pesar de los buenos augurios iniciales. Desde el primer momento, el Estado Mayor de la OTAN estuvo al corriente de las investigaciones para tutelarlas y mantener oculta la continuidad real de la labor. Por supuesto, los gobiernos de los países miembros fueron puestos al día. Unos en mayor grado y otros en menor. Dependiendo de la jerarquía que se mantiene en ese organismo. En todo caso, los

gobiernos del Reino Unido, Francia, los EE.UU. y Alemania manejaban cada dato procedente de aquel rincón del Instituto. Los pasos fueron dándose al ritmo de la ciencia. Hubo avances y retrocesos. Hubo quien cedió el testigo a otros, cansado de un trabajo con tantos obstáculos y tantos sinsabores. Todo culminó, sin embargo, en un período razonable para los plazos que suelen tomarse los investigadores y se dispuso del arma definitiva. Para dominar ya no harían falta más guerras, ni más propaganda, ni más ideologías, excepto aquella de los poseedores del arma definitiva. No más sangre, no más muertos, no más ruinas, no más tierra quemada. La paz perpetua con unos vencedores claros elevados al trono del poder sin tener que poner sus manos ni en una navaja. Sólo los gobiernos de turno conocen el secreto del arma. Y desde entonces se lo van pasando de uno a otro. Y sólo unos pocos saben el pasado que constaba hasta la fecha de invención del arma definitiva. Desde entonces, desde que esos alemanes inventaron la máquina del tiempo, sólo hay una sola certeza. Hoy ignoramos lo que se decidirá mañana que pasó ayer.

DESPEDIDA DE HÉCTOR

Se ha asustado. Apártalo un poco de mí. Pobre criatura. Tanto metal, tanto ropaje, tanta crin de caballo, tanta cacharrería con olor a muerte. Apártalo un poco más de mí. Ya lo he estrechado y le he dicho adiós. Es tan pequeño. No creo que nunca se acuerde de cómo se asustó al ver a su padre vestido con toda la panoplia poco antes de marchar para enfrentarse al enemigo más cruel de Troya. Mi amada Andrómaca, sé que no volveré. Estos serán nuestros últimos momentos. El beso que te dé cuando me despida, será el último beso de nuestras vidas. Ya no habrá más. Como tampoco habrá más amaneceres aferrado a tu cuerpo, sintiéndome inundado de tu olor, perfumado con tu respiración, sintiéndome poseedor del mayor de los secretos del ser humano. Tampoco habrá ya más atardeceres en los que, alumbrados por el fuego, podamos hablar de nuestras cosas; yo, de mis obligaciones guerreras y políticas; tú, de tus afanes en el hogar. No habrá más paseos al anochecer por la llanura del Escamandro, como antes de la guerra; ni por las murallas, ahora que la crueldad de Ares nos tiene a todos sumidos en el pesar y en el lamento. Todo eso será pronto pasto del recuerdo, por no decir que desaparecerá para siempre de esta tierra en la que el destino nos situó al nacer. Porque luego, cuando nos veamos en el Hades,

nuestras sombras no serán sino vagos fantasmas que habrán olvidado el calor ardiente que envolvía nuestros miembros en el momento del amor y las noches en vela hablando sin cesar, sabiéndonos unidos no sólo en el cuerpo sino también en nuestro corazón. Se supone que no debería sentir nostalgia de algo que todavía existe, pero la fugacidad de este presente es tan intangible que ya puedo entenderte como parte de una vida que ha tocado a su fin. Te quiero, Andrómaca, y te he querido. Eres y has sido lo único que he amado profundamente en mi vida, por encima de mi patria y de mi familia. Y he querido a nuestro hijo. Sin embargo sabes bien que ninguno de esos sentimientos cuenta para nada si tengo que partir hoy hacia el campo de batalla. Lo que cuenta es la obligación exigida por el deber. Es inevitable, es el destino que el deber esté antes que el amor. Y, justamente, es ese deber el que me provoca otras sacudidas en mi corazón escondidas hasta ahora y que sólo ansío confesarte en este momento de la despedida. Estoy cansado, muy cansado de todo. Es agotador saber que el destino de tu patria descansa sobre tus hombros, pero los dioses me hicieron hijo de Príamo, un anciano con días de gloria en su existencia, pero incapaz en la actualidad de afrontar solo el peso de la guerra. Me hicieron también hermano de Paris, ese infame niño, chulesco y malcriado, cuya convicción acerca de sus valores personales es tan enorme como mínima la realidad de los mismos. Desde pequeño sólo fue

para mí fuente de problemas que yo debía resolver continuamente. Esta guerra no es sino el resultado de un padre anciano y de un hijo arrogante y sin cerebro. También estoy cansado de este pueblo al que supuestamente dirijo. Se dejó llevar por el patriotismo vano de las palabras pronunciadas por mi padre cuando vio aparecer a Paris con la adúltera. Todos sabíamos que esa huida de la corte de Esparta iba a provocar un conflicto; pero los troyanos aclamaron con pasión los discursos de los notables cuando enarbolaron motivos como la patria, el honor, la dignidad del país. Los detesto tanto como a los aqueos que nos asedian. Al menos ellos luchan por un motivo justo. Nosotros luchamos por la incontinencia de un joven sin escrúpulos ni inteligencia y por el furor amatorio de una perdida. Estoy cansado, amor mío, de tantas batallas, de tanta sangre, de tanto fuego, de tantas ruinas, de tanta estupidez, de tanta palabrería. Con todo, nadie podrá reprocharme nunca que me comportara de forma indigna. A pesar de mí, he avanzado el primero en la contienda, he defendido con todas mis fuerzas estos muros y a los ignorantes que se abrigan en su interior. Nadie me puede reprochar nada. Hasta puede que haya quien en siglos futuros hable de mí y me convierta en algo parecido a un héroe. Son las cosas de la gente. Siempre necesitan mirarse en el espejo de seres inaccesibles cuyas hazañas les salvan de la mediocridad de sus vidas. Esas hazañas van a darse pronto por concluidas. Aquiles es

más fuerte, más hábil, más astuto, más experto, más joven, más apasionado, más fiero y se cree hijo de una diosa. Yo bien sé que soy un simple mortal cuya misión no es sino actuar como juguete en manos de unos seres superiores que nos manejan a su antojo. Pero es nuestro destino, mi amor. Nacemos mortales y el final de nuestros días está fijado. Por todo esto, no me resisto y me entrego a la batalla y a la muerte con serenidad. Tengo miedo, ¿por qué no revelártelo? Pero no es miedo a la muerte. Es miedo a mi miedo. Temo que en algún momento el pánico me haga retroceder, escapar. Emborronaría todo el curso de mi vida con esa acción y eso sería la mayor de las desgracias. En medio de esta desolación que es la guerra, como lo es la propia vida de cualquiera de nosotros, el permanecer con los pies firmes en el suelo, la cabeza alta, el pecho sacado y el ánimo dispuesto a recibir con orgullo el golpe final, es lo único que nos queda. Rogaré a los dioses no que me den una muerte rápida, ni siquiera una victoria que sé imposible, sino un final digno de mi vida. No quiero que estimes como herencia mi legado en bienes materiales, las riquezas, el palacio, los esclavos, no. Quiero que recibas como herencia mi mirada altiva en el momento de morir. Ojalá los dioses me concedan el cumplimiento de ese deseo. Ya tengo que irme, Andrómaca. No llores por mí, llora por esta triste ciudad y por sus tristes ciudadanos. Y ten siempre en tu corazón que te he amado, incluso cuando los dioses amparen

designios más oscuros que el vivido por ti en estas horas. Siento perderte a ti y a nuestro hijo, pero si he decirte algunas palabras de consuelo, haz que imagine tu amor cómo se aproxima para mí el momento de descansar, al fin.

EPITAFIO DE UN SOLDADO ATENIENSE MUERTO EN PILOS

Combatí por mi ciudad.
Por ella rehusé avejentarme
al abrigo del laurel y la amapola,
a la pálida sombra del mármol de Atenea.
Ahora yazgo aquí, en tierra extraña,
tan lejos de mi puerto y mis amigos,
como lo está
el recuerdo de mis días en sus cantos.